

POBREZA Y FLORECIMIENTO HUMANO

UNA PERSPECTIVA RADICAL

Julio Boltvinik

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ZACATECAS

EDITORIAL ITACA

Pobreza y florecimiento humano. Una perspectiva radical,
de Julio Boltvinik

Diseño de la cubierta: Efraín Herrera

D.R. © 2020 Universidad Autónoma de Zacatecas
Jardín Juárez 147, Zacatecas Centro,
C.P. 98000, Zacatecas, Zacatecas
ISBN:

D.R. © 2020 David Moreno Soto
Editorial Itaca
Piraña 16, Colonia del Mar
C.P. 13270, Ciudad de México
tel. 55 5840 5452
ed.itaca.mex@gmail.com
itaca00@hotmail.com
editorialitaca.com
ISBN:

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

1. BASES NEGATIVAS DEL NUEVO ENFOQUE: CRÍTICA DE LA ECONOMÍA POLÍTICA DE LA POBREZA, CRÍTICA INTERNA Y CRÍTICA EXTERNA

1.1 Introducción y contenido

Este capítulo presenta los aspectos más generales de la crítica del estudio convencional (actual, dominante o “vulgar”, como habría dicho Marx) de la pobreza, dominado por la teoría económica neoclásica. Esta crítica constituye las “bases negativas del nuevo enfoque”, y espero convencer al lector de que el objeto de la misma puede llamarse economía política de la pobreza. El nuevo enfoque desarrollado como resultado de esta crítica y de los fundamentos positivos presentados en el capítulo siguiente se presenta en el capítulo III.

En los estudios que realicé durante las últimas dos décadas del siglo pasado, abordé lo que en retrospectiva puede llamarse la “crítica interna” de los estudios de pobreza o crítica interna de la economía política de la pobreza, en particular de la medición de la pobreza. El fruto propositivo de dicha crítica interna fue el método de medición integrada de la pobreza.⁵ La tesis central de la crítica interna es que los métodos tradicionales (directos e indirectos) de medición de la pobreza se basan en una comprensión parcial de las fuentes de bienestar de los hogares y, por lo tanto, no pueden ordenar los hogares correctamente en términos de sus niveles de vida, lo que conduce a una identificación sesgada de los hogares pobres. En el método de medición integrada de la pobreza combiné información sobre las seis fuentes de bienestar que he identificado y desarrollé una concepción de pobreza como privación humana derivada de las restricciones de estas fuentes. La segunda parte de “Ampliar la mirada” proporciona una explicación detallada de esta crítica interna y la confronta con el método de medición integrada de la pobreza.

A pesar de haber ampliado la mirada con respecto a las fuentes de bienestar, la perspectiva desde la cual se hace esta crítica sigue siendo una que, al igual que los enfoques criticados, se ubica directamente en el

⁵ La propuesta original consolidada es Boltvinik (1992). Este fue el resultado maduro, mientras Boltvinik (1990a y 1990c) fueron resultados preliminares.

eje del nivel de vida (concepto que desarrollo en el capítulo 3). En otras palabras, “es una crítica interna” ubicada dentro del “mismo paradigma metodológico” que el objeto de la crítica. Identifico este paradigma metodológico de la siguiente manera: “para estudiar la pobreza, uno debe posicionarse desde el principio en el eje del nivel de vida”, que implica el rechazo (implícito) de enfoques que parten de un eje conceptual más amplio (como el que yo he llamado florecimiento humano). Pero este paradigma metodológico no se hace explícito en las formulaciones de ningún autor y sólo se puede percibir cuando uno emerge de este paradigma y formula uno nuevo. La formulación del nuevo enfoque metodológico (al que he llamado paradigma aunque todavía no lo es en sentido estricto) permite identificar la crítica que implica: “en el estudio del nivel de vida, la pobreza y la desigualdad es un error comenzar por el eje del nivel de vida”. Esta afirmación, que he llamado “tesis crítica” se desarrolla en la subsección 1.6.3 de este libro.

La tesis crítica y los otros elementos críticos del estudio convencional de la pobreza que aquí se presentan constituyen en conjunto la “crítica externa de la economía política de la pobreza” y las bases negativas del nuevo paradigma. Las bases positivas son principalmente la antropología filosófica marxista y las teorías de las necesidades humanas que se abordan en el capítulo II de manera comparativa. El nuevo paradigma establece que para emprender un estudio adecuado de la pobreza y los niveles de vida es necesario primero definir los elementos constitutivos del eje de florecimiento humano; en otras palabras, definir qué es el florecimiento humano (lo que a su vez requiere sustentarse en una reflexión sistemática sobre la esencia humana) y luego recortar perspectivas para posicionarse en el eje del nivel de vida (ahora) concebido como la perspectiva económica del eje de florecimiento humano. Esto nos permite identificar, aunque todavía en términos muy generales —como se hace en “Ampliar la mirada”— las potencialidades de los seres humanos y adoptar estas potencialidades como estándares de referencia para valorar las condiciones reales de las personas. Lo que los investigadores sobre la pobreza y los niveles de vida no habían hecho era reflexionar sistemáticamente sobre el ser humano (qué es, qué necesita y qué capacidades y potencialidades tiene). Ésta es la tarea que he emprendido en la primera parte de “Ampliar la mirada”. La bibliografía sobre este tema está casi totalmente separada de la de pobreza. Además, la tarea que he emprendido en “Ampliar la mirada”⁶ me ha permitido formular (a partir de ideas desarrolladas por György

⁶Aunque sólo en “Ampliar la mirada” llevé a cabo esta tarea sistemáticamente, se trata de una necesidad que había sentido durante muchos años y que había llevado a cabo parcialmente en Boltvinik (1990); y en Boltvinik y Hernández (1999b) “Conceptos y mediciones de pobreza”.

Márkus basándose en Marx) mi propia respuesta a la pregunta sobre los elementos constitutivos de los ejes conceptuales aplicables en el estudio del florecimiento humano, los estándares de vida y la pobreza: el desarrollo de fuerzas esenciales humanas (necesidades y capacidades).

En otras palabras, el nuevo enfoque tiene dos pilares: 1) la definición metodológica (o nuevo paradigma metodológico) que consiste en derivar el eje del nivel de vida del eje de florecimiento humano, y 2) la definición de los elementos constitutivos de ambos ejes: el desarrollo de las fuerzas esenciales humanas. Lograr lo primero requería fundar, sobre la base de la crítica de la ruta metodológica directa, la ruta indirecta propuesta para llegar al eje del nivel de vida. Ésta es la tesis crítica. Lograr lo segundo requirió identificar las bases negativas y positivas de mi respuesta a la pregunta sobre los elementos constitutivos:

1) Bases negativas: una crítica de las respuestas existentes. Apoyándome en el pensamiento de diversos autores, critico las respuestas a la pregunta sobre el elemento constitutivo de lo bueno de *a)* el utilitarismo, que identifica como tal la utilidad; *b)* la respuesta de Rawls que postula los “bienes primarios”; *c)* el acceso a bienes y servicios o ingresos reales, común entre economistas (que Sen denomina opulencia); *d)* el enfoque de “*capabilities* y *functionings*” (términos intraducibles de Sen; *e)* la teoría neoclásica del consumidor, y *f)* las concepciones y definiciones de pobreza de varios autores. Todas estas críticas, junto con la tesis crítica, configuran la crítica externa de la economía política de la pobreza y las bases negativas del nuevo enfoque.

2) Bases positivas. Un análisis constructivo de las mejores respuestas a la pregunta sobre los elementos constitutivos del eje de florecimiento humano. La siguiente respuesta de Marx sirvió como punto de partida y se probó de manera implícita al contrastarla con las respuestas de los diversos autores examinados en el capítulo II: la riqueza humana como el desarrollo de las necesidades y capacidades humanas (fuerzas humanas esenciales), que forman una unidad dialéctica sujeta a lo que Marx llama “determinaciones reflexivas” (Márkus [1986] 2007: 53).⁷ La lectura detallada de Maslow, Fromm, Maccoby, Max Neef, Doyal y Gough, Sen, Nussbaum, Desai, Alkire, a la que después añadí la de Agnes Heller, Malinowsky y Deci-Ryan, confirmó que los mejores análisis de las necesidades humanas terminan vinculándolos con las capacidades humanas (aunque casi siempre de forma implícita y no conscientemente). La postulación del desarrollo de la unidad de necesidades y capacidades, es decir de las fuerzas esenciales humanas, como el elemento constitutivo del eje de floreci-

⁷ Véase también el capítulo V de esta referencia traducido al español en el núm. 23 de *Desacatos* y mi presentación de este capítulo en el mismo número (Boltvinik, 2007a).

miento humano es una consecuencia de un hallazgo repetido: esta unidad se encuentra en el fondo de los conceptos y argumentos de estos autores.

La crítica “externa” presentada en este capítulo comprende cinco aspectos: 1) la crítica del utilitarismo de Sen y Rawls, complementada por la crítica del primero del enfoque de opulencia y otros enfoques relacionados; 2) una crítica interna y externa de la teoría neoclásica del consumidor, que complementa las críticas al utilitarismo; 3) un mini-resumen de las críticas del enfoque de *capabilities* de Sen (y Nussbaum); 4) la crítica de las definiciones convencionales de pobreza; 5) una comparación de lo que he llamado los mapas conceptuales de la economía política de la pobreza y del nuevo enfoque. A diferencia de la crítica interna que he estado formulando durante más de 30 años, la que se presenta aquí no es solamente una crítica de los métodos de medición y sus implicaciones de política pública sino que la complementa al centrarse en los fundamentos conceptuales de la economía política de la pobreza. En el último apartado de este capítulo la crítica contrasta las posiciones criticadas con el nuevo enfoque, lo que hace que su carácter externo sea obvio.

*1.2 Las críticas al utilitarismo de Sen y Rawls*⁸

Amartya Sen define las teorías de la utilidad como aquellas que sólo ven valor en la utilidad individual definida en términos de una métrica psicológica como el placer o la felicidad. “Según esta interpretación, la importancia moral de las necesidades se basa únicamente en la noción de utilidad” (1992: 53-55), dice Sen, quien distinguió el utilitarismo del bienestarismo. El primero busca maximizar la utilidad social total igualando las utilidades marginales de todos; el segundo mantiene la utilidad como valor único pero no busca maximizar la utilidad social total.

Según Sen, si se acepta el “principio primo” de que la igualdad de la utilidad total de todas las personas es valiosa, entonces el utilitarismo debe ser condenado. Aquí Sen introduce la “diversidad humana”, un concepto que se repetirá una y otra vez en su trabajo, y que en este caso explica por qué la igualación de la utilidad total de cada persona y la igualación de su utilidad marginal producen resultados diferentes. Sen también critica el utilitarismo utilizando la “perspectiva de la implicación del caso” entre un inválido que obtiene un bajo nivel de utilidad de un nivel de ingresos dado y un mago del placer. Sen sostiene que el utilitarismo concentraría

⁸ En esta sección sigo de cerca la sección 3 de mi ensayo “Elementos para la crítica de la economía política de la pobreza” (Boltvinik, 2007c: 59-60).

el ingreso en este último demostrando que no percibe el principio primo antes mencionado.

La crítica central de Sen al bienestarismo sostiene que la adaptación que un pobre experimenta para reconciliarse con su situación significa que puede obtener gran placer de pequeñas cosas, lo que significa que, en la métrica de la utilidad, el “pobre resignado” puede ser un productor muy eficiente de utilidad. Esta crítica y la de Rawls, basada en el concepto de gustos caros (ver *infra*), son simétricas, y para resaltar esto es útil bautizar la crítica de Sen como “crítica de los gustos baratos”. Al combinar ambas críticas podemos concluir que la medición de la utilidad (si fuera posible) podría colocar a los pobres en una mejor posición (mayor utilidad total) que a los ricos. Por lo tanto, “el bienestarista social igualitario”, que intenta equiparar la utilidad total de todas las personas, exigiría transferencias de los pobres a los ricos. Sin embargo, paradójicamente, “el utilitarista transferiría recursos de los ricos a los pobres”, que son “magos del placer”, para aumentar la utilidad social total. Sen no rechaza completamente el enfoque bienestarista, lo que sí rechaza es que el bienestar de alguien pueda ser juzgado exclusivamente en términos de sus utilidades.

Gerald A. Cohen (“Equality of what? On welfare, goods and capabilities”, en *The Quality of Life*, 1993; y en español *Calidad de la vida* 1996/98) describe y analiza las críticas de Rawls al utilitarismo basadas en los conceptos de “gustos ofensivos” y “gustos caros”. El primer concepto implica que el placer derivado de discriminar a otros o restringir sus libertades no debe contar en el cálculo de la justicia. El segundo concepto conlleva rechazar la idea de que se debe proporcionar a los “gourmets” un mayor ingreso “ya que los ciudadanos son responsables de sus preferencias”. En mi opinión, estas críticas son irrefutables y muestran los severos límites de cualquier enfoque (incluido el enfoque de *capabilities* de Sen) que, como dice Peter Penz (1986), supone que los individuos son la única autoridad para juzgar qué tan apropiadas son sus apetencias sin atreverse a formular ningún principio universal ni juicio alguno de valor.

Sen reintroduce la diversidad personal para criticar lo que él llama el “enfoque de la opulencia”, que implica identificar el acceso de personas a bienes y servicios, o el ingreso real como el elemento constitutivo del eje del nivel de vida: una persona con una tasa metabólica más alta, argumenta, puede resultar menos bien nutrido que una persona con un ingreso más bajo. Concluye que el nivel de vida no es una cuestión de opulencia sino “de la vida que uno puede vivir”, de lo que “podemos hacer” y lo que “podemos ser”. Sen identifica el enfoque de necesidades básicas con el enfoque de la opulencia argumentando que las necesidades básicas generalmente se formulan en términos de “la posesión de bienes” y lo critica por no profundizar en la dimensión fundacional del problema, que identifica con la pregunta de por qué son importantes las necesidades básicas.

En la bibliografía sobre la medición de la pobreza se ha reconocido la variabilidad en los requerimientos nutricionales (y también la variabilidad en otras necesidades) entre individuos. Esto hace difícil entender “con qué fantasma está peleando Sen”. Una vez que ha derrotado al utilitarismo/bienestarismo, pues sus críticas son devastadoras, lo que debería refutar para sustentar su enfoque de *capabilities* no es el enfoque de la opulencia sino el que sostiene que el elemento constitutivo de los niveles de vida es la satisfacción (objetiva) de necesidades humanas. Pero Sen no identifica este enfoque.

Usando argumentos similares Sen, *Inequality Reexamined* (1992) critica el enfoque de bienes primarios de Rawls. Según Sen, el índice de bienes primarios propuesto por Rawls para medir el estatus de las personas no toma en cuenta la diversidad humana y, por lo tanto, no reconoce la desventaja de utilidad del lisiado. Rawls propuso posponer este problema en lugar de ignorarlo, como admite Sen, aunque en su opinión una teoría de la justicia no puede posponer este problema ya que las diferencias en las necesidades son omnipresentes.

Para evaluar la importancia de la diversidad en la que insiste Sen, en “Ampliar la mirada” examino qué tan graves serían las desigualdades persistentes si todos los hogares tuvieran los mismos recursos por persona; concluyo que éstas serían desigualdades de tercera importancia.

*1.3 Crítica interna y crítica externa de la teoría neoclásica del consumidor*⁹

Para el economista ortodoxo la “objetividad” de la necesidad es sospechosa. Las preferencias y la demanda se consideran suficientes para los fines de gran parte de la teoría económica positiva y normativa, dicen Doyal y Gough (*A Theory of Human Needs* [1991], 1994) basándose en Penz (1986).¹⁰ La economía ortodoxa del bienestar (la rama normativa de la teoría neoclásica del consumidor), continúan Doyal y Gough, establece dos principios: 1) la concepción subjetiva de los intereses: los individuos son las únicas autoridades en cuanto a cuáles son sus intereses o apetencias

⁹ En esta sección sigo de cerca mi ensayo “Elementos para la crítica de la EPP” (Boltvinik, 2007c: 60-65). He desarrollado una versión más detallada de esta crítica en Boltvinik 2008. Además de entrar en mayores detalles sobre la teoría neoclásica del consumidor (incluyendo ecuaciones y gráficas), en este escrito abordo el pensamiento de Staffan B. Linder (1970), que da sustento a la idea del bien-estar marginal decreciente del ingreso.

¹⁰ Más adelante, en esta sección argumento que esta afirmación es sólo una apariencia y que cuando se analiza a fondo la teoría neoclásica de consumidor requiere de las necesidades que introduce subrepticamente en su análisis.

(*wants*) reales; 2) la soberanía del consumidor: la producción debe estar determinada por las preferencias individuales.¹¹ La teoría, una vez que abandonó la medición directa de la utilidad y se basó en la satisfacción de las apetencias, se encuentra a un paso de igualar bienestar y opulencia (ingresos reales),¹² sosteniendo que la satisfacción subjetiva de las necesidades se puede medir científicamente y usarse para evaluar condiciones o políticas.

La idea de que los individuos son la única autoridad para juzgar qué tan correctas son sus apetencias, continúan Doyal y Gough, se cuestiona severamente una vez que se admiten los límites del conocimiento y la racionalidad. “Los deseos basados en la ignorancia son epistémicamente irracionales”, dice Peter Penz (1986: 63, trad. mía). Pero la crítica más devastadora de Penz es la de “evaluación circular”: “las apetencias son moldeadas por las mismas instituciones y procesos que deben ser evaluados sobre la base de la satisfacción de estas apetencias” (Penz, 1986: 87). Del catálogo de problemas e inconsistencias de la teoría neoclásica del consumidor, Penz extrae dos conclusiones adicionales que complementan lo que se dijo antes:

La conclusión sugerida [...] es que la satisfacción de las apetencias [...] no puede hacerse mensurable sin juicios normativos adicionales.¹³ [En segundo lugar, si se desarrollan estos juicios normativos externos,] su inserción en el principio de satisfacción de deseos subvierte el carácter y el principio fundamentalmente abierto del principio. Sin embargo, no insertarlos los deja abiertos a los problemas de ignorancia e irracionalidad, de la circularidad de la evaluación y de la no comparabilidad. Este dilema refleja por excelencia las deficiencias del principio de satisfacción de deseos y de las concepciones de soberanía que se basan en él (Penz, 1986: 132 y 136).

En lo que sigue, analizo la teoría neoclásica del consumidor basándome en los trabajos de Keith W. Bryant (*The Economic Organization of the Household*, 1990) y Deaton y Muellbauer (*Economics and Consumer Behavior* [1980] 1991), obras especializadas en este tema. Mostraré que la teoría neoclásica del consumidor 1) elimina de forma ambigua el concepto

¹¹ Este punto de vista es ingenuo y contrasta agudamente con la concepción marxista de las relaciones entre producción y necesidades, que puede verse en el capítulo IX de “Ampliar la mirada”, en el cual se abordan tanto el punto de vista de Marx en la *Introducción a la crítica de la economía política* ([1857] 1971: 3-33), como el de J. P. Terrail *et. al.* (1977: 13-34), que explora esta visión en profundidad.

¹² Como veremos en la sección 1.5, sin el matiz “a un paso”, es lo que los economistas ortodoxos hacen cuando estudian la pobreza: en los hechos, igualan utilidad con opulencia (o ingresos reales).

¹³ Ravallion admite esto explícitamente, como veremos en la sección 1.5.

de necesidad, ya que lo reintroduce por las puertas traseras (o incluso por las delanteras), y 2) no resiste la introducción de necesidades humanas y de umbrales de pobreza en sus análisis más básicos.

En la teoría neoclásica del consumidor, “la demanda de bienes y servicios es el resultado de la interacción entre las preferencias de los hogares, sintetizada en una función utilidad” (Bryant, 1990: 17), “sus posibilidades, representadas por la restricción presupuestaria y un supuesto o hipótesis de conducta: que los hogares intentan maximizar la satisfacción o el bienestar” (1990: 18 y 27). Una vez que estos tres elementos se colocan juntos, la solución óptima (de la cual se derivan las ecuaciones de demanda) se sigue algebraicamente.

Deaton y Mullbauer definen un conjunto de axiomas de elección (de compra de bienes y servicios) cuya “aceptación es equivalente a la existencia de una función de utilidad” ([1980] 1991: 26). Los axiomas son los siguientes: 1) Reflexividad. Toda canasta de bienes es al menos tan buena como ella misma. Deaton y Mullbauer agregan que esto es trivial pero matemáticamente necesario. 2) Completitud. “Este axioma dice que cualesquiera dos canastas pueden ser comparadas, que el consumidor puede juzgar entre cualquier persona autorrealizadora de canastas de bienes”. 3) Transitividad o consistencia. Si el paquete a se prefiere al b y el b al c , el a debe preferirse al c . 4) Continuidad, cuyo significado coincide con la comprensión intuitiva de esta palabra. 5) No saciedad. La función de utilidad es no decreciente en cada uno de sus argumentos (bienes), y es creciente en al menos un argumento. 6) Convexidad, cuyo sentido se entiende geoméricamente de manera intuitiva. Estos axiomas, la restricción lineal del presupuesto y la maximización de la utilidad, proveen la solución en la forma de funciones de demanda (Bryant, 1990: 26-30).

En la exposición formal de la teoría neoclásica del consumidor las necesidades no aparecen por ninguna parte. Y sin embargo, como veremos, están por todas partes. En el capítulo 1, “Límites de la elección” Deaton y Mullbauer señalan que

el énfasis se suele situar en las preferencias, en los axiomas de la elección, en las funciones de utilidad y sus propiedades. La especificación de cuáles elecciones están realmente disponibles recibe un lugar secundario [...] A diferencia de las preferencias, las oportunidades para la elección son observables directamente [...] Es nuestra opinión que mucho puede ser explicado [...] [por las oportunidades], y que el papel de las preferencias tiende a sobreestimarse ([1980] 1991: 3).

En el primer diagrama del libro se incluye, además de la restricción presupuestaria, por primera y única vez, la “restricción de sobrevivencia”. En los ejes miden cantidades de alimentos y alojamiento, para cada uno de los cuales indican el mínimo de sobrevivencia; juntos configuran el

punto A. Concluyen que al introducir esta restricción adicional la elección queda reducida a la parte del espacio situada por arriba y a la derecha de A, y que los hogares con un presupuesto que sólo permita adquirir los mínimos tendrán que hacerlo así o dejar de existir. (Deaton y Mullbauer [1980] 1991: 4-5). Introducir una restricción de sobrevivencia equivale a introducir las necesidades humanas y la pobreza.¹⁴ Pero la actitud ambigua de los autores se refleja en que en vez de asumir plenamente la restricción de sobrevivencia la presentan como algo contingente: “si hay restricción de sobrevivencia”, dicen, la presencia de esta restricción reforzaría mucho las conclusiones del párrafo citado *supra*. Cuando las restricciones del presupuesto y de sobrevivencia dejan al consumidor con cero grados de elección, las preferencias se vuelven inaplicables o irrelevantes. Es evidente que la teoría del consumidor basada en las preferencias tiene que revisarse. Pero aún más importante, por su generalidad para los consumidores no pobres, en que donde por definición el presupuesto es mayor que el mínimo requerido, sólo sobre el excedente hay, en algún sentido, libertad de elección.¹⁵ A pesar de lo precedente, que apuntaría al reconocimiento de las necesidades, los autores mantienen que la cantidad demandada de un bien depende sólo de los precios y de la restricción presupuestaria, negando de nuevo las necesidades humanas.

Cuando los autores introducen las curvas de Engel (Deaton y Mullbauer [1980] 1991: 193-196), que muestran las proporciones de su gasto total que los consumidores destinan a un grupo de bienes, usualmente alimentos, y señalan que sirven para “identificar los bienes necesarios o básicos y para distinguirlos de los de lujo”, introducen lo necesario como atributo de los bienes cuando los individuos han sido definidos como libres de necesidades, configurando un caso notable de fetichismo de las mercancías, ya que éstas asumen cualidades de las cuales se ha despojado a los seres humanos. Por su carácter formal vacío y su rechazo a las necesidades, la teoría neoclásica del consumidor no puede predecir ni explicar regularidad estadística alguna en la conducta del consumidor.¹⁶

¹⁴ Es evidente que Deaton y Mullbauer han enunciado, sin darse cuenta, una definición del umbral de pobreza extrema como la situación en la cual se puede sobrevivir pero donde no hay elección (donde se igualan las dos restricciones, la de las necesidades y la del presupuesto). El lector es remitido al capítulo I de “Ampliar la mirada”, donde muestro un concepto de necesidad que es justamente la ausencia de libertad y de elección.

¹⁵ Cuando se introduce (lo que debería ser ineludible) la interdependencia de los consumidores y, con ella, los patrones de consumo por clase y estrato social, incluso esta libertad de elección queda muy reducida, si no eliminada.

¹⁶ Algunas leyes de la conducta del consumidor que han sido verificadas en todo el mundo, como la participación decreciente del gasto en alimentos en el gasto total de los hogares a medida que éste aumenta, conocida como la Ley de Engel, dejan muda a la teoría neoclásica del consumidor. Lo peor de todo es que estas regularidades estadísticas no sirven para

Los autores se preguntan si las preferencias son un elemento crucial en la descripción de la conducta del consumidor y responden que “probablemente no”. Añaden: “la presencia de indivisibilidades, quiebres, y otras no linealidades, pueden limitar la elección al grado que se requieran supuestos adicionales muy suaves para describir la conducta completamente” ([1980] 1991: 21). Desde luego Deaton y Mullbauer, a pesar de esta conciencia, defienden la teoría neoclásica del consumidor.

Otros ejemplos de cómo las necesidades se cuelan por la puerta de atrás en la exposición de los autores se exponen en el capítulo x de “Ampliar la mirada”. Pero refirámonos a un ejemplo en el que las necesidades entran por la puerta delantera. Para comparar niveles de bienestar entre hogares de diferentes tamaños y estructuras demográficas (mediante las llamadas escalas de equivalencia) acuden abiertamente a las necesidades humanas:

Las escalas de equivalencia se basan en el supuesto de que la única diferencia en gustos entre los hogares se debe a características observables. [...] En muchos contextos es importante saber qué tan opulentos son los miembros de un hogar en comparación con los de otro hogar [...] Una manera es computando y comparando los presupuestos per cápita [...] Sin embargo, esto ignora la variación de las necesidades con la edad: los bebés necesitan menos que los adultos [...] Las escalas de equivalencia son deflatores [...] por medio de los cuales los presupuestos de diferentes tipos de hogares pueden ser transformados a una base necesidad-correcta ([1980] 1991: 192).

Ignorar las variaciones de las necesidades con la edad no puede estar mal si al mismo tiempo está bien ignorar, en todo el desarrollo de la teoría, las necesidades humanas. Pero la introducción subrepticia de conceptos de necesidades en medio del discurso neoclásico no es exclusiva de Deaton y Mullbauer. Es un “fenómeno” inevitable en la bibliografía de la teoría neoclásica del consumidor. En el capítulo x de “Ampliar la mirada” muestro cómo esto se manifiesta en Bryant, quien al caracterizar a los hogares hace notar que “sin elección, la unidad no puede perseguir su propio bienestar y, por tanto, no se puede calificar como una conducta orientada a objetivos”. Bryant suele ilustrar las curvas de indiferencia ubicando en un eje alimentos y en el otro todos los demás bienes. En ese contexto muestra una de las inconsistencias del axioma de la no saciedad y trata sin éxito, lo que no muestro en la cita, de salir del problema en que se ha metido: “se supone que el hogar prefiere más que menos: más alimento, más de ‘todos los demás bienes’. Se puede argumentar ‘correcta-

retroalimentar esta teoría ya que ésta es absolutamente deductiva y, por tanto, insensible ante las evidencias.

mente' contra este supuesto, ya que hay muchas cosas en montos mayores a cierto límite, incluyendo alimento, que la familia prefiere menos que más" (Bryant, 1990: 17-18).

Lo que acaba de aceptar, que la no saciedad es falsa, que muchas necesidades humanas tienen límites absolutos, derrumba la teoría neoclásica del consumidor. Esta restricción "por arriba" llevó a los teóricos originales de la teoría neoclásica del consumidor a concluir no sólo que los bienes específicos tienen una utilidad marginal decreciente, sino también el dinero, de donde derivaban conclusiones igualitaristas. Bryant dice que un hogar está en equilibrio "cuando no tiene incentivos para cambiar sus patrones de gasto" (1990: 30). Los pobres no pueden estar nunca en equilibrio. La teoría neoclásica del consumidor no puede decir nada sobre su conducta.

Deaton y Mullbauer, después de analizar la evidencia asociada a cuatro modelos empíricos desarrollados a partir de la teorías concluyen que 1) "los modelos producen un conflicto con la teoría. Las restricciones de homogeneidad y simetría, básicas para el supuesto de una restricción presupuestal lineal y para los axiomas de la elección, son consistentemente rechazados por la evidencia". 2) "Hay otras importantes variables explicativas distintas de los precios y el gasto total" ([1980] 1991: 79-80). Es decir, existen variables omitidas. Estas conclusiones desfavorables para la teoría neoclásica del consumidor los obligan a caer en el síndrome de la inconsistencia:¹⁷ "No creemos que [...] sea necesario abandonar los axiomas de la elección a la luz de los resultados de este capítulo. En última instancia, desde luego, dada suficiente evidencia convincente, debemos estar preparados para hacerlo" ([1980] 1991: 82).

Cuando se reconoce que el consumidor no es un robot sino un ser biológico y social y se introducen explícitamente las necesidades humanas, la cantidad demandada por un individuo/hogar de un bien específico dependerá ya no sólo de su presupuesto y del precio, sino también de los requerimientos ineludibles del mismo (que pueden ser cero o valores positivos). Podemos expresar, por tanto, el presupuesto total (x_T) como la suma del presupuesto necesario (x_N) y el presupuesto discrecional (x_D). Al aumentar el precio de uno o varios bienes básicos disminuye en términos reales x_T y, como el consumidor mantendrá el nivel de x_N sin cambio mientras sea posible, disminuirá x_D . La cantidad demandada de cada bien básico será una constante en relación a sus propios precios en todos los hogares en los cuales x_T sea mayor o igual que x_N . En cambio la cantidad demandada de

¹⁷ Éste es un síndrome usual entre quienes son llevados a algo por impulsos ajenos a la racionalidad del asunto en cuestión. En este caso, el impulso puede ser la necesidad de pertenencia al club del *mainstream economics*.

los bienes no básicos descenderá cuando aumentan los precios de ambos tipos de bienes.

Veamos qué pasa con los axiomas 2, completitud; 3, transitividad, y 5, no saciedad, al introducir necesidades humanas (la restricción de sobrevivencia). Empezamos identificando las necesidades nutricionales de un varón adulto con valores promedio de peso, talla y tipo de actividad moderada, entre 2660 y 2940 kilocalorías y entre 57 y 63 gramos de proteína ideal. En esos rangos, nuestro varón adulto se encuentra en la situación ideal. Por debajo de ambos límites mínimos, se presentaría desnutrición; por arriba de los máximos, obesidad. Por tanto, desde el punto de vista de proteínas y calorías, los consumidores tienen muy poco margen de elección que les permita conservarse en un óptimo objetivo (distinto del óptimo subjetivo de la teoría neoclásica). Esto es consistente con el “modelo de la vitamina” (Warr, 1987), que sostiene que a medida que aumenta la cantidad de una característica a la que tiene acceso una persona el bienestar aumenta al principio hasta llegar a un nivel, después del cual el bienestar permanece constante, aunque continúe aumentando la cantidad de la característica y, finalmente, si continuamos aumentando ésta el bienestar empezará a descender. Esto conforma una curva de bienestar en forma del perfil de una montaña. Aunque quizás este modelo, que refuta el axioma de la no saciedad (a partir de ciertos niveles de presencia de las características las funciones de bienestar objetivo son decrecientes en el argumento respectivo), no sea aplicable a todas las necesidades humanas (es posible que la educación sea una de las excepciones), intuitivamente parece aplicable no sólo a alimentación sino a muchas otras necesidades.

Para que el axioma de completitud sea válido en niveles de ingresos inferiores a los requerimientos mínimos, los hogares tendrían que ser capaces de ordenar, de mejor a peor, diversas canastas que dejan una o más necesidad(es) insatisfecha(s). Un ejemplo de las terribles opciones que el consumidor “racional” tendría que ordenar pueden ser, por un lado, una canasta que deja a la mitad la compra de alimentos pero que incluye la insulina del jefe del hogar *vis à vis* una que cubre los requerimientos nutricionales del hogar, pero que no incluye la insulina. En la primera opción, los miembros del hogar bajarán de peso y pueden morir por enfermedades dada su debilitada resistencia, o tiempo después morirán por inanición. En la segunda, el jefe del hogar estará muerto muy pronto. El axioma no tiene sentido. Nadie puede tener la experiencia previa para poder hacer una evaluación así. Cualquiera que sea la “decisión” provisional que tomen entrarán en un estado de desequilibrio agudo opuesto al mundo feliz de los óptimos y equilibrios de la teoría neoclásica del consumidor. El axioma de completitud no aplica por debajo de los umbrales de pobreza.

Igualmente inválido resulta el axioma de transitividad para los pobres. Para apreciarlo, adicionemos una tercera opción al ejemplo previo. Supon-

gamos que el hogar puede aliviar su escasez de recursos si la hija adolescente entra a trabajar a un burdel. Como esta opción no ha sido adoptada hasta hoy, la teoría neoclásica del consumidor indicaría que es la menos preferida (la opción c del axioma de transitividad). Sin embargo, en el periodo siguiente, después de una crisis diabética del jefe, la adolescente puede decidir trabajar en el burdel. La menos preferida puede terminar siendo la opción elegida. Las ordenaciones no son transitivas.

Igualmente, mirando a la clase alta podemos preguntarnos cómo puede saber un millonario que nunca ha tenido un yate si prefiere el yate a una nueva casa de campo. Este tipo de decisiones tanto en la cúspide como en el sótano de la sociedad se toman sin experiencia previa, de tal manera que no hay manera de que los consumidores puedan saber lo que significarán. La clase media, situada por arriba de los mínimos, pero con restricciones de recursos, es la única candidata a actuar según un modelo de optimización al consumir. Pero la interdependencia entre los consumidores lleva a plantear la hipótesis de que las elecciones, más que individuales/familiares, terminan siendo del estrato/clase en su conjunto, por la presión para vivir como los demás. Así, la inmensa mayoría de los hogares de estos estratos terminan adoptando el mismo estilo de vida y asignando de manera similar su ingreso.

En síntesis, en lo dicho he mostrado que los axiomas de completitud, transitividad y no saciedad no aplican en condiciones de pobreza y que el ejercicio de optimización no tiene sentido para los hogares de clase alta que, por definición, no necesitan optimizar por su holgura de recursos. Los axiomas invalidados son determinantes en la teoría neoclásica del consumidor. Sin ellos, la teoría colapsa. Otra manera de expresar esta conclusión es que la teoría neoclásica del consumidor podría ser válida para seres sin necesidades, para robots, pero no lo es para seres biológicos, necesitantes. En “Ampliar la mirada” avanzo un poco en la formulación de una teoría alternativa basada en la jerarquía de necesidades.

1.4 Enfoques de capabilities de Sen y Nussbaum

Una vez que las críticas de Sen y Rawls y la presentada en la sección anterior derrotan al utilitarismo y a la teoría neoclásica del consumidor, parecería que el enfoque de las *capabilities* y los *functionings* de Sen muestran el camino correcto. Dado que *capabilities* parece el mismo concepto que “capacidades”, y en mi respuesta tentativa incorporé “capacidades” al lado de “necesidades” para conformar el elemento constitutivo del eje de florecimiento humano, mi nuevo enfoque podría parecer redundante. Para poder sustentar su necesidad, resultó indispensable deslindarlo del enfoque de *capabilities* de Sen así como explorar el enfoque de *capabilities*

de Martha Nussbaum que da una respuesta que, aunque en apariencia es similar a la de Sen, es en rigor diferente. Las conclusiones a las que llegué en “Ampliar la mirada”, por lo que se refiere al enfoque de *capabilities* de Sen, son las siguientes: 1) no considera la unidad necesidades-capacidades como elemento constitutivo del eje de florecimiento humano; 2) aborda directa y exclusivamente el eje del nivel de vida porque sólo considera los *functionings* asociados al uso de bienes y servicios; 3) sólo considera las *capabilities* asociadas al poder de compra y no las capacidades humanas como tales.

A continuación, sintetizo mis críticas y las de otros autores al enfoque de *capabilities* de Sen. Bernard Williams (“The standard of living: interests and capabilities”, en *The Standard of Living*, 1987; en español, “El nivel de vida. Intereses y capacidades”, 2003). Le señaló a Sen, en esencia, que su teoría está vacía, que es necesario especificarla (definiendo un conjunto de *capabilities* básicas correalizables, lo que ha hecho Martha Nussbaum pero no Sen) y fundamentarla mediante teorías sobre la naturaleza humana y las convenciones sociales. Además, mostró que no todas las *capabilities* tienen que ver con la elección, poniendo en duda la asociación entre *capability* y libertad (de elección), central en el enfoque de *capabilities* de Sen.

Gerald Cohen ([1993] 1996) dice que Sen logró una revolución conceptual al introducir dos cambios de enfoque: del estado real a la oportunidad, y de los bienes (y la utilidad) a los *functionings*, pero que su exposición padece de una oscuridad discursiva severa que se explica por el uso de la palabra *capability* para describir tanto lo que la persona es capaz de hacer como lo que los bienes hacen por ella, y para lo segundo la palabra *capability* resulta inadecuada. Cohen destaca el lado pasivo del ser humano que el enfoque de *capabilities* parece olvidar totalmente y critica la insistencia de Sen en presentar el elemento constitutivo como lo que alguien logra hacer o ser porque el tipo de vida que alguien lleva no puede identificarse sólo con logros ya que hay muchos beneficios que los individuos no logran (como no padecer paludismo). Gerald Cohen hace notar que el resultado de comer la comida es la capacidad de realizar actividades valiosas, pero que ésta no es la *capability* que Sen asocia con la comida sino la de estar bien nutrido y entretener a amigos. Critica a Sen varias veces por darle un carácter “atlético” al término *capability*, lo que en mi opinión es resultado del intento de Sen de convertir las necesidades en *capabilities*, para lo que se requiere que sea la persona el sujeto activo. Al final, Gerald Cohen parece aceptar *functionings* como dimensiones del hacer y del ser/estar, pero rechaza la centralidad de la expresión “habilidad de lograr”, que deja fuera la parte pasiva del ser humano y sobreestima el papel de la libertad y la actividad en el bien-estar. Sen ha hecho caso omiso de las

críticas de Williams y de Cohen, dando la impresión de que mira a los demás sólo como implementadores del nuevo e inexpugnable paradigma.

John Rawls también ha hecho una poderosa crítica al enfoque de *capabilities* de Sen. El propio Sen (1992) relata que aquél considera que si los individuos tienen objetivos distintos las tasas de conversión de bienes primarios a *capabilities* no pueden ser comparadas, lo que implicaría, añade, que tal como está formulado el enfoque de *capabilities* no tiene base de sustento. Esto es muy grave porque el supuesto de Sen —que cada persona elige su propio conjunto de *capabilities*— implica que no hay dos conjuntos iguales. Los ejemplos de Sen sobre las diferentes tasas de conversión de bienes a *functionings* se basan siempre en los mismos *functionings* (como estar bien nutrido) entre diversas personas. La crítica de Rawls se puede traducir en preguntas como: ¿es posible decir que la tasa de conversión de pan en nutrición de Juan es menor que la de ingresos en autoestima de Pedro? En el capítulo VII de “Ampliar la mirada” analizo en detalle el intento, infructuoso en mi opinión, de Sen de demostrar que tal comparación sí es posible.

Frances Stewart (“Basic needs, capabilities and human development”, *In Pursuit of the Quality of Life*, 1996) identifica dos problemas del enfoque de *capabilities*: 1) El carácter inobservable del conjunto de *capabilities* (*capability set*), que deja como única opción la evaluación de los *functionings*. 2) Al no incorporar valoración alguna, el enfoque de *capabilities* es incapaz de ordenar dos conjuntos de consumo para la misma persona, lo que coincide con la crítica de David Crocker (“Functioning and capability: the foundations of Sen’s and Nussbaum’s development ethic. Part 2”, en *Women, Culture and Development. A Study of Human Capabilities* (1995) de que el enfoque de *capabilities* no es capaz de categorizar ninguna *capability* como no valiosa ni distinguirlas de las perniciosas. En el mismo sentido, Des Gasper, *The Ethics of Development* (2004) ironiza que en el enfoque de *capabilities* la clave sea lo que la “gente tiene razón para valorar”, por lo cual “interpretaríamos que el consumidor inmovilizado frente a la TV por seis horas diarias representa una realización de la libertad razonada”.

Para defender al enfoque de *capabilities* de las críticas sobre su no operacionalidad, Sabina Alkire, *Valuing freedoms. Sen’s Capability Approach and Poverty Reduction* (2002) argumenta que su carácter abierto explica que no haya una manera única de operacionalizarlo, pero que en cada aplicación se puede hacer, consagrando así la renuncia de los teóricos a teorizar.

En sus esfuerzos de implementación del enfoque de *capabilities*, tanto Alkire (2002) (“una *capability* básica es una *capability* para satisfacer una necesidad básica”) como Meghnad Desai (“Poverty and capability: toward an empirically implementable measure”, en *Frontera Norte*, vol.

6, 1994), quien para derivar requerimientos de bienes y servicios de su lista de cinco *capabilities* básicas para la medición de la pobreza encuentra que necesita introducir como nivel intermedio las necesidades) ponen de relieve la dependencia del enfoque de *capabilities* del concepto de necesidad, mostrando que el enfoque de *capabilities* no puede constituirse en un enfoque independiente. Algo similar ocurre con el enfoque de *capabilities* de Martha Nussbaum. Sin embargo, cuando Alkire se percató de la diferencia entre necesitar, que no es un verbo intencional, y la elección de la *capability*, que sí lo es, descubre la eliminación del reino de la necesidad en el enfoque de *capabilities*: que el cambio de necesidad a *capability* desaparece las diferencias entre el alimento y el teñirse el pelo de azul.

Apoyándome en la formalización (que tiene la ventaja de la precisión) del enfoque de *capabilities* que Sen presenta en *Commodities and Capabilities* (1985), muestro en “Ampliar la mirada” que se trata de un enfoque mecanicista. De la primera ecuación se desprende que los *functionings* que una persona alcanza son sólo función de su ingreso (o titularidades) y de las características personales que gobiernan la transformación de bienes en *functionings*, siendo este segundo elemento lo único que lo distingue de los enfoques que miden el bien-estar a partir de los ingresos. Sen, además, introduce ecuaciones de evaluación subjetivas (individuales) de los *functionings* que rempazan las funciones de utilidad. Al hacerlo, cae en tres vicios que comparte con el utilitarismo (el segundo, él mismo lo ha criticado): 1) la función introducida es un mero artificio y la evaluación termina siendo sólo con el ingreso, y 2) justo porque los pobres resignados son muy eficientes convertidores de acceso a bienes en utilidad valoran más alto que un depauperado ex miembro de la clase media el mismo conjunto de *functionings*, y 3) no elimina ni los gustos caros ni los gustos ofensivos.

Como se ve, el enfoque de *capabilities* de Sen es subjetivista y mecanicista y puede conducir a resultados inaceptables, donde el único satisfactor son los bienes y servicios, rasgo que comparte con el enfoque más convencional de la economía política de la pobreza. En él no caben capacidades como la de “sentidos, imaginación y pensamiento” de Nussbaum, ni las que Gasper llama *s-capabilities* (s de *skill*). Sen concibe la *capability* como algo que se deriva de la posesión de bienes, como *capability* económica. Es una concepción alienada de las capacidades humanas, donde la única capacidad es la de poseer mercancías. Es una teoría de capacidades sin capacidades. Al no plantear una ley de rendimientos decrecientes del ingreso en términos de *functionings* y *capabilities*, queda implícito que a mayor ingreso mayores *capabilities*, valorando el consumo superfluo y justificando la desigualdad (a pesar de los importantes escritos de Sen sobre la igualdad).

Para Sen lo valioso es el bienestar de libertad: la libertad de elección entre conjuntos viables de *functionings*, o *capability set*, cuya amplitud está determinada por las titularidades (o ingreso). El enfoque de *capabilities* queda intencionalmente incompleto porque, en su afán por permanecer en la “economía de la corriente principal”, Sen necesita operar con la lógica de las preferencias, de la cual se saldría si formulase una lista de *capabilities* básicas que todos tuviesen que cumplir. Por ello Sen habla siempre de elección entre estados del ser y del hacer que el individuo considera valiosos, no que son necesarios para todos, por lo cual le son aplicables algunas de las críticas de Penz a la teoría neoclásica del consumidor. Como en ella, para Sen lo que elige el individuo siempre será óptimo. Así sea ver seis horas diarias TV o torturar a su prójimo.

Algunos autores creen que el enfoque de *capabilities* es muy amplio. Pero como se muestra siguiendo las ecuaciones, Sen va mecánicamente de los bienes a los *functionings* y a la *capability*. Su universo se reduce a lo que se deriva del consumo de bienes y excluye satisfactores como relaciones y actividades del sujeto. Es una visión de la persona como consumidor (lo contrario de lo que piensa Cohen) pero que parece activo porque Sen le endilga verbos.

Sen no busca fundamentar su concepción en la esencia humana, ni apoyarse en teorías sobre las necesidades, porque no lo necesita. Su enfoque de *capabilities* no ha sido operacionalizado y no se pueden llevar a cabo, a partir de él, evaluaciones de ningún tipo. A pesar de ello Sen sugiere que se puede evaluar en dos espacios: los *functionings* alcanzados y la libertad (medida quizás como grado de libertad o amplitud del *capability set*). En ambos casos, el resultado dependerá centralmente del conjunto de titularidades (o del ingreso) y marginalmente de los parámetros de conversión de recursos en *functionings*. En ausencia de información individual de estos parámetros, la ordenación sería la derivada de las titularidades (o del ingreso).

Según Martha Nussbaum (*Women and Human Development. The Capabilities Approach*, 2000) las siguientes son algunas diferencias entre su versión del enfoque de *capabilities* y la de Sen: 1) Ella define una *lista de capabilities humanas centrales* y un umbral en cada capacidad (y Sen no). 2) Sen nunca ha intentado fundamentar el enfoque de *capabilities* en la idea marxista/aristotélica del funcionamiento verdaderamente humano que desempeña un papel central en el de ella. 3) La distinción de tres tipos de capacidades¹⁸ que ella hace no tiene paralelo en Sen: a) capacidades básicas (habla, amor, gratitud, razón práctica y capacidad de trabajar), que

¹⁸ Martha Nussbaum se refiere, en parte, a capacidades en el sentido usual, por lo cual lo he traducido como capacidades.

son innatas; *b*) internas, que son estados desarrollados de la persona; *c*) combinadas, definidas como las capacidades internas combinadas con condiciones externas.

Detrás de la identificación de ciertas capacidades centrales y de un umbral básico en cada una están las siguientes ideas intuitivas, argumenta Martha Nussbaum: 1) que ciertas funciones son centrales en la vida humana, en el sentido de que sin ellas no hay vida humana, y 2) que hay una manera verdaderamente humana (no sólo animal) de llevar a cabo estas funciones. La idea central es la de un ser libre y digno que moldea su propia vida por los poderes de la razón práctica y la sociabilidad en cooperación y reciprocidad con otros. El planteamiento se separa radicalmente del de Sen y se asemeja en algunos aspectos al adoptado en “Ampliar la mirada”. Sin embargo, es ingenuo en la medida en que no está problematizado, por ejemplo, con la categoría de alienación.

La lista de *capabilities* combinadas que formula Martha Nussbaum identifica las *capabilities* de importancia central en cualquier vida humana dejando “espacio para un pluralismo razonable de especificación”.¹⁹ Es una lista de componentes separados (correalizables). Todos son de central importancia y de calidades distintas, lo que limita las compensaciones. Cualquier situación debajo del umbral en cualquier *capability* es trágica. Cuando dice que ciertas habilidades humanas ejercen la reivindicación moral que deben ser desarrolladas, Martha Nussbaum atribuye una fuerza moral a las *capabilities* que corresponde sólo a las necesidades humanas, como lo han mostrado Wiggins (*Needs, Values, Truth. Essays in the Philosophy of Value* [1987] 2002) y Doyal y Gough (*A Theory of Human Need* [1991] 1994). Cuando las *capabilities* básicas se ven privadas de la nutrición (satisfacción de las necesidades, incluyendo educación) que las transformaría en *capabilities* combinadas se vuelven estériles. Martha Nussbaum señala que el florecimiento es el desarrollo de las potencialidades humanas, y la pobreza su negación.

Como se ve, hay una cercanía entre las ideas de Martha Nussbaum y las de “Ampliar la mirada”. Sin embargo, una parte importante de los elementos de la lista son sólo re-fraseos de necesidades humanas (lo cual es muy obvio en “ser capaz de estar bien nutrido”, “ser capaz de tener alojamiento adecuado”), lo que las descalifica como capacidades humanas. Algunas capacidades no son combinadas (“ser capaz de tener propiedad inmobiliaria y mobiliaria”) ya que no constituyen atributos de la persona.

¹⁹ Su lista, muy simplificada, de *capabilities* combinadas es la siguiente: 1) vida; 2) salud corporal (incluye alojamiento adecuado); 3) integridad corporal (incluye oportunidades de satisfacción sexual y reproductiva); 4) sentidos, imaginación y pensamiento (incluye experiencias placenteras); 5) emociones; 6) razón práctica; 7) afiliación; 8) otras especies; 9) juego; 10) control sobre su medio ambiente.

Esto muestra que es absurdo querer reducir a una categoría única todos los rasgos de la buena vida y que necesitamos al menos hablar de necesidades desarrolladas y satisfechas, capacidades desarrolladas y aplicadas, libertades negativas, derechos y oportunidades, si queremos entender, medir y promover el florecimiento humano.

1.5 Crítica de las definiciones dominantes de pobreza en la economía política de la pobreza

En la siguiente sección, sin referirme a autores específicos, contrasto la concepción de necesidades, satisfactores y recursos predominantes en la economía política de la pobreza con la desarrollada en “Ampliar la mirada” con el propósito de mostrar las consecuencias de abordar el eje del nivel de vida eje del nivel de vida de manera directa sin pasar por el eje de florecimiento humano, lo que he llamado “la tesis crítica”. Las conclusiones de esta sección en la que examino las definiciones de pobreza de un grupo de autores sustentan las generalizaciones a las que llego en la siguiente. Sin embargo, y en contraste, al entrar al análisis de definiciones específicas perdemos de vista la distinción entre recursos principales y secundarios, la dimensión de satisfactores, y nos quedamos sin un esquema explícito de necesidades humanas. Ambas secciones deben verse en conjunto como elemento central de la crítica de la economía política de la pobreza.

Pobreza es, dice el Diccionario de la Real Academia Española: “carencia de lo necesario para el sustento de la vida”. Las 10 definiciones de pobreza ordenadas en el cuadro 1 las he homologado a la estructura básica de esta frase del Diccionario de la Real Academia Española identificando en qué términos definen la carencia de (“lo necesario”; “los medios”) y cómo completan la frase “para...”, cómo definen el propósito. Al hacer ambas cosas se precisa cómo se define el objeto de estudio de la pobreza.²⁰ En la primera columna se presentan las definiciones textuales de los autores, en la segunda se reformulan para quedar homologadas con la definición del Diccionario de la Real Academia Española y en la última columna se añaden algunas observaciones. Las definiciones incluidas se han clasificado, en primer lugar, en dos grupos: 1) las que incorporan el concepto de necesidad, y 2) las que se basan en conceptos distintos (rechacen o no explícitamente el concepto de necesidad). El primer grupo (definiciones 1 a 5 del cuadro) incluye la definición de Altimir (1979), una de las dos de Sen y Foster y mis tres definiciones. Las tres primeras podemos clasificar-

²⁰ Es algo similar a lo que ocurre en materia de igualdad, donde las diferentes teorías igualitaristas se distinguen por la manera en la que completan la frase “a cada quien según”.

las como parte del enfoque convencional de necesidades de la pobreza, las dos últimas corresponden al enfoque desarrollado en “Ampliar la mirada”. El segundo grupo, que comprende también 5 definiciones (6 a 10 del cuadro 1), se puede subdividir a su vez en dos: los enfoques de Townsend y Sen-Foster (6 y 7), que podemos calificar como búsquedas fallidas de un nuevo enfoque, y el enfoque economicista dominante (definiciones 8 a 10). Los grupos y subgrupos formados no son homogéneos, hay grandes diferencias en su interior. El enfoque convencional de necesidades, las búsquedas fallidas de un nuevo enfoque y el enfoque economicista dominante conforman las distintas visiones de la pobreza en la economía política de la pobreza. Una manera ágil de comparar las definiciones es la lectura vertical de las definiciones homologadas en la segunda columna del cuadro 1.

De su definición textual podemos inferir que para Oscar Altimir (*La dimensión de la pobreza en América latina*, 1979) la variable que ha de medirse es el bienestar, cuyo elemento constitutivo identifica como satisfacción de necesidades básicas. Sin embargo, acota doblemente el concepto de necesidades humanas: son sólo las básicas (no todas las humanas) y no son todas las básicas, sino sólo algunas. Es necesario ir al procedimiento de medición que adopta Altimir para precisar que identifica “un monto de ingresos corrientes del hogar” como “lo necesario”, lo que implica un fuerte reduccionismo que comparte con otros autores incluidos en el cuadro.²¹ Así, su definición homologada es “carencia de ingresos para satisfacer algunas necesidades básicas”. Sin embargo, en la medición algunas necesidades se convierten sólo en la alimentaria²² mostrando otro fuerte reduccionismo. Pero su definición, al incorporar al menos una necesidad humana, no es tautológica como la de muchos economistas.

La primera definición de Sen-Foster (anexo a *On Economic Inequality* de Sen, edición ampliada por la Universidad de Oxford en 1997) es casi igual a la de Oscar Altimir, excepto que en lugar de “básicas” califican las necesidades incluidas como “elementales y esenciales”, las que, por la vía de los ejemplos, ilustran sólo con alimentos y alojamiento, dando a entender que, en efecto, están pensando en lo muy elemental y en lo

²¹ Sin embargo, en la conceptualización previa a la medición, Altimir tiene una mirada mucho más amplia. En el capítulo XIII de “Ampliar la mirada” analizo con mucho mayor detalle las concepciones de pobreza de Altimir, Sen y Hagenaars con base en 10 rubros adicionales a la definición.

²² Esto no es totalmente evidente. El método utilizado, el de la canasta normativa alimentaria, según he demostrado en diversas publicaciones (véase, por ejemplo, Julio Boltvnik, 1999a: 94-97) este método sólo identifica la pobreza alimentaria.

muy esencial.²³ En cuanto al contenido de lo necesario, en apariencia se trata de “oportunidades”, pero al analizar éstas críticamente (deconstruirlas) resultan ser “ingresos ajustados para tomar en cuenta la diversidad humana” (columna Observaciones del cuadro 1), por lo cual es correcto interpretar esta definición como “carencia de ingresos ajustados por la diversidad humana para satisfacer algunas necesidades elementales y esenciales”. La diversidad humana la toma en cuenta Altimir por la vía de requerimientos nutricionales variables según edad, sexo, ocupación, etcétera, haciendo más evidente la similitud de ambas definiciones que por ello he clasificado como enfoque convencional de necesidades acotadas en el estudio de la pobreza.

La utilizada por Boltvinik en el método de medición integrada de la pobreza, definición 3 del cuadro 1, “carencia de fuentes de bienestar para satisfacer las necesidades básicas”,²⁴ aunque parece muy similar a las dos anteriores, tiene una mayor amplitud en dos dimensiones: todas las necesidades básicas contra algunas por el lado del propósito, y todas las fuentes de bienestar contra sólo una de ellas (el ingreso corriente) por el lado de los medios. La diferencia por el lado de los medios no es menor (involucra, entre otros, la incorporación o no del tiempo disponible y de los conocimientos y habilidades) y ha sido la base de la crítica interna más general que he desarrollado de los métodos parciales (a los que llamo así precisamente porque consideran sólo algunas fuentes de bienestar) que ordenan mal los hogares según nivel de vida y, por tanto, miden mal la pobreza.

Dejo pendientes para el final las dos definiciones de pobreza económica asociadas al nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano desarrollado en “Ampliar la mirada”. Vayamos pues a los autores que sustituyen las necesidades por otros conceptos. Empecemos por Townsend y Sen, autores fundamentales en el tema y que no se caracterizan por un rechazo abierto al concepto de necesidades. En vez de ello, adoptan conceptos afines pero claramente distintos, aunque, como veremos, el remplazo de la palabra “necesidades” nunca es inocente. Peter Townsend remplaza “satisfacer necesidades” con “participar en los patrones ordinarios de vida (tipos de dieta, condiciones de vida e instalaciones), costumbres y actividades”. En la subsección 2.7.1 argumento, con Wiggins, que el término “necesidades” no puede ser sustituido por deseos, apetencias o preferencias. ¿Podrá ser sustituido por la participación a la que se refiere Townsend? Veamos

²³ Es notable que en 1997 Sen seguía hablando de necesidades ya que parecía haber sustituido este concepto por los de *capabilities* y *functionings* desde la primera mitad de los años ochenta.

²⁴ Hoy, a la luz de “Ampliar la mirada”, sustituiría básicas (que limita el universo de necesidades consideradas) por humanas.

qué tanto se aleja su enfoque del concepto de necesidades. De los cinco elementos que constituyen el propósito (el para qué) que he identificado en su definición original, cuatro (excepto costumbres) son satisfactores de las necesidades. Las costumbres dan lugar a actividades, a dietas y quizás también al tipo de instalaciones, de tal manera que resultan —al menos en parte— redundantes. De esta manera, podemos rephrasear su definición homologada para que quede así (cambio no incluido en el cuadro 1): “Carencia de recursos para adquirir los satisfactores acostumbrados”, haciendo evidente (como en la cita siguiente) que Townsend en realidad no ha abandonado el terreno de las necesidades y sus satisfactores:

Cualquier conceptualización rigurosa de la determinación social de las necesidades desvanece la idea de necesidad absoluta. Y un relativismo total se aplica según la época y el lugar. Los satisfactores básicos (*necessities*) de la vida no son estáticos. Se adaptan continuamente y se incrementan en la medida en que hay cambios en la sociedad y en sus productos (Townsend, 1979b: 17-18, cit. en Sen, 2003: 413).²⁵

Aunque no abandona el mundo de las necesidades, se aleja radicalmente de la noción de necesidades humanas universales. Townsend ha sido muy ambiguo en cuanto a amplitud o estrechez de la mirada. Por una parte, ha mantenido una visión del universo de satisfactores y necesidades (aunque no use estos términos sino “patrones de vida”) mucho más amplia que la predominante. También ha sostenido una concepción de los recursos mucho más amplia que la de sólo los ingresos corrientes. En *Poverty in the United Kingdom* (1979a) usó un conjunto de 60 indicadores de privación que se refieren a aspectos muy variados de la vida, desde alimentación, vestuario, combustible y electricidad hasta condiciones de trabajo, salud, educación, espacios para el juego de los menores, pasando por condiciones de la vivienda y equipamiento doméstico. Sin embargo, al lado de esta amplitud, ha incurrido en un fuerte reduccionismo al menos en dos ocasiones decisivas. La primera acción reduccionista, al derivar de su afirmación que los satisfactores básicos de la vida no son estáticos, la conclusión de que, para ir actualizando los umbrales a los que llama estándares de suficiencia,

[no bastaría con] dar cuenta del cambio de los precios ya que se omitirían las modificaciones en los bienes y servicios consumidos así como las nuevas obligaciones y expectativas de los miembros de la comunidad. A falta de otro criterio, el mejor supuesto sería vincular la suficiencia con el incremento promedio (o caída) de los ingresos reales (Townsend, 1979b, cit. en Sen, 2003: 413).

²⁵ Aunque me he basado en la traducción de Sen (2003), he introducido algunos cambios.

Esto lo llevó a usar, en su investigación con Abel-Smith (1965), como líneas de pobreza el 5% y el 60% del ingreso medio de los hogares, que se ha convertido (con pequeñas variantes) en el método oficial de pobreza de la OCDE y de la Unión Europea. Se trata de un relativismo extremo (que termina confundiendo pobreza con desigualdad) en el cual, además, se han reducido los recursos a los ingresos corrientes. Con ello los satisfactores se reducen también a aquellos que se pueden adquirir con dinero, en contraste con la amplia gama de indicadores de privación antes mencionada donde hay algunos rubros (educación, salud, interacción social, alimentos cocinados) que no dependen del ingreso, o no solamente de él.

La segunda acción reduccionista, llevada a cabo en el capítulo VI de su obra magna *Poverty in the United Kingdom* (1979a), consistió en reducir al ingreso la amplia gama de recursos ahí mismo concebida. Esto lo hizo cuando, en su búsqueda de la línea de pobreza objetiva,²⁶ asoció ingresos de los hogares con los puntajes de privación obtenidos por ellos (en un cálculo ilustrativo construido con 12 indicadores de privación directos de los 60 antes mencionados) respecto del estilo de vida dominante:

Al descender en la escala del ingreso, se plantea la hipótesis de que en un punto particular para diferentes tipos de familias un número significativamente grande de ellas reduce su participación en el estilo de vida de la comunidad más que proporcionalmente. Desertan o son excluidos. Estos puntos de ingreso se pueden identificar como la línea de pobreza (Townsend, 1979a: 249).

Con estas acciones reduccionistas que contradicen su amplia visión de recursos, Townsend comparte la visión reduccionista de los medios de (casi) todos los demás autores. Véase en el cuadro 1 la comparación de algunas definiciones convencionales de pobreza con las de pobreza económica del ser y del estar

Sen y Foster, en su segunda definición, remplazan “necesidades elementales y esenciales” por *capabilities* mínimas y habilidades sociales elementales. Nótese la simetría de los adjetivos. Lo necesario, al igual que en la primera definición, resulta ser ingresos ajustados por la diversidad humana (en materia de condiciones, requerimientos y capacidad de transformación de bienes y servicios en *capabilities*). Así llegamos a la definición homologada: carencia de ingresos ajustados por la diversidad humana para alcanzar *capabilities* mínimas y habilidades sociales elementales, quedando igual la primera parte de la frase a la de la primera definición. En los ejemplos de los autores se hace referencia como *capabilities* mínimas a evitar el hambre y evitar vivir en la calle, que no son más

²⁶ Véase en el capítulo XVII de “Ampliar la mirada”, el análisis del método de medición propuesto por Townsend al que he llamado “línea de pobreza objetiva”.

que un refraseo obvio de las necesidades de alimentación y vivienda. En cuanto a las habilidades sociales elementales, los autores dan los ejemplos de “aparecer en público sin sentirse avergonzado” y “participar en la vida de la comunidad”, que pueden verse también como meros refraseos de necesidades humanas como la autoestima y la pertenencia. O bien si las aceptásemos como capacidades, le serían aplicables las críticas presentadas en la sección 1.4 ya que ambas serían sólo capacidades económicas dependientes de los recursos de la persona. Todos los ejemplos de Sen y Foster se mantienen dentro del concepto de necesidades humanas o, en el mejor de los casos, desarrollan el concepto de capacidades económicas. Sen no logra deshacerse del concepto de necesidad, pero en el intento lo oscurece y le quita la fuerza que lo hace insustituible. Sus dos definiciones son sólo una.

Townsend y Sen, los autores más destacados en la materia, intentan infructuosamente desarrollar enfoques originales y alejarse del concepto de necesidades, por lo cual los he calificado como búsquedas fallidas de un nuevo enfoque de la pobreza. Ambos quedan atrapados en la economía política de la pobreza dominante y han contribuido a configurar su rostro actual.

Pasamos ahora al análisis del último subgrupo, el del enfoque economicista dominante. En la definición adoptada en el estudio colectivo editado por Citro y Michael (1995)²⁷ se identifica lo necesario sólo como ingreso monetario o casi monetario (vales para comida y similares), lo que conlleva un fuerte reduccionismo en la concepción de los recursos. Al definir el para qué “obtener el consumo de bienes y servicios”, hacen explícito el reduccionismo en los satisfactores al excluir todos los satisfactores que no sean “objetos” (secc. 1.6 *infra*). A diferencia de otras definiciones, añaden un segundo “para” al referir el nivel de consumo como el necesario “para alcanzar un nivel de vida mínimamente adecuado” que sustituye a las necesidades. Puesto que la única respuesta que podrían dar a cuál es el elemento constitutivo del eje de nivel de vida sería “el consumo de bienes y servicios”, que sólo puede medirse a través del gasto incurrido, la definición de pobreza es tautológica ya que si suponemos que el ahorro, que no está en los propósitos, es igual a cero entonces ingresos y gasto de consumo son iguales, por lo que la definición rezaría: “carencia de gastos de consumo para alcanzar un nivel de consumo mínimamente adecuado”.

Como se señala en la columna de “Observaciones”, los autores son conscientes de la estrechez de su mirada, pero la conciben como una vir-

²⁷ Se trata de un volumen colectivo resultado del trabajo de un grupo de expertos que trabajaron durante dos años y medio por encargo del *Joint Economic Committee* del Congreso de Estados Unidos para hacer una revisión en profundidad del método de medición oficial de la pobreza utilizado por el gobierno de dicho país.

tud y usan explícitamente los términos “pobreza económica” y “pobreza material”: “enfocamos en la privación económica, definida de manera estrecha. Nos ocupamos del concepto, definición y medición de la pobreza económica, o lo que muchos llaman pobreza material” (Citro y Michael, 1995: 20). Orgullosamente reduccionistas.

Aldi Hagenaaars (*The Perception of Poverty*, 1986) reemplaza necesidad, concepto que paradójicamente no rechaza, por un nivel mínimo de bienestar (utilidad) que, siguiendo a Van Praag, sostiene que se puede medir mediante encuestas. El resultado de éstas, al que la autora llama utilidad, es más bien una opinión del entrevistado sobre su propia situación. Hagenaaars ignora las críticas al utilitarismo de Sen y Rawls (Sen, 1992) (sección 1.2, *supra*). Logra sustituir necesidades por algo que podría llamarse “cumplimiento de expectativas”, cuya pertinencia en el estudio de la pobreza es, sin embargo, muy poco defendible.

Un caso más general entre los utilitaristas es el de Martin Ravallion (“Poverty lines in theory and practice”, en *Living Standards Measurement Study*, 1998) quien fue durante muchos años el líder intelectual en este tema en el Banco Mundial. Interpretados literalmente, estos economistas postularían que la frase correcta del DRAE es “carencia de lo necesario (ingresos corrientes) para alcanzar un nivel referencial de bienestar (utilidad)”. Sin embargo, hay una simulación de cambio del espacio de ingresos al de utilidad a través de la introducción de ajustes en función de las características del hogar (tamaño, estructura de edades, etcétera). En vez de referirse descriptivamente a este cambio como lo que es, ingreso ajustado por adulto equivalente o algo similar, pretenden que se trata de pasar del espacio del ingreso al de la utilidad.²⁸ Por tanto, interpretada críticamente, la frase quedaría: “carencia de lo necesario (ingresos) para alcanzar un nivel referencial de ingresos por adulto equivalente”, o, de manera más descarnada, “carencia de los ingresos necesarios para alcanzar un nivel referencial de ingresos”. Por ello, la determinación de ese nivel referencial de ingresos es totalmente arbitraria en la práctica del Banco Mundial y en la de esta clase de economistas. Esta es la clase de ciencia que practican.

²⁸ Esto se demuestra con la siguiente frase de Deaton y Muellbauer: “las escalas de equivalencia se basan en el supuesto de que la única diferencia en gustos entre los hogares se debe a las características observables” ([1980] 1991: 192). O dicho de otro modo, las funciones de utilidad son idénticas para todas las personas/hogares por adulto equivalente. Pero, como lo mostré en dicha cita, para poder argumentar lo indispensable de calcular las unidades equivalentes, los autores tienen que recurrir al concepto de necesidad mostrando que éste, rechazado por la puerta delantera, vuelve a entrar por la puerta trasera en la teoría neoclásica del consumidor.

De lo que llevamos analizado queda claro que los intentos de Sen y Townsend por abandonar el concepto de necesidad como elemento constitutivo del propósito en el enunciado del concepto de pobreza es fallido; que los “utilitaristas” resultan no serlo (puesto que su concepto es imposible de medir) y terminan sustituyéndolo por “satisfacción de expectativas” o por la tautología “ingresos insuficientes para alcanzar un nivel de ingresos referencial”, en donde los ingresos son propósito y medio. Tenemos que concluir que la indispensabilidad del concepto de necesidades se termina imponiendo.

Contrasto ahora las definiciones de los conceptos de pobreza económica del ser, y del estar: pobreza económica del estar) desarrollados en “Ampliar la mirada” (capítulos IV y V, cuadro 1) con las demás. Si bien el concepto de pobreza económica del estar parece cercano al que he llamado enfoque convencional de necesidades de la pobreza, representado por la definiciones de Altimir, la primera de Sen-Foster y la de Boltvinik (método de medición integrada de la pobreza), hay dos diferencias iniciales: 1) la pobreza económica del estar incluye la aplicación de capacidades efectivas, y 2) se refiere a la satisfacción de necesidades efectivamente desarrolladas.²⁹ Sólo algunas personas han desarrollado extensionalmente sus necesidades de manera que cubran, por ejemplo, toda la gama planteada por Maslow; en muchas personas están ausentes las necesidades de autorrealización y las cognitivas superiores. Por ello, y otras razones, las dos dimensiones de la pobreza (pobreza económica del ser y pobreza económica del estar) deben siempre evaluarse de manera simultánea y vinculándolas con las dos categorías de pobreza humana.

Juan, el antropólogo físico que he usado como ejemplo en “Ampliar la mirada” (y también el capítulo III, *infra*), ha de ser situado ante todo en las escalas de pobreza/riqueza humanas del ser y del estar. Supongamos que Juan —quien es rico humanamente (necesita mucho y tiene ampliamente desarrolladas sus capacidades) y se mantendrá muchos años en esa situación, aunque esa riqueza puede irse deteriorando sino se continúa desarrollando—, no puede trabajar como antropólogo físico y, en consecuencia, se sitúa en pobreza humana del estar porque no puede satisfacer su necesidad de autorrealización ni aplicar —ni por tanto seguir desarrollando— sus capacidades centrales. Cabe aquí hacer notar que esta situación

²⁹ Evaluar la situación de las personas que ni siquiera han desarrollado las cuatro necesidades básicas de lo que Maslow llama la motivación deficitaria con base en sus necesidades efectivas parecería ir contra principios éticos y podría conducir a resultados perversos: los más pobres podrían resultar mejor situados que otros menos pobres. Sin embargo, como se argumenta enseguida, la pobreza económica del estar no debe evaluarse de manera independiente de la pobreza económica del ser, donde todos son evaluados contra el espectro completo de necesidades humanas.

sería el resultado de una pobreza económica tanto del ser como del estar: no tuvo la oportunidad (condiciones) de trabajar como antropólogo físico. Son estas pobreza económica las que generan su ubicación en la pobreza humana del estar. (Podría no ser una carencia económica sino afectiva la que lo hace estar humanamente pobre: una separación amorosa que dejara esta necesidad insatisfecha). Si Juan es todavía joven y el evento bajo consideración (no consigue trabajo de antropólogo físico) es reciente, su necesidad de entendimiento sobre el origen del hombre y su vocación de autorrealización como antropólogo físico siguen vivas. Si Juan no se ha declarado derrotado sentirá la necesidad de explorar otras vías para su autorrealización tanto en la antropología física (como dar clases) como en la música (la otra vocación de Juan) o en ambas. Al evaluar la situación de Juan en cualquier momento de su vida en las cuatro dimensiones (lo que debe concebirse como su ubicación en uno de los cuatro cuadrantes de dos ejes de coordenadas: uno para la dimensión humana, otro para la económica) podemos captar los retos del florecimiento humano y de la superación de la pobreza y sus interrelaciones como proceso. A diferencia del enfoque tradicional en el estudio de la pobreza, tenemos aquí, incluso limitándonos a la evaluación de la pobreza económica, un espacio bidimensional. La paradoja que surgió antes, y que nos podría llevar a evaluar con menor pobreza en la pobreza económica del estar a alguien que necesita poco y que lo tiene satisfecho al 100% respecto de alguien que necesita mucho y que tiene algunas necesidades parcialmente insatisfechas queda resuelta con esta evaluación bidimensional.

Se puede identificar las siguientes diferencias entre el nuevo enfoque de la pobreza económica y el enfoque convencional de necesidades: 1) no hay en el nuevo enfoque acotamiento o reducción de necesidades; 2) la visión dinámica (desarrollo) de las necesidades se contrapone al concepto estático de satisfacción de necesidades fijas; 3) la incorporación del desarrollo y aplicación de capacidades rescata el lado activo del ser humano y refuerza la visión dinámica del florecimiento humano a través de la unidad dialéctica de necesidades y capacidades; 4) el remplazo de recursos acotados por fuentes de bienestar y oportunidades (de trabajo, estudio, etcétera) amplía la visión de los aspectos económicos relacionados con el florecimiento humano de tal manera que, por ejemplo, se supera la visión del trabajo como mero medio de obtención de ingresos y se incorpora su papel central en la aplicación (y desarrollo ulterior) de capacidades; 5) el paso de una evaluación unidimensional a una bidimensional (pobreza económica del ser y del estar) permite captar aspectos dinámicos que el enfoque estático no puede percibir; 6) el vínculo entre pobreza económica y pobreza humana transforma radicalmente los referentes del concepto y las evaluaciones se vuelven más dinámicas, como muestra el texto precedente.

CUADRO 1
 Comparación de algunas definiciones convencionales
 de pobreza con las de pobreza económica del ser y del estar

Autor	Definición	Reformulación de la definición	Observaciones
Altimir	Juicio de valor sobre cuáles son los niveles de bienestar mínimamente adecuados, cuáles las necesidades básicas cuya satisfacción es indispensable, qué grado de privación resulta intolerable (Altimir, 1979).	Carencia de ingresos corrientes para satisfacer algunas necesidades básicas.	Algunas necesidades, pues pregunta cuáles deben satisfacerse. En la medición específica lo necesario como ingresos y reduce las necesidades a la alimentaria. No precisa umbrales.
Altimir, Sen y Foster (1 ^a)	“incapacidad de satisfacer algunas necesidades elementales y esenciales” (Sen y Foster, 1997).	Carencia de ingresos ajustados por la diversidad humana para satisfacer algunas necesidades elementales y esenciales;	Las oportunidades reales que especifican lo necesario son ingresos ajustados para tomar en cuenta la diversidad humana. No precisan umbrales.
Boltvinik (método de medición integrada de la pobreza)	Un hogar es pobre si, dadas sus fuentes de bienestar, no puede satisfacer sus necesidades básicas a pesar de una asignación eficiente de las mismas (Boltvinik, 1992).	Carencia de fuentes de bienestar para satisfacer las necesidades básicas	El método de medición integrada de la pobreza es un método combinado (directo e indirecto). En cada dimensión directa se definen umbrales. El umbral de ingresos se basa en una canasta normativa completa.
Boltvinik “Ampliar...” (primera)	Pobreza económica del ser es no tener suficientes recursos y/o condiciones adecuadas para el desarrollo de las necesidades y de las capacidades (Boltvinik, 2005).	Carencia de fuentes de bienestar y/o oportunidades para el desarrollo de las necesidades y de las capacidades	Condiciones u oportunidades de educación; de empleo que movilice y desarrolle capacidades, entorno cultural favorable al desarrollo de necesidades y capacidades

<p>Boltvnik “Ampliar...” (segunda)</p>	<p>Pobreza económica del estar es no tener suficientes recursos y/o condiciones adecuadas para la satisfacción de las necesidades efectivas y la aplicación de las capacidades efectivas (Boltvnik, 2005).</p>	<p>Carencia de fuentes de bienestar y/o condiciones para la satisfacción de necesidades efectivas y aplicación de capacidades efectivas.</p>	<p>Efectivas es igual a realmente desarrolladas por el individuo. Ésta, y la definición previa, tienen que aplicarse simultáneamente. De otra manera, quien necesita menos puede resultar menos pobre en el estar.</p>
<p>Peter Townsend</p>	<p>Los individuos, las familias y los grupos de la población están en la pobreza cuando carecen de los recursos para obtener los tipos de dieta (1), participar en las actividades (2) y tener las condiciones de vida (3) y las instalaciones (4) que se acostumbra o que por lo menos son ampliamente promovidas o aceptadas (5) en las sociedades a las que pertenecen. Sus recursos están tan seriamente por debajo de los que dispone el individuo o la familia promedio que resultan en efecto excluidos de los patrones ordinarios de vida, costumbres y actividades (Townsend, 1979).</p>	<p>Carencia de los recursos para participar en los patrones ordinarios de vida, costumbres y actividades.</p>	<p>Al concebir las necesidades como variables entre sociedades, las sustituye por patrones de vida. El énfasis relativista en la diferencia respecto a los ingresos promedio convierte éstos en la norma de referencia. Lo que es en promedio lo convierte en lo que debe ser para todos. A pesar de una amplia concepción de recursos, termina igualándolos a los ingresos. Insiúa umbrales (relativistas).</p>
<p>Sen y Foster (segunda)</p>	<p>“Privación de <i>capabilities</i> mínimas y habilidades sociales elementales” (Sen y Foster, 1997)</p>	<p>Carencia de ingresos ajustados por la diversidad humana para evitar la privación de <i>capabilities</i> mínimas y habilidades sociales elementales.</p>	<p>Ésta es su definición preferida. <i>Capabilities</i> es (casi) lo mismo que necesidades. Igual que en su primera definición, oportunidades se refiere a ingresos ajustados por la diversidad humana. No precisan umbrales.</p>

Citro, Michael, <i>et al.</i> (1995)	"Pobreza como privación económica: carencias de recursos económicos (ingreso monetario o cuasi monetario) para el consumo de bienes y servicios económicos. Recursos necesarios para alcanzar un nivel de vida mínimamente adecuado para los Estados Unidos de hoy".	Carenacia de ingreso monetario o cuasi monetario para obtener el consumo de bienes y servicios económicos para alcanzar un nivel de vida mínimamente adecuado.	"...enfocamos nuestro trabajo en la privación económica definida de manera estrecha. Nos ocupamos del concepto, definición y medición de la pobreza económica, o lo que muchos llaman pobreza material". Precisan umbrales.
Ravallion	"Definiré una línea de pobreza (línea de pobreza) como el costo monetario para una persona dada, en un lugar y tiempo específicos, de un nivel referencial de bienestar (<i>welfare</i>) [o utilidad]. Las personas que no alcanzan ese nivel de bienestar son pobres". La línea de pobreza es el punto de la función de gasto del consumidor que minimiza el costo de alcanzar el nivel referencial de utilidad con precios y características del hogar dados. (Ravallion, 1998)	Carenacia de gastos de consumo para alcanzar un nivel referencial de utilidad (<i>uz</i>).	Ravallion admite que la teoría no ayuda a la definición de <i>uz</i> y que la función de gastos requerida no puede identificarse a partir de la demanda observada de los consumidores. Concluye que se necesitan juicios normativos externos (e información) para fijar la línea de pobreza.
Aldi Hageaars	Es una situación en la que el bien-estar (<i>welfare</i>) de un hogar derivado de su disposición de recursos cae por debajo de un cierto nivel de bienestar mínimo denominado el umbral de pobreza (Hageaars, 1986).	Carenacia de lo necesario (recursos en sentido amplio) para alcanzar un nivel de bienestar mínimo (utilidad).	Las necesidades son sustituidas por la utilidad que "se puede medir con encuestas". Recursos se iguala a estatus económico. No precisa umbrales

1.6 La estrecha mirada de la economía política de la pobreza

1.6.1 Las necesidades y los satisfactores

Es preciso distinguir necesitar o necesidades, por un lado, y desear o apetecer, o deseos y apetencias, por el otro. Para ello conviene retomar a David Wiggins quien dice que una persona necesita x (absolutamente) si y sólo si ella resultara dañada si carece de x. Es el daño resultante lo que distingue lo necesitado de lo deseado o apetecido. Nótese que ésta es una definición formal y muy precisa de lo necesitado (del satisfactor) y no de la necesidad. Ésta la define el propio Wiggins “como estados de dependencia (con respecto a no ser dañado) que tienen como sus objetos apropiados las cosas necesitadas (o, más estrictamente, tener o usar cosas)”.³⁰ Añade Wiggins que, a diferencia de desear, “necesitar no es evidentemente un verbo intencional”: “Lo que necesito no depende del pensamiento o de cómo funciona mi mente (o no sólo de ello), sino del mundo como éste es” (Wiggins [1987] 2002: 1-57).³¹

Para emprender la crítica externa de la economía política de la pobreza y la formulación de un nuevo enfoque es necesario partir de conceptos precisos como el de necesidad y el de ser humano tal como éste es: ser natural activo, social y consciente que se distingue de las demás especies del reino animal. Retomo aquí algunas consecuencias de lo tratado en detalle en el capítulo II de este libro, que aborda las bases positivas del nuevo enfoque, en particular de la antropología filosófica marxista desarrollada por Marx y Márkus. El ser humano, como todo ser vivo, requiere de objetos externos para reproducir su propia vida, lo que, dice Marx, lo convierte en un “ser dependiente y sufriente”. El ser humano necesita, pues, objetos externos (bienes). Pero el ser humano es también un ser activo que (como especie) sólo puede satisfacer sus necesidades a través de su actividad vital, el trabajo, que se dirige de manera mediada a la satisfacción de necesidades. Puesto que sin el trabajo el ser humano no es tal, el trabajo se transforma en necesidad central. El ser humano necesita su propia actividad. El ser humano necesita también actividades de otras personas que lo benefician (servicios). Pero el ser humano es también un ser social. Para Marx, el “hombre” no puede llevar una vida humana, no puede ser “hombre” como

³⁰ Mientras en la primera definición no parece haber ningún reduccionismo, ya que x puede ser un objeto, una relación o la realización de actividades, en la segunda sí hay reduccionismo, ya que si hablamos de tener o usar cosas se excluye la necesidad de relaciones con otras personas o la necesidad de realizar ciertas actividades.

³¹ David Wiggins ([1987] 2002), “Claims of need”. Este ensayo es analizado en detalle en el capítulo I de “Ampliar la mirada”.

tal más que en su relación con los demás y a consecuencia de esa relación. Por tanto, el ser humano necesita relacionarse con otros seres humanos. Necesita relaciones. Por último, el ser humano es también un ser consciente, lo que, entre otras cosas, quiere decir que su propia vida le es objeto. La actividad vital consciente diferencia al hombre de la actividad vital animal, dice Marx. Por tanto, el ser humano necesita saber y entender, es decir necesita información, conocimientos, ideas, marcos conceptuales, teorías o explicaciones.

De la anterior reflexión podemos derivar una tipología de satisfactores de las necesidades humanas: 1) objetos externos (bienes); 2) actividades de otras personas que nos proporcionan beneficios (servicios); 3) actividades del sujeto; 4) relaciones (asociadas a las cuales se llevan a cabo actividades compartidas con quienes se establecen las relaciones); 5) información, conocimientos, teorías. A partir de la amplia gama de satisfactores que manejan Neef *et al.* en su “Matriz de necesidades y satisfactores” (1986: 42) (reproducida en el capítulo v de “Ampliar la mirada”), y previo tamiz crítico, podemos concluir que es necesario añadir capacidades e instituciones a la tipología anterior, por lo cual la tipología completa de satisfactores queda integrada como sigue: 1) objetos, 2) servicios, 3) relaciones, 4) actividades, 5) conocimientos y teorías, 6) capacidades y 7) instituciones.

En “Ampliar la mirada” analizo comparativamente las teorías de las necesidades humanas de Marx (directamente y a través de las visiones de György Márkus, Agnes Heller y J. P. Terrail), de A. Maslow, de E. Fromm, de M. Maccoby, de Max Neef *et al.*, de L. Doyal y Gough y de M. Nussbaum. Una conclusión de dicho análisis es que se puede sostener con argumentos racionales que si pudiésemos interactuar con estos autores en un proceso que llevase a eliminar sus diferencias puramente taxonómicas, si bien no habría consenso en cuanto a la teoría de la jerarquía de necesidades de Maslow, sí habría consenso sobre su lista de necesidades, salvo las estéticas.³² Por tanto, en lo que sigue me apoyaré en el esquema de Maslow, con la omisión de las necesidades estéticas. Su esquema completo de necesidades consiste (véase el capítulo III de “Ampliar la mirada”), de 1) las libertades sociales como prerrequisito para la satisfacción de todas las necesidades; 2) una jerarquía de necesidades formada por cinco niveles, de más prepotentes a menos: fisiológicas, de seguridad, afectivas (amor, afecto, pertenencia), de estima (que divide en dos: los logros que forman la base de la autoestima, y la reputación) y de autorrealización; 3) las necesidades cognitivas, con su propia jerarquía (saber y entender), y 4) las necesidades estéticas.

³² El análisis de cada esquema se lleva a cabo en los capítulos II, II, IV, V, VI y VIII, mientras el comparativo se presenta en el capítulo XI, de “Ampliar la mirada”.

Agrupando de manera un poco diferente las necesidades enumeradas por Maslow y adoptando la tipología de siete tipos de satisfactores antes derivada, he definido los contenidos en el cuadro 2, en las dos primeras columnas. En las celdas de la primera columna se presentan cuatro grupos de necesidades en el siguiente orden: 1) de sobrevivencia (o materiales), que podemos asociar de manera aproximada con los dos primeros niveles del esquema de Maslow: necesidades fisiológicas y de seguridad; los ejemplos presentados en el cuadro son alimentación, refugio y seguridad; 2) cognitivas (saber y entender); 3) emocionales, donde queda ubicada claramente la necesidad de amor, afecto y pertenencia de Maslow, el tercer nivel de su jerarquía, y la parte de reputación de la necesidad de estima, cuarto nivel de su jerarquía; 4) necesidades de crecimiento, entre las que he incluido la otra parte de las necesidades de estima, a la que Maslow llama las bases de la autoestima (formada por los logros de la persona) así como la necesidad de autorrealización. En las celdas de la columna 2, y a partir de la tipología de satisfactores desarrollada, se presentan algunos satisfactores identificados para cada grupo de necesidades clasificados en principales y secundarios según el papel que desempeñan en la satisfacción de la necesidad. Para evitar un cuadro muy complejo he evitado ser exhaustivo.

1.6.2 Fuentes de bienestar o recursos

Para la tercera columna del cuadro 1 podemos utilizar tanto la concepción usual de recursos como la de fuentes de bienestar. Con base en esta última noción, que he venido utilizando desde hace muchos años,³³ he sostenido que el bienestar de los individuos y de los hogares depende de las siguientes fuentes directas: 1) el ingreso corriente; 2) el patrimonio básico, entendido como el conjunto de bienes y activos durables que proporcionan servicios básicos a los hogares; 3) los activos no básicos y la capacidad de endeudamiento del hogar; 4) el acceso a los bienes y servicios gratuitos que ofrece el gobierno; 5) el tiempo disponible para el descanso, el trabajo doméstico, la educación y el tiempo libre, y 6) las habilidades y conocimientos de las personas, fundamentales en el desempeño de cualquier actividad, una parte de los cuales incide en el desempeño de las actividades mientras otra debe verse como satisfactor directo de las necesidades cognitivas del ser humano. Ni el tiempo ni las habilidades y conocimientos son concebidos

³³ Originalmente la formulé en *Pobreza y necesidades básicas. Conceptos y métodos de medición* (Boltvinik, 1990).

como medios para la obtención de ingresos, sino como satisfactores directos de necesidades.³⁴

Las tres primeras fuentes de bienestar representan recursos económicos privados (flujos o acervos); la cuarta categoría representa el flujo de recursos económicos públicos (el así llamado salario social). En conjunto, estas cuatro categorías representan los recursos económicos monetizables (que se pueden expresar en dinero, no transformarse en él). La quinta y la sexta categorías tienen sus propias unidades de medida y no se pueden reducir a valores monetarios. En suma, los recursos económicos monetizables, el tiempo libre y los conocimientos y habilidades son las dimensiones irreductibles de las fuentes de bienestar. Estas fuentes pueden evolucionar de manera diversa, incluso contrapuesta, debido a que están sujetas a distintos factores determinantes (Boltvinik, 2003: 385-446).³⁵

Algunos economistas ortodoxos han desarrollado un enfoque cercano al de fuentes de bienestar, que reconoce la insuficiencia del ingreso corriente como indicador de la disposición de recursos y busca superarla a través de “indicadores compuestos del estatus económico de los hogares”. Aldi Hagenars (1986: 9-10) describe las adiciones sucesivas de rubros a estos indicadores compuestos. Poniéndolos juntos, la disposición sobre recursos sería igual a la suma del ingreso corriente más el valor de la producción doméstica, el valor del ocio, el flujo anual derivado de los acervos

³⁴ Concebir las capacidades (y conocimientos) al mismo tiempo como fuente de bienestar y satisfactor parece una inconsistencia en la taxonomía adoptada, pero creo que no lo es. La relación entre fuentes de bienestar y satisfactores no es siempre la de la mediación de las primeras para el acceso a los segundos, como ocurre con los ingresos corrientes que permiten adquirir satisfactores directos de la necesidad. Pero los activos básicos específicos como vivienda, mobiliario y equipos domésticos son bienes que no han de pasar por la mediación de un intercambio para transformarse en satisfactores, por lo que han de pasar, en cambio, es por el uso: una casa deshabitada, un refrigerador vacío o apagado, un equipo de sonido que no se usa son fuentes de bienestar pero no son satisfactores (aunque podrían serlo si se habitaran, se abastecieran con alimentos, se prendieran). Pero ser satisfactores no les resta la característica de fuente de bienestar. El acceso a los servicios gubernamentales (que podría haberse formulado como derecho de acceso o titularidad) es similar al ingreso corriente y al tiempo disponible: sólo si se “canjean” por satisfactores específicos como educación pública, bienes adquiridos, tiempo dedicado a un fin específico, se transforman en satisfactores. Son satisfactores las capacidades efectivamente utilizadas para la satisfacción y son fuentes de bienestar las capacidades efectivas disponibles. En el fondo es la misma distinción de acervos y uso corriente. Las fuentes de bienestar son satisfactores potenciales y pueden transformarse en satisfactores efectivos.

³⁵ Más allá de la posibilidad lógica, así ha ocurrido en México y en otros países de América Latina en décadas recientes. Para un análisis de la evolución radicalmente distinta de las fuentes de bienestar en México y, por tanto, de la incidencia de la privación humana en diferentes componentes, véase mi artículo, “Welfare, inequality and poverty in Mexico, 1970-2000” (Boltvinik, 2003. Un resumen de este trabajo se incluye en el capítulo XIX de “Ampliar la mirada”).

netos de capital y el valor de las transferencias no monetarias (públicas y privadas). Aunque el punto de partida de estos enfoques y el mío son similares (la visión integral del funcionamiento del hogar), destacan cuatro diferencias: 1) todos los elementos constitutivos son vistos estrictamente como medios en el enfoque del estatus económico, mientras yo concibo al tiempo y a los conocimientos y habilidades como, al menos en parte, fines en sí mismos; 2) mi postura sobre el carácter irreductible del tiempo y los conocimientos contrasta con la reducción a términos monetarios de todos los elementos en el enfoque del estatus económico; 3) la ausencia en mi enfoque de condiciones de maximización que están presentes en algunos de estos enfoques; 4) aplico cotidianamente mi enfoque en la medición de la pobreza mientras el del estatus económico se ha aplicado sólo excepcionalmente.

CUADRO 2

Satisfactores y recursos (principales y secundarios) asociados con cuatro tipos de necesidades (materiales, cognitivas, emocionales y de crecimiento)

<i>Tipos de necesidades (ejemplos de)</i>	<i>Tipo de satisfactores principales / secundarios</i>	<i>Recursos (fuentes de bienestar) principales / secundarios</i>
Sobrevivencia o materiales (alimentación, refugio, seguridad)	1. Objetos (alimentos, vivienda), 5. Instituciones (familia/seguros) 3. Actividades familiares (cocinar; limpiar)	Recursos monetizables* / tiempo; conocimientos y habilidades
Necesidades cognitivas (saber, entender, educarse)	3. Actividades del sujeto (leer, estudiar, investigar) 6. Conocimientos, teorías 1. objetos (educación, libros)	Tiempo, conocimientos y habilidades; recursos monetizables*
Emocionales y de estima (afecto, amistad, amor)	2. Relaciones primarias y secundarias 3. Actividades con pareja/amistad 4. Capacidades. 1. Objetos	Tiempo; conocimientos y habilidades; /recursos monetizables*
De crecimiento (bases de autoestima: logros; autorrealización)	3. Actividades y 4. Capacidades y del sujeto/ (cumplir roles; realizar potencial) 3. Trabajo, 2. Relaciones secundarias, 1. Objetos;	Conocimientos y habilidades, tiempo/recursos monetizables*

* Incluye ingreso corriente; activos básicos; activos no básicos; acceso a bienes y servicios gratuitos.

1.6.3 El mapa conceptual de la economía política de la pobreza

Volvamos al cuadro 2. En la columna 3 se presentan las fuentes de bienestar (o recursos) clasificadas en dominantes (o principales) y secundarias que se asocian, en cada renglón, con las necesidades y satisfactores que se han incluido en las dos primeras columnas. El cuadro queda así completo: en las columnas, necesidades, satisfactores y recursos; en los renglones, los cuatro grupos de necesidades identificadas de modo que en cada celda de las columnas 2 y 3 se identifican los satisfactores y los recursos asociados con cada grupo de necesidades, particularmente con sus ejemplos. Tanto los satisfactores como los recursos han sido clasificados en principales y secundarios. Cada enfoque de la pobreza puede ser caracterizado según la amplitud o estrechez con la cual concibe las necesidades humanas, los satisfactores que posibilitan su satisfacción y los recursos (o fuentes de bienestar) que hacen posible el acceso a los satisfactores.

En el cuadro 2 he sombreado los elementos que suelen identificar quienes, en la sección anterior, fueron clasificados como autores de enfoques convencionales de necesidades y de búsquedas fallidas de un nuevo enfoque (Altimir, Sen-Foster en sus dos definiciones y Townsend):³⁶ sólo una parte de los elementos del primer y del segundo renglón. Las definiciones tautológicas de Citro y Michael y de Ravallion ni siquiera se pueden analizar plenamente en el cuadro. Para hacerlo habría que eliminar la primera columna o sustituirla por utilidad (cumplimiento de expectativas, en el caso de Hagenars). Una parte de los enfoques dominantes en la economía política de la pobreza reconocen sólo necesidades “materiales” como la alimentación, la vivienda y otras cuya satisfacción depende principalmente del acceso a recursos monetizables. Algunos tienen una postura ambigua respecto a las necesidades cognitivas, a las que reconocen a veces como necesidad educativa. En general, perciben la educación más como medio para aumentar el capital humano (y, por tanto, los ingresos esperados en el mercado de trabajo) que como forma de satisfacción de las necesidades cognitivas del ser humano. Como se aprecia en los capítulos xv a xiv de “Ampliar la mirada”, salvo excepciones, en la medición de la pobreza no se suelen incluir las necesidades cognitivas. En las variantes de presupuestos familiares del método de línea de pobreza suele haber una identificación de algunos satisfactores requeridos para la educación mostran-

³⁶ Aunque el método de medición integrada de la pobreza fue incluido, en la sección anterior, como enfoque convencional de las necesidades y lo es en la medida en que parte de necesidades estáticas, iguales para todos, y escindidas de las capacidades, no incurre en el reduccionismo señalado en el texto en buena medida porque, al reconocer como recursos el tiempo y las capacidades, identifica en el eje del nivel de vida las necesidades emocionales y de crecimiento cubriendo así los cuatro renglones del cuadro.

do así el reconocimiento implícito de al menos una parte de la necesidad educativa. Para distinguir la identificación plena de las necesidades de sobrevivencia o materiales y el reconocimiento esporádico, y ambiguo, de las necesidades cognitivas, en esta parte de los enfoques convencionales he sombreado estas últimas necesidades con un tono gris, mientras las primeras las he sombreado con gris más claro.

Reconocen sólo los objetos (bienes y servicios) como satisfactores y como único recurso los monetizables (aun peor: la mayor parte de las veces, dentro de éstos sólo reconocen el ingreso corriente). Por tanto, incluso dentro de los renglones 1 y 2 suelen desconocer que se requieren actividades (cocinar, abastecer, leer, estudiar) y no sólo objetos (bienes y servicios) para satisfacer necesidades como la alimentación y las cognitivas y, por tanto, que se requiere de los recursos tiempo y habilidades. Como no identifican los renglones 3 y 4, fuera de una parte de los renglones 1 y 2 lo omiten todo.³⁷

El enfoque economicista dominante (Citro y Michael, Ravallion y Hage-naars, entre los autores del cuadro 1), el más ortodoxo en la economía política de la pobreza, desconoce las necesidades humanas y concibe la pobreza no como insatisfacción de necesidades sino como nivel de vida por debajo del mínimamente adecuado, o un nivel de utilidad por debajo del “referencial”. En este caso tendríamos que cambiar el contenido de la columna 1, de necesidades a utilidad o nivel de vida (lo que haría desaparecer los renglones ya que utilidad y nivel de vida son elementos homogéneos, de los cuales, como el valor de cambio, sólo importa su cantidad) y rebautizar la columna 2 de “satisfactores” a “proveedores” de nivel de vida o utilidad.

La economía política de la pobreza es reduccionista en un triple sentido: 1) Los enfoques convencionales de necesidades reducen éstas a las “materiales” (aunque a veces incluyen la educación), suelen desconocer las necesidades de seguridad y sus principales satisfactores (instituciones como la familia, los seguros y el Estado). El enfoque economicista dominante desconoce las necesidades y las sustituye por utilidad. En ambos casos, el cuadro

³⁷ Un ejemplo es el del conjunto de recomendaciones del panel sobre pobreza y asistencia familiar del National Research Council de Estados Unidos antes mencionado, y cuyas conclusiones han sido publicadas en la obra editada por Citro y Michael *Measuring poverty* (1995) arriba citada. Los autores dicen: “Definimos pobreza como privación económica. Una manera de expresar este concepto es que se refiere a la carencia de recursos económicos (ingreso monetario o cuasi monetario) para consumo de bienes y servicios económicos (como alimentos, vivienda, vestuario, transporte)” (1995: 19). Sólo reconocen algunas necesidades que corresponden al estereotipo de las necesidades materiales, lo que deja el enfoque reducido al primer renglón (la educación y, con ella, las necesidades cognitivas completas, quedan fuera). Los únicos satisfactores reconocidos son, explícitamente, los bienes y servicios, y sólo se reconocen los ingresos (ni siquiera el conjunto de lo que en el cuadro 1 se llaman los recursos monetizables) como recursos. Se puede añadir muchos otros ejemplos, tanto de académicos como de organismos internacionales que confirman que éste es el enfoque dominante.

1 se convierte (con la excepción de quienes reconocen la necesidad educativa) en un cuadro de un renglón único. 2) Todos los enfoques dominantes en la economía política de la pobreza (incluido el grupo de búsquedas fallidas de un nuevo enfoque) reducen los satisfactores (o “proveedores de utilidad”) a los objetos (bienes y servicios), desconociendo los demás tipos de satisfactores (relaciones, actividades, teorías, capacidades, instituciones). 3) Todos los enfoques dominantes en la economía política de la pobreza reducen los recursos a los monetizables y con mucha frecuencia al ingreso corriente. Tiempo y conocimientos y habilidades son las fuentes de bienestar (recursos) constantemente ignorados en estos enfoques convencionales. Además, quienes sólo toman en cuenta el ingreso corriente también ignoran los otros tres recursos que he llamado monetizables: el acceso a bienes y servicios gratuitos y los activos disponibles tanto básicos como no básicos.

En el caso del enfoque convencional de necesidades, las columnas son las mismas del cuadro 1. En el enfoque economicista dominante las columnas se transforman en utilidad o nivel de vida, proveedores de utilidad o de nivel de vida e ingresos (el cuadro tendría un renglón único).

Los enfoques dominantes en la economía política de la pobreza tampoco se pueden percatar de que algunas necesidades “inmateriales” requieren también objetos (bienes y servicios) como satisfactores y recursos económicos monetizables, como se apunta en el cuadro (palabras tanto en cursivas como subrayadas), por lo que incluso calculan mal sus líneas de pobreza ya que no identifican una parte de los requerimientos monetarios. Algunos ejemplos de objetos omitidos son los bienes y servicios que se asocian a las relaciones (necesidades emocionales): en las actividades con la pareja surgen necesidades de bienes y servicios (restaurantes, espectáculos, hoteles, anticonceptivos, etcétera), y en las actividades del sujeto los bienes y servicios que se ocupan en ellas (pinturas y lienzos, el pintor; libros, computadoras, internet, el escritor y el investigador científico, pero en los dos últimos crecientemente casi todos).

Para algunas necesidades como la alimentación y el refugio (renglón 1) los satisfactores principales son bienes (los alimentos y la vivienda), para otras, como la atención a la salud, son bienes y servicios (la atención médica y los medicamentos); en las necesidades de seguridad, que he agrupado como parte de las materiales y que suelen ser ignoradas por la economía política de la pobreza, el satisfactor principal es una institución: la comunidad o el Estado, la familia o los seguros; en las necesidades cognitivas (renglón 2) las actividades del sujeto, por una parte, y, por otra, los conocimientos y teorías, representan los satisfactores principales,³⁸ aunque el

³⁸ La sabiduría convencional establece que son los servicios pedagógicos proporcionados en la escuela el principal satisfactor de las necesidades de saber y de entender. Creo que esta

servicio educativo y bienes como libros y computadoras son importantes satisfactores secundarios; para las necesidades emocionales, en cambio, los satisfactores centrales son las relaciones primarias, y para las de estima son las relaciones secundarias (renglón 3); para las necesidades de crecimiento (logros que forman las bases de la autoestima y autorrealización, renglón 4) la satisfacción se deriva sobre todo de las capacidades y actividades del sujeto, que constituyen los satisfactores principales. Sin embargo, en casi todos los casos además del satisfactor principal intervienen satisfactores secundarios o complementarios: actividades familiares en las necesidades de sobrevivencia actividades con otras personas en las necesidades emocionales y de estima, objetos tanto en éstas como en las necesidades de crecimiento.

En cuanto a los recursos, en el cuadro se muestra que cuando el satisfactor dominante es un objeto (bien o servicio) los recursos principales son los que he llamado monetizables (ingreso corriente; activos básicos; activos no básicos; acceso a bienes y servicios gratuitos). En cambio cuando los satisfactores principales son relaciones o actividades del sujeto los recursos principales son el tiempo (—que se dedica a cultivar la relación o a realizar la actividad—) y los conocimientos y habilidades o capacidades (—que se ponen en juego en ambos casos—). En todos los casos se requiere que el individuo invierta tiempo personal. En algunos casos este tiempo es un recurso secundario, como el tiempo que dedicamos a comer o a ir al médico (aunque no lo es el dedicado al abasto de alimentos y a su preparación), pero cobra mucha mayor centralidad el requerido para cultivar las relaciones, y es totalmente determinante el empleado para realizar las actividades propias del sujeto que sustentan la autoestima, la autorrealización y el desarrollo cognitivo.

De lo dicho se desprende que el “reduccionismo triple” de los enfoques convencionales (que reconocen las necesidades o conceptos que se pueden reformular en estos términos) está estructuralmente vinculado pues 1) omiten las “necesidades” emocionales y de crecimiento (y con frecuencia las cognitivas); 2) omiten los satisfactores, relaciones y actividades, asociados con las necesidades omitidas, y, 3) por último, omiten los recursos “tiempo” y “conocimientos/habilidades” asociados con los satisfactores omitidos.

El cuadro 2 parece estar situado en el eje del florecimiento humano. Esta percepción se deriva de la inclusión en él de necesidades “no materiales” (cognitivas, emocionales y de crecimiento) y, en consecuencia, de la

afirmación puede ser válida para el desarrollo de algunas habilidades como leer y escribir. Sin embargo, lo dicho en el texto me parece verdad en la mayoría de los casos, sobre todo cuando se trata de entender.

inclusión de satisfactores como las relaciones. Las dos primeras columnas son perfectamente consistentes con el eje de florecimiento humano o el eje del nivel de vida. Pero la inclusión después de estas dos columnas de una tercera (y última) referida a recursos (fuentes de bienestar) deja en claro que la perspectiva que interesa en el cuadro es sólo la económica, lo que sitúa el cuadro en el eje del nivel de vida. Un cuadro similar situado en el eje de florecimiento humano tendría que tener una o más columnas adicionales referidas, por ejemplo, a las visiones de cada necesidad desde la perspectiva biológica, psicológica o filosófica. Si a un cuadro así le aplicásemos la operación del recorte (de las perspectivas no económicas) por la cual, según se ha explicado, se pasa del eje de florecimiento humano al eje del nivel de vida, sólo eliminaríamos la(s) columna(s) de la(s) perspectiva(s) biológica, psicológica o filosófica, y todo lo demás quedaría igual: llegaríamos al cuadro 1. El cambio, por tanto, sería nada más de perspectiva, ya que ahora las relaciones entre la persona y sus actividades, por ejemplo, interesarían sólo en cuanto generan requerimientos de recursos “pero no en sus contenidos sustantivos”, como sí ocurre cuando nos situamos en el eje de florecimiento humano.

El cuadro 1 dibuja el mapa conceptual del eje del nivel de vida según el nuevo enfoque propuesto en “Ampliar la mirada”. Confirma, por tanto, lo que habíamos propuesto antes: que en el eje del nivel de vida de este enfoque están presentes todas las necesidades humanas, el ser humano completo, pero visto sólo desde la perspectiva económica. Al discutir qué necesidades habrían de ser incluidas en el cuadro la decisión fue la de incorporar aquellas necesidades del esquema de Maslow sobre las cuales parece posible postular un consenso. Al hacerlo así partimos del ser humano completo y, por tanto, de todas sus necesidades (salvo las estéticas, sobre las cuales no hay consenso). Nos mantuvimos en este eje en la columna 2 puesto que la identificación de satisfactores es una tarea común a múltiples perspectivas. Fue al añadir la columna 3 y ninguna otra más cuando de manera implícita hicimos el recorte y nos situamos en la perspectiva económica (recortando las demás).

De aquí se desprende claramente la conclusión que el contenido del eje de nivel de vida al que por esta vía llegamos es esencialmente distinto al que habríamos construido si lo hubiésemos abordado directamente: hubiésemos recortado implícitamente necesidades y satisfactores y hubiésemos llegado a una visión similar al del enfoque convencional de las necesidades de la economía política de la pobreza. Si esta conclusión fuese correcta, y mi opinión es que sí lo es, habría mostrado que el camino que consiste en abordar el problema de la pobreza directamente en el eje del nivel de vida —sin pasar por el del florecimiento humano, único eje conceptual donde es dable identificar todas las necesidades (y capacidades) humanas—, camino adoptado por casi todos los estudiosos de la pobreza,

y que se traduce en un universo recortado de necesidades (y, por tanto, como hemos visto, de satisfactores y recursos) es incorrecto porque supone una visión reduccionista.

Esta conclusión, esta “tesis crítica”, se convierte en un arma fundamental de la crítica no sólo de los enfoques convencionales de la pobreza sino también del enfoque de Sen sobre los *capabilities-functionings*, arma que, en efecto, utilicé en “Ampliar la mirada”.

Tanto el enfoque convencional de necesidades de la pobreza como el de búsquedas fallidas de un nuevo enfoque (éste una vez deconstruido), que se puede expresar como “sólo ‘necesidades’ materiales que se satisfacen únicamente con objetos, para lo que se requiere únicamente ingresos corrientes”, conlleva una concepción parcial incluso de las llamadas necesidades materiales e ignora las inmateriales, es claramente un enfoque “mecanicista” en el cual los seres humanos son vistos como robots o ganado. Salvo el caso de alguien que efectúe todas sus comidas en restaurantes o comedores institucionales, caso muy raro sobre todo en el tercer mundo, alimentarse supone no sólo objetos no duraderos (alimentos) sino las actividades de cocinar y asociadas (abastecimiento y limpieza) y los objetos duraderos implicados (estufa, sartenes, mesa, sillas, platos y cubiertos, por ejemplo) y otros no duraderos (gas, detergentes, por ejemplo). Las actividades y los objetos enumerados distintos a los alimentos son (casi siempre) ignorados en ambos grupos de la economía política de la pobreza. El enfoque economicista dominante, que rechaza el concepto de necesidades, se sitúa en un vacío conceptual que no puede llenar el concepto vacío que es la utilidad. Una síntesis de la crítica de Sen y de Rawls a este concepto se presentó en la sección 1.3, *supra*.

La medición de la pobreza toma a veces la forma (indirecta) de medición de los recursos del hogar y otras la de observación directa de la (in) satisfacción de necesidades. En ambos casos se puede establecer el vínculo explícito con las necesidades humanas. En el segundo es inevitable hacerlo: hay un momento en la definición del procedimiento en el cual inevitablemente se definen las necesidades humanas que se abordarán. En el primero “se puede establecer” cuando se aborda la definición de la línea (o umbral) de pobreza. Si esta definición se aborda a través de la identificación de canastas normativas completas, como en el método de presupuestos familiares, la vinculación es también inevitable: es necesario definir explícitamente cuáles necesidades se tomarán en cuenta antes de proceder al cálculo de requerimientos de satisfactores. En ambos casos al evaluar la lista de necesidades usada por algún autor como parte de su ejercicio de medición de la pobreza, utilizando como marco de referencia cualquier teoría de las necesidades humanas, será posible apreciar si ha habido o no recorte de necesidades. Por ejemplo, si partiendo del esquema de necesidades de Max-Neef identificamos que la lista en cuestión corres-

ponde con las necesidades de subsistencia, protección y entendimiento, concluiremos que se han recortado las otras seis necesidades identificadas por ellos (afecto, participación, ocio, creación, identidad y libertad).

Sin embargo, cuando se define la línea de pobreza de manera arbitraria, como lo hace el Banco Mundial, no se establece tal vínculo. Cuando se parte de una única necesidad, la alimentaria, para establecer una canasta normativa alimentaria y luego obtener la línea o umbral de pobreza multiplicando su costo por un factor, como ocurre en el método que he llamado de la canasta normativa alimentaria que utiliza la Cepal, el Gobierno de EU y utilizó el Comité Técnico para la Medición de la Pobreza de la Secretaría de Desarrollo Social en México, el vínculo queda truncado ya que se establece con una única necesidad. Como este camino de medición indirecta de la pobreza sin definir canastas normativas completas ha predominado prácticamente en todo el mundo, el recorte no se ha convertido en un tema de discusión, ya que prácticamente todos los que miden la pobreza abordan directamente el eje del nivel de vida, sin pasar por el de florecimiento humano.

El círculo argumental se ha completado. La crítica de los enfoques convencionales de la pobreza, la economía política de la pobreza, nos ha llevado a concluir que los enfoques convencionales conllevan un enfoque distorsionado, parcial, del ser humano. Al adoptar el enfoque aquí planteado superamos esta visión distorsionada y parcial y nos acercamos al ser humano completo, con todas sus necesidades.

2. BASES POSITIVAS DEL NUEVO ENFOQUE: ANTROPOLOGÍA FILOSÓFICA MARXISTA Y TEORÍAS SOBRE LAS NECESIDADES HUMANAS

El punto de partida de Marx es la convicción de que “el hombre es una parte de la naturaleza” (1986), un ser natural material, vivo, sensorial-sensitivo, que sólo puede subsistir por su constante intercambio o metabolismo con la naturaleza, el hombre asegura ese intercambio mediante su propia actividad vital, “es un ser natural activo”. El hombre es un ente “finito”, limitado, un “ente dependiente y sufriente” (en sentido filosófico tradicional: paciente),³⁹ lo que quiere decir que los “objetos” de sus impulsos existen fuera de él, como objetos independientes de él que son objetos de sus “necesidades”, imprescindibles, esenciales para la actuación y la confirmación de las fuerzas de su propio ser”. Esos objetos constituyen, por así decirlo, el cuerpo inorgánico del hombre. En un sentido general, esto se puede decir de los demás animales exactamente igual que del hombre. “Pero el hombre no es sólo ser natural, sino que es también ser humano” (Marx, 1968: 162). Es necesario, por tanto, caracterizar al hombre como específicamente humano, como ente genérico, para lo cual resulta importante contraponerlo con el animal.

2.1 El trabajo, actividad vital y esencia del hombre

La naturaleza y la causa de la diferencia entre el hombre y el animal radican en la diversidad de sus respectivas actividades vitales. La actividad de los demás animales se orienta exclusivamente a aferrar y consumir los objetos de su necesidad: coincide inmediatamente con la satisfacción activa de la necesidad dada. Es una actividad vital limitada. Sólo puede convertir en objetos de su actividad y de su vida aquellos objetos cuyas propiedades físicas, químicas, etcétera satisfagan sus necesidades constantes (Márkus ([1973] 1985: 4).

Lo que ante todo distingue al hombre del animal es una específica actividad vital, la cual constituye su más propia esencia. La actividad vital

³⁹ Paciente, en filosofía, según el DRAE significa “sujeto que recibe o padece la acción del agente”.

del hombre es el trabajo. El trabajo es ante todo una actividad que se orienta a la satisfacción de las necesidades no directamente sino sólo a través de mediaciones. Pero el trabajo es también actividad consciente libre. El objeto del trabajo no se hace adecuado para satisfacer necesidades humanas sino porque el trabajo lo altera. Esa mediación se presenta 1) como actividad mediadora, esto es, como el trabajo vivo mismo que precede al uso del objeto y lo posibilita; 2) como medio de trabajo o herramienta que el hombre sitúa entre sí mismo y el objeto de su necesidad y que hace actuar como criterio de su actividad. Añade Márkus:

Mientras que la formación de los medios de producción de los demás animales —a saber, sus órganos— recorre el camino de la evolución biológica, el cual cubre millones y millones de años, el hombre construye él mismo sus instrumentos de producción, cada vez más complicados, en forma de objetos separados, independientes. En este contexto repite Marx en *El capital* la definición del hombre de Benjamín Franklin: “*toolmaking animal*” ([1973] 1985: 19).

György Márkus dice que “vale la pena echar una mirada de conjunto a los resultados y las consecuencias de esta actividad humana específica” ([1973] 1985: 19):

Primera consecuencia.

Como la actividad humana no se orienta sin mediaciones a la satisfacción de las necesidades [...], se amplía constantemente el ámbito de las cosas que pueden servir de objetos de aquella actividad. Por una parte utilizando las cosas en forma alterada, el hombre puede aplicar cada vez más objetos a la satisfacción de sus necesidades; por otra parte, muchas cosas inadecuadas para el consumo inmediato se le van haciendo necesarias como medios de su actividad trabajadora.

Consumo y utilización se convierten en categorías distintas (lo que no ocurre entre los animales) puesto que sólo una parte de lo utilizado por el hombre está destinado al consumo. “Esto implica [...] que el hombre se *apropia* crecientemente de las cosas de la naturaleza, que ‘su cuerpo inorgánico’ se hace cada vez mayor y que su relación con la naturaleza externa es cada vez más compleja y múltiple y, por tanto, cada vez más flexible” ([1973] 1985: 20).

Segunda consecuencia. El proceso de trabajo origina constantemente objetos (el trabajo se objetiva en el producto), con lo que altera paulatinamente el mundo circundante del hombre. “El entorno natural cede su lugar al entorno cultural que es resultado de la anterior actividad trabajadora y en el que las capacidades humanas se han hecho objetos, se han objetivado”. Aquí cita Márkus [1973] 1985) a Marx (*Manuscritos de economía y filosofía*): “Consiguientemente, el objeto del trabajo es *la objetivación de la vida genérica del hombre*: pues el hombre no se duplica en

él sólo intelectualmente, como en la conciencia, sino poéticamente, realmente, y, por lo tanto, se contempla a sí mismo en un mundo producido por él” (1968: 113-4).

El concepto marxista de “objetivación” no es una mera alusión a la presencia de objetos artificiales, sino también y principalmente a la *función específica* —cualitativamente diversa de las cosas naturales— que tienen esos objetos artificiales en la actividad vital de los hombres [...], a diferencia de los objetos naturales, los productos del trabajo tienen, además, una *aplicación normal* dentro de la matriz real de la vida social (la copa de vino sirve para beber vino, el jabón para lavarse), y esa *aplicación normal* tiene una cuasi-corporización como norma ya en la propia forma física de los objetos del trabajo. Respecto de esos elementos de su entorno, los individuos tienen que desarrollar [...] las cualidades humanas específicas que permiten el uso “adecuado” de los objetos del trabajo, o sea, se tienen que *apropiar* de esos productos del trabajo. A diferencia de la naturaleza, la esfera social aparece, ya en sus manifestaciones más elementales y básicas, como una esfera empapada de *normas*. En cuanto portadores o soportes objetuales de esas normas, los productos del trabajo no son simplemente objetos de uso sino también *valores* de uso.

Por vivir el hombre en un mundo así híper-humanizado, en el cual las capacidades y las necesidades humanas desarrolladas en el pasado⁴⁰ se encuentran ya, como hadas madrinas, en su forma objetivada, a la cabecera de su cuna [...], en el cual los resultados de toda la precedente evolución social están ya a su disposición en forma material, le es posible empezar su desarrollo no en el inicio del primer principio, sino en el punto en que las generaciones anteriores lo han dejado. El trabajo, la objetivación de la naturaleza humana, es lo que constituye la posibilidad de una *historia* como tal (Márkus, [1973] 1985: 21-22)).

Tercera consecuencia. Pero el trabajo “no sólo transforma la naturaleza exterior sino que” también se modifican los productores en tanto despliegan nuevas cualidades, se desarrollan a sí mismos a través de la producción, se transforman, desarrollan fuerzas y representaciones nuevas, nuevos modos de interrelación o “nuevas necesidades y nuevo lenguaje” (Marx, 1972: 455) El hombre incluye en su campo de actividad ámbitos cada vez más amplios de fenómenos naturales y, por tanto, el hombre se apropia de nuevas potencialidades esenciales humanas, de nuevas propie-

⁴⁰ Note el lector como lo que está objetivado no son sólo las capacidades, sino también las necesidades humanas desarrolladas en el pasado. Véase en el siguiente pie de página como para Márkus los productos del trabajo representan y postulan necesidades (los fines de su utilización) socialmente reconocidas.

dades y capacidades humanas. De modo más general es posible decir que el hombre desarrolla sus capacidades de producción al objetivarlas.

La apropiación subjetiva de un medio de producción implica la formación de un tipo de actividad que ponga el medio y el objeto en la relación necesaria para la realización de la finalidad deseada por el sujeto. [...] La capacidad se presenta como una transposición de determinadas conexiones naturales objetivas a la esfera de la actividad del sujeto. [...] El hombre es, pues, capaz de *transformar en leyes, en principios de su propia actividad, un ámbito cada vez más amplio de conexiones y regularidades naturales* (Márkus [1973] 1985: 24-5).

Cuarta consecuencia. Si bien

cada acto singular de actividad humana supone la preexistencia de una *necesidad*, [...] en el proceso histórico total esa relación se invierte. [...] Las necesidades que efectivamente determinan la producción no son las necesidades originarias en su crudeza natural sino las necesidades originadas por la misma producción. Las necesidades “son tan producidas [...] como los productos y como las varias habilidades de trabajo. Cuanto más se vuelven *necesarias* las necesidades engendradas por la producción misma, las necesidades sociales que son ellas mismas el fruto de la producción y el intercambio sociales, tanto más se desarrolla la riqueza real. Materialmente considerada, la riqueza consiste simplemente en la multiplicidad y variedad de las necesidades. Es el objeto producido por el hombre lo que origina la necesidad humana colectiva del mismo (Márkus, [1973] 1985: 25).

La concepción marxista del hombre no separa tajantemente las necesidades de las capacidades sino que las considera determinaciones recíprocamente condicionadas del individuo concreto activo. En los *Manuscritos económico-filosóficos* Marx designa a menudo unas y otras conjuntamente mediante el término “fuerzas esenciales”. El hombre es un ente activo, esto es, capaz de satisfacer sus necesidades exclusivamente mediante el desarrollo de determinadas capacidades, y por eso la transformación de sus facultades o capacidades ya desarrolladas en actividad real le resulta necesidad específica. [...] El abismo o la escisión entre capacidades y necesidades es una consecuencia de la división del trabajo y de la alienación. (Márkus, [1973] 1985: 34).

El carácter histórico de las necesidades humanas es una consecuencia de la misma actividad del trabajo:

1) El objeto que sirve para la satisfacción de las necesidades humanas no es un objeto inmediatamente natural sino un objeto alterado por la actividad de la producción, un producto de determinado carácter huma-

no-social. Las necesidades biológicas originarias se han humanizado. Dice Marx:

El objeto no es un objeto en general, sino un objeto determinado que se tiene que consumir de un modo determinado [...]. Hambre es hambre, pero un hambre que se aplaca con carne cocida y comida con tenedor y cuchillo es un hambre diferente de la que engulle carne cruda sin más ayuda que la mano, las uñas y los dientes. Por lo tanto, la producción produce no sólo el objeto del consumo, sino también el modo del consumo, y no sólo objetivamente, sino también subjetivamente. La producción era, pues, el consumidor (Márkus [1973] 1985: 26).

2) En el curso de la producción aparecen necesidades completamente nuevas, “sociales” por su origen y por su contenido. El ser-mediado de la actividad humana, el hecho de que la relación del hombre con el objeto de sus necesidades esté mediada por otros objetos (por eso mismo llamados “medios”) produce una necesidad social de objetos en modo alguno adecuados a la satisfacción inmediata de una necesidad individual.

3) Surgen también las nuevas necesidades radicales —necesidades que por su propia naturaleza rebasan las posibilidades productivas y sociales dadas— que desempeñan un papel central en la teoría de la revolución de Marx.⁴¹

4) Sobre la base de la actividad vital humana se producen también “nuevas necesidades individuales” de carácter histórico-social, las cuales no se pueden considerar ya como simples humanizaciones de las necesidades biológicas. Algunas se presentan en todas las formaciones sociales; por ejemplo, la necesidad de trabajo o de intercambio con los semejantes. Otras —como la necesidad estética— no nacen hasta un determinado estadio de la evolución histórica. Por último, hay necesidades (como la religiosa) que caracterizan sólo determinadas formaciones históricas.

Si el trabajo constituye el ser del hombre, entonces el hombre es esencialmente un ser natural universal tanto en el sentido de que es potencialmente capaz de transformar en objeto de sus necesidades o de su actividad todos los fenómenos de la naturaleza cuanto en el sentido de que llega a serlo también de asumir en sí e irradiar de sí todas las “fuerzas esenciales” de la naturaleza, esto es, capaz de adaptar crecientemente su actividad a la totalidad de las leyes naturales y, consiguientemente, de alterar con penetración cada vez mayor su propio entorno en expansión progresiva.

⁴¹ En la tercera parte de este libro se discute extensamente el concepto de necesidades radicales en los escritos de Agnes Heller.

2.2 *El hombre como ente social universal*

En la primera parte del capítulo II de *Marxismo y "antropología"* ([1973] 1985: 39-47) Márkus aborda el rasgo esencial del ser humano como ser social. "Ante todo", dice,

el hombre es un *ente genérico*, esto es, un ser social y comunitario. [...] Esta descripción del ser *humano* como comunidad significa, por una parte, que el hombre no puede llevar una vida humana, no puede ser hombre como tal más que en su relación con los demás y a consecuencia de esa relación ([1973] 1985: 39).

"Por otra parte", significa que

el individuo no es individuo humano más que en la medida en que se apropia de las capacidades, las formas de conducta, las ideas, etcétera, originadas y producidas por los individuos que le han precedido o que coexisten con él, y las asimila (más o menos universalmente) a su vida y a su actividad. Así, pues, el individuo humano concreto como tal es un producto en sí mismo histórico-social.

Los dos aspectos de la socialidad humana están ya dados por el trabajo en cuanto actuación vital humana específica [...] el trabajo es una actividad social (se lleva a cabo colectivamente o bien los hombres trabajan los unos para los otros) y porque se lleva a cabo apropiándose los medios de trabajo y la capacidad de usarlos desarrollados por las generaciones precedentes ([1973] 1985: 40-1). Añade Márkus, dándole más contundencia al argumento del carácter inevitablemente social de la producción:

La determinación del trabajo humano como actuación vital mediada por objetos implica la propiedad de que el trabajo vivo no se puede realizar más que pasando por la recepción y el "consumo" del trabajo muerto; de este modo se presenta cada acto individual de producción como un acto determinado histórico-socialmente (Márkus [1973] 1985: 42).

El individuo no puede apropiarse de las fuerzas materiales y espirituales históricamente producidas si no es a través de la colectividad humana, del intercambio con otros hombres. El niño encuentra dado un medio humanizado, configurado por el trabajo humano, materialización de fuerzas esenciales humanas, pero no le son dados directamente los objetos en su estructura humana. En cuanto objetos humanos, están dados sólo como tarea. Para poder comportarse respecto de ellos en cuanto objetivaciones de potencialidades esenciales humanas hay que desarrollar la capacidad de usarlos o de producirlos, la cual no es una facultad naturalmente dada.

Marx atribuye una particular función en el proceso genético de la sociedad a la humanización de las relaciones naturales entre los sexos y entre las generaciones. El carácter de las relaciones sexuales tiene el valor de criterio del grado de desarrollo de la personalidad humana: “Partiendo de la relación entre el hombre y la mujer se puede estimar el entero estadio de formación del hombre” (Marx [1968: 138], en Márkus [1973] 1985: 62).

La socialidad es un rasgo esencial del individuo entero y penetra en todas las formas de su actividad vital. La vida colectiva, social, produce también nuevas necesidades individuales, ante todo la necesidad de trato humano. “La historia de un individuo singular, dice Marx, no se puede en modo alguno arrancar de la historia de los individuos precedentes y coetáneos, sino que está determinada por ésta» (Marx y Engels, 1968: 416, en Márkus, [1973] 1985: 44).

Es necesario subrayar dos aspectos de este contexto. Primero, que las condiciones histórico-sociales que determinan al individuo no se deben entender como cadenas externas y ajenas que tienden a atrofiar, reprimir, etcétera [...] sus inclinaciones y aspiraciones “auténticas”. Por el contrario, las capacidades, las necesidades, las formas de intercambio, etcétera, objetivadas en la realidad social-material se convierten, al ser apropiadas, en elementos intrínsecos, de contenido, del ser humano del individuo, y la individualidad concreta específicamente humana no se origina sino a través de la participación activa en el mundo producido por el hombre, a través de una determinada apropiación de éste. En determinadas fases históricas, y para determinadas clases —y con carácter de ley universalmente válida dentro de la esfera de la extrañación o alienación—, las condiciones sociales y las particulares formas de vida determinadas por ellas se constituyen en barreras externas para el individuo, en fuerzas extrañas que inhiben su personalidad y la deforman. Pero eso se debe a que el ser social dado y la participación activa en él desarrollan en los individuos necesidades, capacidades, aspiraciones y potencias humanas sociales cuya realización o satisfacción ese mismo ser social no posibilita más que unilateralmente, deformadamente, o de ninguna manera. [Es decir, se generan las llamadas necesidades radicales] (Márkus [1973] 1985: 44-5).

En segundo lugar, hay que decir que sería un error el interpretar la determinación histórico-social del individuo en el sentido de que toda concreta individualidad humana fuera descomponible y reducible “sin resto” a un conjunto definido de determinaciones sociales (o sociales y biológicas) [...] El hombre no es pura pasividad, no es la impronta de su entorno material y social, [...] los elementos de su entorno no se convierten en momentos intrínsecos de su individualidad sino en la medida en que se los “apropia”, esto es, como consecuencia de su propia actividad. [...] El hombre no puede construirse la vida más que con el material que la sociedad le pone a disposición. Pero, incluso en la época

de más universal alienación es el hombre *mismo* el que —dentro de límites tan estrechos como lo sean— construye la vida con ese material.

Mientras que en el análisis del proceso de producción la evolución histórica se revela como el proceso por el cual el hombre deviene un ente natural universal, esa misma evolución aparece, desde el presente punto de vista, como el proceso en el cual el hombre deviene *ente social universal*.

La producción adquiere carácter social no sólo en sentido abstracto (apropiación de capacidades, utilización de medios de producción, etcétera) sino en el sentido concreto de que “los individuos empiezan a producir *los unos para los otros*, sus productos se complementan recíprocamente, su trabajo se convierte en auténtico componente integrante de un trabajo total social y los productos se convierten en producto común del trabajador colectivo” (Márkus [1973] 1985: 45-46).

La actividad del individuo se hace objetivamente dependiente de la actividad de un ámbito de individuos cada vez más amplio; al mismo tiempo se constituyen para los individuos las condiciones históricas más elementales, en las cuales pueden apropiarse de las experiencias, el saber y la riqueza del mundo acumulados por la humanidad *entera*, y utilizarlos. La historia de las hordas, las tribus y las etnias origina paulatinamente la historia universal, y el individuo mismo se convierte en un ente universal, en un ser *histórico-universal* (Márkus [1973] 1985: 46-7).

Esa ampliación de la interacción entre los hombres produce las condiciones de la autonomía del hombre individual respecto de su propio entorno y, sobre la base de esa autonomía, las condiciones del despliegue de la interioridad humana, de la individualidad humana real. [...] El hombre no deviene realmente individuo sino en el curso de la evolución histórica [...] precisamente porque a través del tráfico cada vez más universal [dicha evolución] disuelve aquellas pequeñas comunidades. [...] En este sentido la universalización y la individualización del hombre son un proceso unitario aunque esa unidad [...] no se realice, durante toda una gigantesca época histórica, sino a través de contraposiciones (la universalización es en la era de la alienación la unidad de la individualización y la despersonalización) (Márkus [1973] 1985: 47).

2.3 *El hombre como ente consciente universal*

Otro de los rasgos característicos de la esencia humana que identifica Marx es la conciencia, el ser-consciente, materia que aborda Márkus en la segunda parte del capítulo II de *Marxismo y “antropología”* ([1973] 1985:

47-61). “La actividad vital consciente diferencia inmediatamente al hombre de la actividad vital animal”, dice Marx en los *Manuscritos de economía y filosofía* (1968: 112, cit. en Márkus [1973] 1985: 48). Es un ente consciente, es decir, su propia vida le es objeto.

Como la actividad vital del animal es una actividad inmediata en la que coinciden el motivo (el estímulo de la actividad) y el objeto (al que se orienta la actividad), la cosa no se le presenta nunca independientemente de la necesidad actual sino sólo y siempre fundida con ésta [...]. No existe, pues, *para el animal*, ningún mundo como objeto independiente, y tampoco existe el animal mismo como sujeto independiente de su objeto. El animal no es ser-consciente (Márkus [1973] 1985: 48).

En el trabajo humano como actividad objetualmente mediada dejan de coincidir inmediatamente el motivo y el objeto de la acción. La acción orientada al objeto no es idéntica con la satisfacción inmediata de la necesidad [...]. Por eso el trabajo produce y supone necesariamente una ruptura de la fusión animal de necesidad y objeto, de sujeto y objeto; el trabajo engendra el ser consciente y el ser autoconsciente del hombre.

Márkus añade:

Sólo es posible una actividad productiva específicamente humana cuando es posible la contraposición y comparación del *objetivo* en cuanto imagen ideal de la forma deseada del objeto con la cosa objetiva actualmente *presente*, percibida, cuando la actividad se convierte en actividad dirigida por el fin y controlada por el fin. De este modo el mundo objetual aparece al hombre con independencia de la relación del individuo con él, como realidad *objetiva* frente a la cual llegan a la conciencia como subjetivos los deseos humanos, los fines y las necesidades, el mundo interior emocional e intelectual del hombre. El trabajo mismo es, a consecuencia de su carácter finalístico, actividad conjunta de la mano y del cerebro, y el producto del trabajo aparece necesariamente como objetivación simultánea de capacidades físicas y capacidades espirituales ([1973] 1985: 49-50).

Al hacerse cada vez más multilateral y universal la actividad práctico-material del hombre por incluirse en ella un ámbito cada vez más amplio de objetos y de conexiones objetivas se hace accesible al pensamiento humano y, en general, a la conciencia humana un campo cada vez más amplio de objetos nuevos junto con sus propiedades (Márkus [1973] 1985: 55-6).

Como consecuencia de la universalización práctica del hombre —argumenta Márkus—, se produce su *universalidad espiritual*, tendencia evolutiva del conocimiento humano que tiende a rebasar todas las barreras concretas, “y que no se debe entender como” [...] una simple ampliación cuantitativa de los cono-

cimientos ya que en el proceso de universalización [...] se altera la conciencia misma e incluso el carácter de la actividad consciente en su relación con el sujeto y en su relación con el objeto.

La conciencia primitiva [—al modo del pensamiento elemental, animal—] [...] procede en lo esencial dentro de la esfera de los objetos-cosas dados e inmediatamente presentes en la percepción. [...] Al irse alterando el carácter de las actividades cotidianas [en particular...] a medida que se sustituye la alteración de la relación espacial y estático-mecánica de los objetos dados por la configuración, la composición de los objetos mismos, se separan las actividades práctico-materiales de las consciente-ideales y se diferencian los varios momentos de la actividad espiritual.⁴² [...] De este modo se originan en la historia, partiendo de la apropiación “práctico-espiritual” de la realidad y coexistiendo con ella, formas “superiores” de apropiación espiritual diversas por sus objetos y por sus relaciones con el objeto: las apropiaciones artística, religiosa y teórico-científica de la realidad. Y así también se producen en el hombre no sólo nuevas capacidades espirituales sino también nuevas necesidades históricas, como la “curiosidad” científica, la necesidad estética y la religiosa, la necesidad de realización autónoma de fines propios, etcétera (Márkus [1973] 1985: 56-8).

La universalidad de la conciencia humana —continúa argumentando Márkus—, en cuanto *proceso* implica una transformación no sólo de la relación formal con el sujeto, sino también de la relación de contenido con el objeto. El hombre situado en el umbral de la historia, el hombre muy dependiente de la naturaleza, no tiene conciencia de los objetos-cosas sino en la medida y según las propiedades en que la cosa le resulta *útil*, directa o indirectamente satisfactoria de sus necesidades. Esta conciencia es abstracta, o sea, unilateral, pues para ella no existe lo específico del objeto-cosa, todas sus demás determinaciones. Pero cuando la cosa se inserta en la producción social cada vez según más aspectos, más propiedades, y la conciencia social la abarca y se la apropia espiritualmente desde más puntos de vista cada vez, el individuo social, que se encuentra ya en un estadio superior de la evolución histórica, concibe la cosa no ya sólo respecto de su utilidad y sus necesidades individuales: se apropia ya de una imagen cada vez más rica y múltiple [...] El objeto de los “sentidos humanizados” es la cosa concreta, captada en su especificidad, existente en y para sí. “El *sentido* preso en la cruda necesidad práctica tiene un sentido *mezquino*. Para el hombre hambriento no existe la forma humana de la comida, sino sólo su abstracta existencia de comida: lo mismo le daría que se la pre-

⁴² Es decir que ya no sólo se trasladan objetos naturales dados y se modifican (se caza un venado y se lo somete al fuego) sino que ahora se hace una lanza, un arco y una flecha, se produce la posibilidad de la separación entre las actividades práctico-materiales y las conscientes-ideales.

sentaran cruda, y no se ve en qué la correspondiente actividad se *diferencia* de la del *animal* [...] Hacía falta, por tanto, la objetivación del ser humano, tanto teórica como prácticamente, para hacer humano el sentido, la sensibilidad, del hombre y para crear el sentido humano correspondiente a toda la riqueza del ser humano y natural” (Márkus [1973] 1985: 58-9).

La universalidad de la conciencia implica, pues, una evolución desde lo abstracto-subjetivo hasta lo concreto-objetivo.⁴³ La universalidad de la conciencia no es, pues, sólo la tendencia al crecimiento extensional, sino también la progresión desantropomorfizadora de lo subjetivo a lo objetivo, al conocimiento de la realidad que existe independientemente de la conciencia, de las necesidades (Márkus [1973] 1985: 60).

Precisamente porque esa actividad práctica humana, el trabajo, en contraposición a la actividad de los demás animales, “reproduce la naturaleza entera”, precisamente porque el hombre es capaz de producir según la medida de toda *species* y de aplicar en todo caso al objeto su medida intrínseca (del objeto), el hombre es capaz de conocer la realidad no sólo a través del prisma subjetivo de sus necesidades, sino también —puesto que esas necesidades mismas son tendencialmente universales— según la “medida intrínseca” del objeto, o sea, objetivamente (Márkus [1973] 1985: 61).

Hemos presenciado en el texto de esta sección un análisis comparativo entre las capacidades intelectuales del hombre y las capacidades del animal. Este análisis ha contrastado la identidad sujeto-objeto y la ausencia de conciencia en el animal con su “separación” (para convertirse en unidad) en el hombre y la transformación de éste en ser conaciente. Asociado a la universalización de la conciencia, hemos presenciado la transformación del hombre ahogado por la necesidad, el sujeto “egocéntrico”, en un sujeto “epistémico”, para usar las expresiones de Jean Piaget. Que más apto, entonces, que terminar esta parte citando a este autor, el hombre que transformó la epistemología de una rama de la filosofía en una ciencia. Es sorprendente el grado en que este texto coincide con el de Márkus-Marx que acabamos de leer:

Conviene establecer cuanto antes la distinción entre el sujeto individual, centrado en los órganos de los sentidos o en su propia acción, es decir el “yo” o sujeto egocéntrico, fuente de posibles deformaciones o ilusiones de naturaleza “subjetiva” en este primer sentido del término; y el sujeto “descentrado”, que

⁴³ “En este punto”, añade Márkus, “no hay que olvidar que para Marx la naturaleza objetiva de la cosa-objeto no es en absoluto una sustancia en sí incognoscible, oculta tras las propiedades y las relaciones. La naturaleza objetiva de la cosa-objeto es simplemente la globalidad, la totalidad de todas las propiedades y relaciones que se manifiestan en procesos de interacción realizados o potenciales. “Lo concreto es concreto por ser la condensación de muchas determinaciones, o sea unidad de lo múltiple” (Marx, 1972: 21).

coordina sus acciones entre sí y con las del otro, que mide, calcula y deduce de manera verificable por cualquiera y cuyas actividades epistémicas son, por consiguiente, comunes a todos los sujetos, que incluso pueden ser remplazados por máquinas electrónicas. Pues bien, toda la historia de la física es la de una descentración que ha reducido al *minimum* las deformaciones debidas al sujeto egocéntrico, para subordinarlas al *maximum* a las leyes del sujeto epistémico, lo cual equivale a decir que la objetividad ha llegado a ser posible y que el objeto se ha hecho relativamente independiente de los sujetos (Piaget, 1976: 65).

2.4 Recapitulación. Los rasgos esenciales del ser humano y el concepto marxista de necesidad

Los rasgos esenciales del ser humano hasta ahora analizados, que lo identifican como género y que lo diferencian de las demás especies, y que están íntimamente ligados entre sí, son 1) su actividad vital es el trabajo; 2) es un ser social; 3) es un ser consciente; 4) es un ser que tiende a la universalidad, rasgo que se manifiesta en los tres anteriores.

Aunque el hombre comparte con otras especies su característica de ser natural activo, la diferencia entre el hombre y el animal radica en la diferencia de sus actividades vitales. Mientras la actividad animal se orienta exclusivamente a aferrar y consumir los objetos de su necesidad, el trabajo humano es una actividad que se orienta a la satisfacción de las necesidades no directamente sino a través de mediaciones. Esto tiene dos consecuencias. En primer lugar, ello amplía constantemente el ámbito de las cosas que pueden servir de objetos de su trabajo, convirtiendo así al hombre en un “ser natural universal” potencialmente capaz de transformar en objeto de sus necesidades y de su actividad todos los fenómenos de la naturaleza. Mientras más amplía el conjunto de objetos de su actividad, más desarrolla sus capacidades y necesidades humanas. La característica primordial del hombre es la auto-actuación que forma su propio sujeto (ser histórico-universal). En segundo lugar, ese carácter mediado del trabajo produce y supone necesariamente una ruptura de la fusión animal de necesidades y objeto, de sujeto y objeto. En contraste con la actividad del animal, en la que coinciden el motivo (el estímulo) y el objeto (al que se orienta la actividad), en el trabajo humano dejan de coincidir motivo y objeto. Por eso no existe para el animal ningún mundo como objeto independiente y tampoco existe el animal mismo como sujeto independiente de su objeto. Es decir, el animal no es consciente del mundo ni autoconsciente. En cambio el mundo objetual aparece al hombre con independencia de la relación del individuo con él, como realidad objetiva frente a la cual llegan a la conciencia como subjetivos los deseos humanos, los fines y las necesidades, el mundo interior emocional e intelectual del hombre. El trabajo

engendra el ser consciente y el ser-autoconsciente del hombre. El lenguaje fija los rasgos estructurales de la conciencia social general. En el lenguaje las situaciones concretas se transforman en elementos que tienen una significación socialmente fijada y general independiente de las experiencias y de las necesidades individuales. Como consecuencia de la multilateralidad práctico-material del hombre, se produce la universalidad de su conciencia.

En el trabajo (pero no sólo en él) también están dadas las condiciones del ser humano como ser social, entendiéndose por ello que el hombre no puede llevar una vida humana más que en su relación con los demás y a consecuencia de esa relación. En efecto, el trabajo es siempre social en un doble sentido: 1) es trabajo de grupo o bien los hombres producen los unos para los otros; 2) la actividad del productor es siempre una actividad histórico-social en el sentido de que los medios de trabajo utilizados y la capacidad de usarlos descansan siempre en la apropiación y la aplicación de las fuerzas productivas y las formas de actividad creadas por las generaciones precedentes. El hombre se constituye, así, en un ente social universal.

La universalidad del ser humano se expresa en los tres rasgos que hemos visto antes. Al tratar del trabajo, definimos al ser humano como un ente natural-universal. Al hablar del ser-social del hombre, precisamos sus rasgos de ente social-universal e histórico-universal. Por último, al analizar su carácter de ser-consciente, encontramos el de la universalidad de su conciencia.

En la edición en inglés de *Marxismo y "antropología"* (*Marxism and Anthropology*, 1978), al comienzo del capítulo III, Márkus inserta una nota (1978: 73-74) que narra las objeciones planteadas contra la formulación recién resumida por parte de Lawrence Krader (editor de la colección *Dialectic and Society* en la que *Marxismo y "antropología"* fue publicado en inglés). Krader objetó el que Márkus ubique al trabajo, la socialidad y la conciencia, "como momentos de la esencia humana" en el mismo nivel. Agrega Márkus que

en contra de esta concepción, Krader se refirió a algunas de las formulaciones bien conocidas de Marx que subrayan la primacía del trabajo (producción) y las relaciones sociales con respecto a la conciencia" (1978: 73-74). [(Cita dos frases de *La ideología alemana*.)] "Se puede distinguir al hombre de los animales por la conciencia, por la religión o por cualquier otra cosa que se desee. Pero ellos mismos comienzan a distinguirse de los animales tan pronto como comienzan a producir sus medios de subsistencia" [; y] "la conciencia es, por lo tanto, un producto social desde el principio, y permanece así mientras existan los hombres" (Marx, 1968: 42 y 51). [Márkus continúa diciendo:] Dado que esta objeción tiene, sin duda, una importancia crucial, tal vez se le permita al autor responderla públicamente: la visión representada en este libro también parte del hecho que Marx consideraba el trabajo, la producción material, como el factor determinante *tanto en la antropogénesis como en el desarrollo humano*

posterior (ver capítulo 1). En este sentido, también aceptamos; por lo tanto, la “primacía” de la producción material frente a la producción “espiritual”, las llamadas “formas sociales de conciencia”. Sin embargo, en nuestra opinión, esto no significa que uno pueda caracterizar el trabajo como “primario” y la conciencia como “secundaria”, ya sea en el sentido de una precedencia temporal o de inferibilidad lógica, y en consecuencia de realidad ontológica. Estamos de acuerdo enfáticamente con la interpretación de Marx por parte de K. Korsch, quien subrayó:

“De acuerdo con el método no abstracto-naturalista, sino más bien dialéctico y, por lo tanto, únicamente científico, del materialismo de Marx y Engels, la conciencia pre y extra-científica, igual que la conciencia científica del mundo natural y especialmente del mundo histórico-social, ya no se sitúan autónomamente frente este mundo, sino que se encuentran en medio de él, y son componentes reales, actuales —incluso si son “espiritualmente ideales”—, de este mundo natural e histórico-social [...] También las representaciones económicas se sitúan frente a la realidad de las relaciones productivas materiales de la sociedad burguesa aparentemente sólo en apariencia en la relación de la imagen con el objeto retratado, en realidad se relacionan con ellas como una parte particular y específica de un todo lo hace a las otras partes de este mismo todo” (Korsch, 1976: 131 y 135).

Tampoco es imaginable la génesis de la especie humana a través de la actividad productiva sin el surgimiento simultáneo de las primeras formas de vida y organización sociales y de la conciencia, y tampoco es posible ningún tipo de actividad productiva material sin sujetos humanos que actúen de manera consciente e intencional. Esto fue, en nuestra opinión, definitivamente subrayado (texto en cursivas) por el mismo Marx. La famosa definición de trabajo en el primer volumen de *El capital* destaca específicamente su carácter teleológico consciente como la característica que distingue la actividad material humana de la de cualquier animal (la diferencia entre “la mejor abeja y el peor arquitecto”). En otros lugares, Marx escribe, de manera aún más resuelta:

“hemos visto que el valor se basa en el hecho de que los hombres se relacionan recíprocamente con sus trabajos (*Arbeiten*) como formas iguales, generales, del trabajo social (*Arbeit*). Esto es una abstracción, como todo pensamiento humano (*Denken*), y las relaciones sociales son posibles sólo entre hombres que piensen y posean esta capacidad de abstracción de la individualidad y la accidentalidad sensuales” (Marx y Engels, 1975: 210).

El trabajo, la socialidad y la conciencia son, por lo tanto, elementos constitutivos y características integrales e indispensables de todas las formas históricas de la vida social; en este sentido, son igualmente momentos de “la esencia humana”, incluso si no son iguales por lo que se refiere a su importancia para la explicación teórica y para la inducción práctica del cambio histórico. Porque el materialismo de Marx es ante todo práctico: no se basa en una consideración metafísica sobre la relación entre “materia” y “espíritu” en general, sino en la premisa histórico-práctica según la cual no se puede cambiar radicalmente la

realidad social existente si no es cambiando las condiciones de vida materiales de esta sociedad y, por lo tanto, el carácter de la actividad material-productiva de los individuos” (Márkus, 1978: 73-74).

Aunque Márkus no se refiere específicamente en este pasaje de la edición en inglés de *Marxism and Anthropology* a los argumentos que ha expresado con respecto al papel del trabajo como factor determinante tanto en la antropogénesis como en el desarrollo histórico humano, vale la pena recordar cómo el trabajo actúa como el factor determinante especialmente de la conciencia. Como he indicado, la interpretación de Márkus de la concepción de Marx afirma que es la naturaleza mediada del trabajo lo que hace posible la historia humana no sólo porque permite la acumulación de herramientas, otros medios de producción y construcciones, por lo que las nuevas generaciones pueden partir del punto al que llegaron sus antepasados, pero también porque la naturaleza mediada del trabajo humano, al suprimir la fusión animal entre el sujeto y el objeto de las necesidades, hace posible la conciencia del mundo circundante y la autoconciencia. Estoy completamente de acuerdo con la respuesta finamente sintonizada y matizada de Márkus que muestra muy claramente que la conciencia es una parte constitutiva de la esencia humana incluso si fue determinada originalmente, y sigue siéndolo, por el trabajo, por las condiciones materiales de la vida.

A partir de los argumentos de los paleo-antropólogos contemporáneos, llego a la conclusión⁴⁴ de que las herramientas acheulanas, que se produjeron por primera vez hace 1.4 millones de años (por el *Homo erectus*) requerían que sus productores tuvieran una plantilla mental de lo que querían producir, es decir que imprimieron intencionalmente una forma específica en el material. (Esto no ocurría con las herramientas Olduvaienses, producidas hace unos 2.5 millones de años por el *Homo habilis*). También señalo que hay consenso en que aquella tarea requiere capacidades cognitivas avanzadas. Estas capacidades cognitivas avanzadas incluyen obviamente la conciencia y la intencionalidad completa (mientras que se puede decir que las herramientas de Olduvaian requieren conciencia y una intencionalidad parcial). En la antropogénesis la conciencia fue, entonces, también una condición necesaria. Entonces, la conciencia es una parte constitutiva de la esencia humana, como Márkus reitera correctamente.

Al sostener que el trabajo (producción material) es el factor determinante tanto de la antropogénesis como del desarrollo posterior, pero que esto no hace que el trabajo sea primario y la conciencia secundaria en la realidad ontológica, y al respaldar la afirmación de Korsch de que la conciencia es un componente del mundo natural e histórico-social (es

⁴⁴ Sección 2.6 de este libro.

decir, no es una imagen de la realidad sino parte de la realidad), y finalmente, al afirmar que el trabajo, la socialidad y la conciencia son componentes integrales e indispensables de la vida social, es decir igualmente momentos de la esencia humana, Márkus está haciendo una distinción metodológica de gran importancia: los elementos constitutivos y los factores determinantes no tienen que ser los mismos. Punto enfatizado frecuentemente por Amartya Sen, quien agrega elementos consecuentes para formar la trilogía: elementos determinantes, constitutivos y consecuentes. Cuando los autores no logran hacer estas distinciones sus ideas se vuelven confusas.

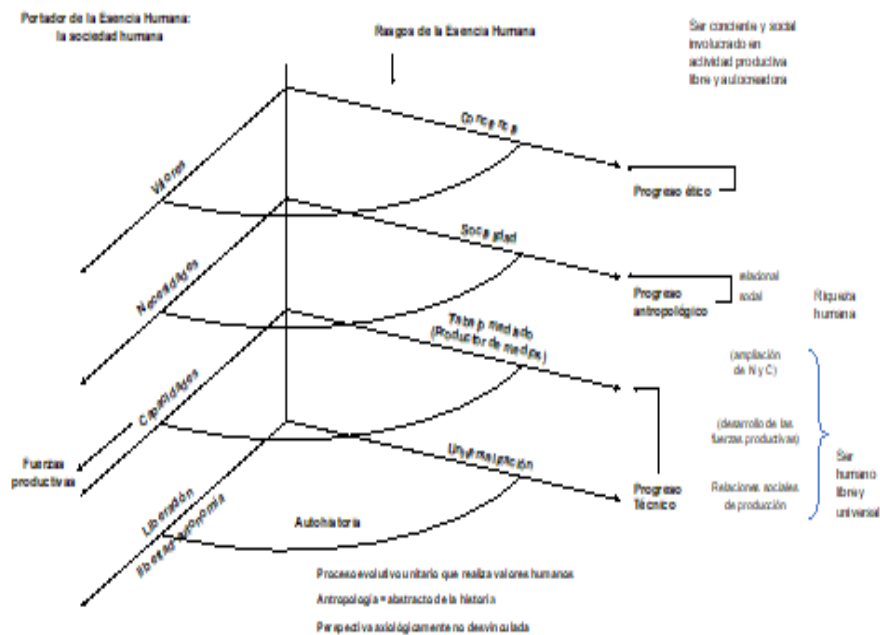
Para tener la visión completa de la esencia humana adelantemos un rasgo adicional que Márkus expone sólo en las últimas páginas de su libro: el ser humano como ser libre. Es un rasgo vinculado a los cuatro antes señalados. Para Marx, la libertad como tal no es “propiedad” eterna del hombre, dada metafísicamente con su ser, ningún *factum* fijo de la existencia humana, sino una situación y capacidad histórica. La libertad aparece en la obra de Marx (Márkus [1973] 1985: 99) con dos sentidos íntimamente vinculados, uno abstracto-negativo y otro concreto-positivo. Por una parte, en su sentido negativo, libertad respecto de algo, “libertad de las determinaciones y relaciones que se han convertido en cadenas”, posibilidad de liberación que está ya dada por la autoconciencia del ser humano, que convierte su propia vida en objeto de su actividad.

En sentido positivo, la libertad significa el desarrollo de los controles y del dominio del hombre sobre las fuerzas de la naturaleza, sobre las de la naturaleza externa y sobre las de su propia naturaleza: el desarrollo de la creatividad humana, de las fuerzas esenciales humanas, que rebasa las barreras [...] y se convierte en fin de sí mismo. [...] La libertad del individuo significa que éste puede realizar en su vida las posibilidades objetivas, producidas por la evolución social de conjunto, a tenor de su decisión consciente (Márkus [1973] 1985: 100).

Hasta aquí, se han establecido propiedades del ser humano que fundamentan la unidad del género humano y que explican sus diferencias respecto de todas las demás especies vivas. A propósito hemos eliminado de este resumen un buen número de referencias a las necesidades humanas. Veamos cuáles son. En primer lugar, veíamos que el carácter del trabajo humano consistente es, que se orienta sólo a través de mediaciones a la satisfacción de necesidades convierte al ser humano en un ser natural universal potencialmente capaz de transformar en objeto de sus necesidades y de su actividad todos los fenómenos de la naturaleza, que mientras más amplía los objetos de su actividad más desarrolla sus propias capacidades y necesidades humanas. Añadamos ahora que, si bien el “punto histórico de partida” [...] de la producción es “el conjunto originario de las necesidades biológicas del hombre” (Márkus [1973] 1985:

25), a partir de ahí son las necesidades generadas por la producción las que van orientando el proceso de producción ulterior. Las necesidades son tan producidas como los productos y las varias habilidades de trabajo. La producción genera no sólo el objeto de consumo sino también el modo de consumo. Este carácter histórico y cada vez más multilateral, más universal, de las necesidades humanas, que contrasta con las necesidades permanentes, biológicamente determinadas del animal, se manifiesta, por un lado, en la humanización de las necesidades biológicas, y, por otro lado, en la creación de nuevas necesidades totalmente desvinculadas de las necesidades biológicas. Una de ellas es la necesidad de apropiarse del lenguaje, las fuerzas productivas, las formas de actividad y los conocimientos creados por las generaciones precedentes (necesidad de instrucción, de aprendizaje). Además, el hombre, al transformar la naturaleza, va creando su propio entorno, que ya no es más un entorno natural sino cultural. La vida en un entorno cultural va creando nuevas necesidades y va modificando la forma de satisfacción de otras. Necesidades como la curiosidad científica, la necesidad estética, la necesidad religiosa, se desarrollan a partir de la separación (diferenciación y especialización) recíproca de las varias formas espirituales de producción, y de la separación de todas ellas respecto de la producción material, pero su raíz está en el carácter del ser humano como ser consciente y autosciente.

FIGURA 1
Representación esquemática de la antropología filosófica de Marx-Márkus



En la Figura 1 he intentado mostrar el carácter unitario (a pesar de su complejidad), de la visión de Marx-Márkus de la antropología filosófica. Confiado en que se explica por sí sola y que además admite varias lecturas, dejo en manos de los lectores su interpretación apoyándose en el texto precedente de este capítulo.

2.5 La esencia humana y la historia

En la última parte de su libro ([1973] 1985: 67-102) György Márkus se pregunta qué denota el concepto de ser humano en el marco de la filosofía de Marx. Desecha “la respuesta más obvia [...]: suponer que Marx entiende por “ser humano” la totalidad de los rasgos básicos que no son afectados por la evolución histórica de la humanidad [y que por lo tanto], resultan inseparables del hombre en general y son característicos de cada hombre”. Ello no es así porque “el trabajo alienado [(que se ha universalizado)] aliena al hombre de su propio cuerpo igual que de la naturaleza externa, de su ser espiritual, de su ser *humano*” (Márkus [1973] 1985: 67-8).⁴⁵ Márkus aborda cada uno de los contenidos de la “esencia humana” y

⁴⁵ Márkus introduce aquí una discusión basada en las *Tesis sobre Feuerbach* donde Marx define al ser humano no como un “abstracto interior al individuo singular” (como pretende Feuerbach), sino en las siguientes palabras: “El ser humano es en su realidad el *ensemble* [conjunto] de las relaciones y situaciones sociales”. En mi opinión, Márkus no resuelve la contradicción que esta afirmación supone respecto de la visión expresada en la primera parte de su libro. De hecho la presenta como si no hubiera contradicción (excepto la que introduce con la frase: “tesis que Marx formula con toda generalidad”). Esta definición de ser humano (que por lo demás no define nada sino que remite a otro concepto) llevaría a una visión relativista ya que al cambiar el conjunto de las relaciones y situaciones sociales cambiaría el ser humano (la esencia humana). Márkus añade: “Marx supone siempre un proceso histórico en el que el ser humano deviene naturaleza de los hombres; y ese proceso no llega a realización adecuada sino en el comunismo” (Márkus [1973] 1985: 69). E introduce aquí una nota muy significativa para distinguir ser humano o esencia humana de naturaleza humana: “Indicaremos aquí que en el léxico de Marx ‘ser humano’ o esencia humana (*menschliches Wesen*) y ‘naturaleza humana’ (*menschliche Natur*) no son en absoluto sinónimos. En lo que sigue intentamos dilucidar el concepto marxista de ‘ser humano’. En cuanto al concepto de ‘naturaleza humana’, el término correspondiente suele designar [...] la totalidad de las necesidades, las capacidades, las propiedades en general, entendidas en el sentido de posibilidades humanas que tienen los individuos típicos de las varias épocas históricas; así, pues, la ‘naturaleza humana’ es históricamente cambiante, aunque contiene ciertos elementos constantes. [...] En este sentido del concepto escribe Marx que ‘la historia entera no es más que una continuada transformación de la naturaleza humana’” ([1973] 1985: 103). Como se aprecia, esta nota podría aclarar lo que Doyal y Gough llaman la tensión entre dos concepciones en Marx, la universalista y la relativista. Sin embargo, el texto de la *Tesis sobre Feuerbach* se refiere a “ser humano” y no a “naturaleza humana”, por lo cual no se resuelve el problema.

analiza cómo se manifiesta ésta en los individuos en la época de la alienación. La universalidad no aparece como una propiedad constante del individuo sino “de la tendencia global de la evolución histórica”, mientras que trabajo, socialidad y conciencia sí “se pueden entender como características necesarias constantes de todos los individuos humanos” ([1973] 1985: 69). Pero entendidas así, estas propiedades pierden las determinaciones filosóficas que las constituían esencialmente para Marx. El trabajo, de “libre autoactuación en la que el hombre desarrolla sus propias capacidades”, pasa a ser “en las circunstancias de la alienación [...], una actividad constrictiva externa que unilateraliza y deforma al individuo” (1985: 70). Aunque el hombre es siempre un ente social, en el capitalismo la dependencia del individuo respecto del todo social no significa ya un ser colectivo, y las relaciones del individuo con los demás hombres no son relaciones humano-personales que fundamenten esa vida. [...] A consecuencia de la atomización y la despersonalización características de la producción mercantil, “la sociedad de este hombre alienado” es la caricatura de su *real comunidad*, de su verdadera vida genérica (1985: 70-1).

Cosa análoga ocurre, por último, respecto a la conciencia. Sin duda los hombres, desde que son hombres, son seres conscientes. Pero desde comienzos de la división del trabajo la conciencia empírica cotidiana de los individuos se separa cada vez más de la evolución de la producción intelectual [...] [(ciencia y arte)] y se convierte en esclava de representaciones fetichistas que deforman la realidad, mientras se producen en los planos del pensamiento abstracto y de la conciencia social conjunta las ideologías, reflejos deformados e invertidos de la realidad (1985: 71).

En conclusión, en las condiciones de la alienación, los rasgos esenciales del ser humano (trabajo, socialidad, conciencia) referidos a los individuos no son nunca vigentes sino unilateralmente, abstractamente, no en su pleno sentido antropológico-filosófico.

Aquí Márkus redondea su interpretación del concepto de ser humano y, en lo referente al relativismo o universalismo de la concepción de Marx, entabla lo que ya podríamos llamar su polémica imaginaria con *A Theory of Human Need* de Doyal y Gough ([1991] 1994):⁴⁶ El reconocimiento por parte de Marx de la presencia de propiedades esencialmente inmutables y, ante todo, el análisis de las características generales del ser humano mismo

⁴⁶ La polémica se originaría porque en la exposición de estos autores sobre la postura del marxismo respecto a las necesidades humanas (capítulos I y II de su libro) ubican al marxismo como una más de las corrientes relativistas. Si bien apuntan que hay “una tensión en los escritos de Marx entre dos ideas de necesidad y de naturaleza humana, una intransigentemente relativista, la otra implícita o explícitamente universalista” (1991: 27) señalan que las escuelas dominantes del marxismo habían elaborado, hasta hace poco, la postura relativista.

muestran que la concepción de Marx no se puede describir como un relativismo histórico radical. No se trata sólo de que, según él, sea posible hallar ciertos rasgos abstractos que permanecen inmutados en el curso de la configuración histórica de la “naturaleza” de los hombres concretamente reales, sino también y ante todo de que esa configuración es ella misma un *proceso unitario* que se puede captar y caracterizar en ésa su unidad. Esa precisión nos da en cierto sentido la clave de la comprensión marxista del “ser humano” [...]: *aquellos rasgos esenciales de la historia humana real que permiten entender dicha historia como un proceso unitario dotado de una determinada dirección y una determinada tendencia evolutiva*. Esa determinada dirección [...] está dada por la *universalidad* y por la *libertad* del hombre: la caracterización del hombre como un ser *social, consciente*, que ejecuta una *libre actividad de trabajo*, apunta a los rasgos esenciales necesarios, a las dimensiones del proceso evolutivo global sobre la base de los cuales se despliega aquella tendencia histórica y en cuyas esferas se manifiesta esa tendencia (Márkus 1985: 72-73).

Aquí intercala Márkus una nota en la que pone en claro el carácter axiológico, valorativo, de esta concepción de la historia como proceso evolutivo unitario que se expresa en el concepto de “ser humano”, y que

no se puede entender como una abstracción puramente “descriptiva”, axiológicamente desvinculada, como algo que se siga de la simple observación de los hechos históricos. La concepción marxista de la historia implica el supuesto de una determinada *perspectiva* (precisamente la afirmación y aceptación de determinadas necesidades sociales —las necesidades radicales del proletariado—) así como la afirmación de la elección de valores que se sigue de esa perspectiva. El concepto de “ser humano” explicita precisamente esos valores y documenta la *posibilidad de su realización* [...]. Precisamente por eso ese concepto permite ordenar de un modo determinado, como proceso evolutivo continuo, el material empírico de la historia [...] Esa ordenación tiene que ser posible, admisible, ya sobre la simple base del material empírico: de este modo esta construcción conceptual, este esquema interpretativo teórico será posible y necesitado de juicio sobre la base de los criterios inmanentes a las teorías científicas. Pero [...] el hecho es que esos criterios teórico-científicos inmanentes pueden dar razón, en principio, también de otras interpretaciones de la historia, de interpretaciones vinculadas con otras perspectivas, con otras posiciones de clase ([1973] 1985: 103-104).

En síntesis, la construcción del ser humano elaborada por Márkus a partir de las ideas de Marx tiene base empírica y es compatible con los criterios científicos pero no es la única posible que cumpla con esos requisitos. Por eso la adopción de la misma es una postura axiológica, valorativa. Pero Marx

no considera concluida la tarea con sólo mostrar los rasgos esenciales constantes que caracterizan a todo hombre. [...] Para la concepción de Marx, la característica principal del género humano es precisamente el hecho de que el hombre tiene *historia sensu stricto*: si se hace abstracción de esa historicidad se hace abstracción del rasgo más esencial al hombre. [En contraste con los demás animales, al hombre no le “ocurre” la historia, sino que ésta es el] proceso de creación y de continuada formación del hombre por su *propia* actividad, por su *propio* trabajo, en el sentido de una universalidad y una libertad crecientes, y la característica primordial del hombre es precisamente esa *autoactuación que forma su propio sujeto* (Márkus, 1985: 73-74).

El autor pasa a justificar, implícitamente, el título de su libro y el porqué del uso de comillas en la palabra “antropología”:

Si se entiende por antropología filosófica la descripción de rasgos humanos extrahistóricos, suprahistóricos o simplemente independientes de la historia, entonces hay que decir que Marx no dispone de “antropología” alguna, y que niega incluso que semejante antropología sea de alguna utilidad para conocer el “ser” del hombre. Pero si se entiende por “antropología” la respuesta a la pregunta por el “ser humano”, entonces hay que decir que Marx tiene una antropología, la cual no es una *abstracción de la historia*, sino el *abstracto de la historia*⁴⁷ (Márkus 1985: 74).

Para Marx, el “ser humano” del hombre se encuentra precisamente en el “ser” del proceso social global y evolutivo de la humanidad [...] el portador, el sujeto del “ser humano” no es para Marx el individuo aislado, sino la sociedad humana misma. [...] Sólo desde el punto de vista de la sociedad es posible entender la historia como *proceso evolutivo unitario* [...] que se presenta no sólo como progreso técnico sino también como progreso en sentido *antropológico*, como persistente ampliación y profundización de las capacidades, las necesidades, las formas de intercambio y los conocimientos desarrollados por el conjunto de la sociedad.

Considerada desde el punto de vista del todo social, la historia entera aparece como un proceso progresivo de universalización y liberación del hombre. Pero en el curso de la historia transcurrida hasta ahora ese proceso global no tiene el mismo sentido para los individuos, no ha sido un proceso en el cual se hayan producido individuos cada vez más universales y más libres. Desde el punto de vista de los *individuos* no hay criterio unitario, unívoco, con el que captar la historia como evolución ([1973] 1985: 74-76). Visto por el lado de los individuos, es imposible caracterizar el proceso histórico atribuyéndole *una dirección única y determinada*, y esa imposibilidad *se debe a las contradictorias tendencias del proceso mismo*; no hay, respecto de los individuos, criterio unita-

⁴⁷ Notable definición de antropología marxista.

rio alguno que permita una caracterización de las épocas históricas sucesivas como “más desarrolladas”, o “superiores”.⁴⁸ ¿Cómo sería posible valorar más altamente al hombre de nuestra presente civilización, con sus necesidades, sin duda, más ricas extensionalmente y sus mayores posibilidades de satisfacción, que a los individuos de épocas que ciertamente tenían posibilidades mucho más limitadas, pero que (...) dentro de límites determinados) podían satisfacer su necesidad de trabajo creador en una medida hoy imposible de un modo generalizado a consecuencia de las condiciones de la sociedad capitalista?⁴⁹ ([1973] 1985: 77).

La universalización del género humano no tiene por qué implicar la producción histórica de individuos cada vez más universales. También se puede realizar en las multiplicadas relaciones y situaciones recíprocas de individuos cada vez más unilaterales, más limitados, más “abstractos”. En este punto se enlaza la “antropología” marxista con la teoría marxista de la alienación, enajenación o extrañación ([1973] 1985: 78).

Márkus cita la *Ideología alemana*, cuya autoría atribuye sólo a Marx, los *Grundrisse* y *El capital*:

La fuerza social, esto es la multiplicada fuerza de producción que nace de la colaboración de varios individuos condicionada por la división social del trabajo, no aparece a estos individuos como su propia fuerza unificada —puesto que la cooperación misma no es voluntaria, mas espontánea— sino como un poder ajeno, exterior a ellos, del que no saben de dónde viene ni adónde va, al que, por lo tanto, no pueden dominar [...] (Marx y Engels, 1998: 36).

⁴⁸ Pero Márkus añade, en contrapunto, que ni siquiera en el periodo de la alienación hay un abismo completo y absoluto entre la evolución individual y la social global. Incluso en la “prehistoria”, continúa, se producen, sobre la base de un desarrollo social ascendente, periodos históricos más o menos breves en los cuales algunas capas más o menos numerosas de individuos disponen de posibilidades de desarrollo humano relativamente multilateral y armonioso. Aquí inserta Márkus una nota en la cual dice: “Probablemente esté aquí la clave de la comprensión de la peculiar función histórica que Marx atribuyó a la antigüedad helénica clásica: durante un breve periodo se dio la posibilidad que los ciudadanos libres encarnaran en su propia vida, en su propia actividad, de un modo relativamente libre y amplio, los rasgos esenciales de las posibilidades de desarrollo social-global alcanzadas en el nivel histórico dado” ([1973] 1985: 107). Y hace referencia a una caracterización similar del Renacimiento hecha por Engels en la Introducción de la *Dialéctica de la naturaleza*. Es evidente que en las sociedades del capitalismo central contemporáneas ha habido muchos nichos semejantes. Uno de ellos, Nueva York de la cuarta, quinta y sexta décadas del siglo xx le permitieron a Abraham Maslow observar lo que juzgó seres humanos excepcionales, lo que habría de dar lugar a su concepto de autorrealización, que exploramos con detalle en el capítulo III.

⁴⁹ Márkus añade la siguiente pregunta y comenta que se podrían formular otras: “¿Cómo va a compensar la ilimitada ampliación del ámbito de las relaciones socio materiales, conseguida por la producción mercantil, la disolución de las relaciones socio personales de la vida realmente común, que es la otra cara de ese mismo progreso?” ([1973] 1985: 77).

En el capitalismo, todas las potencias sociales de la producción son fuerzas productivas del capital, y éste mismo aparece, por lo tanto, como sujeto de aquéllas” (Marx, 1972: 479). [T]odas las condiciones objetivas y todas las potencias sociales y espirituales (la cooperación, la maquinaria, la aplicación de las ciencias de la naturaleza, etcétera), se separan del concreto trabajo vivo y se convierten en medios de la apropiación y del aumento de la plusvalía, de la explotación del trabajador, o sea, en poder del capital sobre el trabajo” (Marx, 1976: 267).

Pero el concepto de alienación [dice Márkus] no le sirve a Marx sólo para caracterizar la esfera económica, sino que abarca la entera totalidad de la vida social: en la esfera política: el estado como poder público alienado; en el ámbito de las relaciones humanas, el carácter tradicional, mezquino-espontáneo de las comunidades y, tras la disolución de la comunidad espontánea, la cosificación de las relaciones humanas y el correlativo proceso de atomización de los individuos; en la esfera de la producción intelectual o espiritual: la fetichización de la conciencia cotidiana, la aparición de las ideologías y de las varias formas de falsa conciencia [...] Hay que indicar también que el fenómeno de la alienación no afecta sólo a la clase explotada, sino que abarca todas las clases sociales. Sin embargo, la clase poseedora se encuentra a gusto en esa autoalienación y se ve confirmada en ella, percibe la alienación como fuerza propia suya y posee en ella la “apariencia” de una existencia humana. En cambio, la segunda se siente aniquilada en la alienación, ve en ella su impotencia y la realidad de una existencia inhumana (Márkus [1973] 1985: 79-80).

La división espontánea del trabajo aliena necesariamente al individuo de su propia actividad productiva: por el lado del individuo, el trabajo pierde su carácter auto-activo, deja de formar multilateralmente al sujeto y de desplegar libremente la capacidad de éste. El trabajo mismo se va convirtiendo en una actividad constrictiva externa que produce la deformación y la unilateralización del individuo trabajador. (Pero, al mismo tiempo, en su aspecto social de conjunto, y como consecuencia de la recíproca complementación y el recíproco intercambio de las actividades unilaterales, el trabajo se sigue presentando como un acto que produce nuevas capacidades y necesidades humanas). Por el nacimiento de la propiedad privada, el producto del trabajo se separa del trabajo, se convierte en objeto ajeno, en propiedad de otro; el objeto y resultado de la actividad se aliena del sujeto activo⁵⁰ (Márkus [1973] 1985: 82-83).

⁵⁰ Me parece que esta afirmación sería plenamente válida si dijera “nacimiento de la propiedad privada capitalista”. Los productores mercantiles simples —artesanos, campesinos— que son propietarios de sus medios de producción, incluida la tierra, no están expropiados del producto de su trabajo, que les pertenece.

La producción capitalista, en cuanto forma suprema de la alienación, no es sino el estadio específico de la evolución de las fuerzas productivas sociales en el que éstas se desarrollan como fuerzas del capital independizadas frente al trabajador y, por lo tanto, en contraposición directa a su propio desarrollo, al desarrollo del trabajador. Dicho más precisamente, la misma alienación no es sino esa discrepancia en la cual la evolución histórica de la humanidad discrepa de la evolución de los individuos, y el efecto autoconfigurador, auto desarrollador de la actividad humana aparece sólo en el plano social global, y no como factor configurador del individuo, desarrollador de la personalidad en la actividad del individuo mismo.

La alienación no es, pues, según el uso conceptual de Marx, más que la contraposición, la escisión entre el ser humano y la existencia humana. Y la abolición-superación de la alienación es la abolición de la contraposición entre el ser humano y la existencia humana, o sea, la creación de las posibilidades de una evolución histórica en la cual se termine la contraposición entre la riqueza, la multilateralidad de la sociedad y la impotencia, la mezquindad, la unilateralidad de los individuos, una evolución en la cual el desarrollo general de la sociedad, el estadio evolutivo de la humanidad, se pueda medir adecuadamente por el estadio de desarrollo de los individuos, y la universalidad y libertad del género humano se exprese directamente en la vida multilateral y libre del individuo⁵¹ (Márkus [1973] 1985: 83-4).

Sin embargo, para Marx [dice Márkus] la alienación es una fase no sólo necesaria, sino también *positiva*, creadora —aunque en forma contradictoria— del despliegue del ser del hombre. La disolución de las comunidades puramente espontáneas, mezquinamente locales, no fue posible sino a través del periodo histórico y de los mecanismos de la alienación. La riqueza objetual de las necesidades y las capacidades humanas que es presupuesto “objetivo” de la emancipación humana no se puede constituir sino en las condiciones de la alienación ([1973] 1985: 86-7).

El ser humano (esencia humana) es simplemente la abstracción del proceso evolutivo histórico de individuos concretos y de sus generaciones [...] esa abstracción tiene una función importante en la concepción marxista de la historia, pues sólo ella posibilita una exposición clara e inequívoca de los conceptos de “continuidad” histórica y de “progreso” histórico. La concepción marxista de progreso, a diferencia de las usuales interpretaciones vulgares, no pone como criterio único y exclusivo de la progresión histórica el desarrollo de las fuerzas productivas entendido en un sentido técnico (Márkus [1973] 1985: 97).

⁵¹ Esto obliga a llevar a cabo dos evaluaciones: la macro y la micro; la del trabajador colectivo y la del individuo.

El principal criterio del desarrollo histórico es para Marx la medida en la cual se constituyen los “presupuestos” de un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas —capacidades y necesidades— y del despliegue de la individualidad humana libre, multilateral, o sea, la medida en la cual se actúan esos presupuestos, la medida en la cual se realiza el “ser humano” en la existencia individual concreta (realización en la cual el desarrollo de las fuerzas productivas no es más que un momento, aunque sea el más decisivo). Sólo así es posible estimar de un modo universalmente válido y, al mismo tiempo ético-axiológico, las varias épocas y manifestaciones de la historia, no sobre la base de un orden axiológico suprahistórico, trascendente, sino de acuerdo con una caracterización objetiva, histórico-inmanente —y al mismo tiempo universalmente válida— de la evolución humana. Marx considera valores humanos —valores que nacen exclusivamente del devenir histórico y sólo existen en él, pero que, de todos modos, son valores objetivos y universalmente válidos— los momentos de la evolución humana que expresan y promueven subjetiva u objetivamente ese despliegue y esa realización del “ser humano” ([1973] 1985: 97-8).

El carácter crucial de este párrafo me llevó a traducir la versión en inglés del mismo y a comparar, frase por frase, ambas. Las diferencias encontradas son de matiz, sobre todo. Sin embargo, he incluido en el cuadro 3 el texto de la frase clave de ambas versiones. Interpreto este crucial párrafo, dado lo señalado antes sobre la imposibilidad fuera del comunismo de evaluar el desarrollo general de la sociedad a través del desarrollo de los individuos, poniendo el acento en la conjunción. Es decir, como una dualidad de criterios: 1) la constitución de los presupuestos, o creación de las condiciones objetivas (expresión más clara), para hacer posible (presupuestos o condiciones necesarias, pero no suficientes) el desarrollo de las fuerzas esenciales humanas a escala social; y 2) la medida en que estos se realizan en la existencia humana individual concreta.

En el primer punto la diferencia principal es de matiz: condiciones objetivas vs. presupuestos. Pero en el segundo punto hay dos diferencias notables: mientras la versión en español se refiere a la realización fáctica de la esencia humana (o “ser humano”, expresiones que Sacristán usa como sinónimos: “la medida en la cual se realiza”), la versión en inglés se refiere a algo potencial (“se vuelve realizable”). La segunda diferencia es que en español las fuerzas productivas son el elemento decisivo de la realización del “ser humano” (lo que no parece tener mucho sentido); mientras en la versión en inglés son momento de fundamental importancia en la creación de las condiciones objetivas, lo que hace mucho más sentido. En el cuadro he incluido también la redacción adoptada como la más fiel, mezclando las dos y añadiendo unas correcciones. Véase Cuadro 3.

CUADRO 3

Criterio de desarrollo histórico para Marx en la lectura de György Márkus

Español	Inglés	Adoptada
El principal criterio del desarrollo histórico es para Marx la medida en la cual se constituyen los presupuestos de un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas —capacidades y necesidades— y del despliegue de la individualidad humana libre, multilateral, o sea, la medida en la cual se actúan (sic) esos presupuestos, la medida en la cual se realiza el “ser humano” en la existencia individual concreta (realización en la cual el desarrollo de las fuerzas productivas no es más que un momento, aunque sea el más decisivo).	Lo que sobre todo sirve a Marx como medida del progreso es el grado en el cual se crean condiciones objetivas que hacen posible el rápido y no inhibido desarrollo de las fuerzas (powers) esenciales humanas (necesidades y capacidades) —y, en conexión con ellas, el despliegue multidimensional de la individualidad libre— el grado en que la esencia humana evoluciona y se vuelve realizable en la existencia individual concreta (y el desarrollo de las fuerzas productivas es sólo un momento, aunque de fundamental importancia, en el complejo de estas condiciones).	El principal criterio del desarrollo histórico es para Marx la medida en la cual se crean condiciones objetivas (presupuestos) que hacen posible un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas —capacidades y necesidades— y la medida en que se actualizan tales condiciones /presupuestos en el despliegue de la individualidad humana libre, la medida en la cual se realiza la “esencia humana” en la existencia individual concreta (y el desarrollo de las fuerzas productivas es sólo un momento, aunque de fundamental importancia, en el complejo de estas condiciones).

2.6 La paleoantropología actual valida la antropología filosófica de Marx-Márkus

Hablar de la libertad de una mosca o de un salmón no tiene mucho sentido. En buena medida ello se debe a que suponemos que toda su vida está dictada por “instintos”, fuerzas heredadas que explican toda su conducta. Cuando hablamos del ser humano, en cambio, destacamos “la libertad” y concebimos su propia vida como algo que depende, al menos en parte, de sus propias decisiones. Ello es así porque suponemos que los instintos están ausentes o debilitados. Lo que aparece así es lo que podríamos llamar la “libertad biológica”. La especie humana sería “una especie libre”. Habría ocurrido una ruptura que nos habría liberado.

El sicólogo Abraham Maslow,⁵² autor de la muy conocida teoría de la jerarquía de las necesidades humanas, sostiene que cuando una necesi-

⁵² Las principales obras en las que expone esta teoría son: “A Theory of Human Motivation”, en *Psychological Review, Motivation and Personality y Toward a Psychology of Being*.

dad (el hambre, por ejemplo) está insatisfecha, domina al organismo a tal grado que todas las demás necesidades desaparecen y el organismo en su conjunto se vuelve (en este caso) un organismo hambriento. Al estudiar su obra⁵³ llegué a la conclusión que su teoría y la de Marx-Márkus se encuentran en un punto fundamental. Maslow sostiene que los instintos son inexistentes en el ser humano, que todas las necesidades humanas pueden calificarse como “instintoides”, ya que de los tres elementos que conforman un instinto: el impulso, la actividad y el objeto, el ser humano hereda solamente el impulso, mientras que las actividades y los objetos tienen que ser aprendidos. Aunque al menos en un caso, el de la succión del recién nacido, que constituye una actividad con la que nace todo individuo, la tesis de Maslow se ve negada, me parece que es en general válida. Su visión tiene una gran coincidencia con la de Marx-Márkus, ya que “el animal que fabrica herramientas”, lleva a cabo por definición una actividad no instintiva, sino inventada por el hombre, una actividad que además supone la ruptura de la fusión del animal con el objeto de sus necesidades. La ruptura de la actividad orientada directamente a la satisfacción de necesidades, lo que constituye para Marx el rasgo más esencial del ser humano, es al mismo tiempo la ruptura del dominio del ser por el instinto, su transformación en actividad instintoide, lo que significa un salto gigantesco en términos de libertad. Sin embargo, como seguimos naciendo con impulsos congénitos, está claro que somos inevitablemente seres necesitantes y, por tanto, que nuestra libertad empieza siempre donde acaban nuestras necesidades.⁵⁴

En esta coincidencia entre Maslow y Marx concurre también Fromm. Según él, en un cierto punto de la evolución animal ocurrió una ruptura singular, la acción dejó de estar determinada en lo esencial por el instinto, dejó de estar determinada por mecanismos hereditarios dados, cuando el animal trasciende la naturaleza, cuando trasciende el papel puramente pasivo de la criatura, cuando la vida adquirió conciencia de sí misma, nació el ser humano. Esta ruptura es, para Fromm un punto de partida central para desarrollar su concepción de la esencia humana, que construye con los conceptos de dicotomías existenciales y de necesidades humanas.⁵⁵

⁵³ Véase la sección 2.7 para un análisis detallado de las teorías de las necesidades humanas, incluyendo la de Maslow. En las subsecciones 4.4.2 y 4.4.3 examino aspectos específicos de las ideas de Maslow; en la subsección 4.4.3 analizo una correspondencia conceptual entre Maslow y Marx-Márkus.

⁵⁴ Se asoman aquí un conjunto de dicotomías isomórficas: actividad-pasividad, capacidades-necesidades, motivación al crecimiento y motivación deficitaria, que son elementos centrales en cualquier concepción del ser humano.

⁵⁵ Véase la subsección 2.7.4 para ubicar la visión de las necesidades humanas de Fromm en el análisis comparativo que ahí se lleva a cabo.

Aunque ninguno de nuestros tres autores tiene una respuesta a la inquietante pregunta de por qué ocurre la ruptura, los tres constatan su papel central en la determinación de la esencia humana. El enfoque antropológico filosófico de Marx-Márkus, el biológico- psicológico de Maslow, y el del psicoanálisis humanista de Fromm, llevan a la misma conclusión central.

En una primera versión de esta sección (como parte de mi tesis doctoral) sintetiqué la explicación de Desmond Morris, en *The Naked Ape* ([1967] 1999), del por qué de esta ruptura y en un apéndice de la tesis desarrollé su explicación. La versión de Morris tiene, al menos, tres problemas: 1) Morris es zoólogo y no paleoantropólogo, por lo que su incursión es vista como la de un extraño; 2) el libro de Morris es de los años sesenta y, desde entonces, se han encontrado muchos fósiles de nuestros antepasados biológicos y las técnicas de análisis han avanzado mucho; 3) Morris llena con especulaciones lo desconocido y, por tanto, se puede equivocar al hacerlo.

La explicación de Morris es que los simios ancestrales, que vivían en el bosque tropical, fueron confrontados con cambios climáticos severos que redujeron su hábitat natural. Los que se quedaron en las áreas remanentes de bosque evolucionaron hacia los simios actuales (chimpancés, gorilas, orangutanes y gibones). Pero algunos simios, dice, salieron del bosque y confrontaron otro hábitat que los obligó a buscar otra forma de aprovisionamiento de alimentos. Morris sostiene que el “mono desnudo” evolucionó a partir de aquellos simios ancestrales que se convirtieron en cazadores, no desarrollando colmillos y garras poderosas como los tigres y leones, sino “construyendo herramientas”. La coherencia entre esta explicación y el papel central del trabajo, como actividad mediada, es decir como constructora de herramientas, en la visión de Márkus, me permitió en una primera versión de mi tesis doctoral, fortalecer mis conclusiones, ya que encontré que no sólo había concurrencia entre la antropología filosófica, y la psicología (Maslow) y el psicoanálisis (Fromm), sino que esta coincidencia se extendía a los datos duros de la evolución de la especie.

Sin embargo, dada la debilidad y “antigüedad” de las explicaciones de Morris, y el hecho que también Márkus, Fromm y Maslow escribieron sus obras antes de 1980, cuando se sabía menos de la evolución de la especie, me obliga a una revisión. El punto central que debo verificar no es, sin embargo, si los simios tuvieron que bajar de los árboles y se convirtieron en cazadores (la historia es menos simple), sino la “centralidad que en esta historia tiene la fabricación de herramientas” (carentes de dientes y garras poderosos, quienes antes vivían en los árboles y comían frutas, requieren herramientas incluso para comer carroña, en este caso herramientas de carnicero).

Chris Stringer y Peter Andrews, paleoantropólogos destacados del Museo de historia Natural de Londres, concluyen en *The Complete World of*

Human Evolution (2005) que una de las lecciones principales de la historia de la evolución humana es su carácter “poco dirigido”, la forma insignificante en que empezó y continuó. Hacen notar que si hace unos 65 millones de años la tierra no hubiese sido impactada por enormes cambios, el dominio de los reptiles en la tierra y en el mar no habría sido perturbado y la gran dispersión de los mamíferos, incluyendo la de nuestros ancestros primitivos, no habría podido empezar.

Sintetizan como sigue la evolución de nuestra especie. Hace 30 millones de años, dicen, nuestros ancestros eran criaturas pequeñas con aspecto de monos que vivían en los árboles. Hace 4 millones de años probablemente todavía vivían en los árboles, pero ahora en la forma de simios bípedos. Al llegar a este punto, los autores advierten que las circunstancias que llevaron a algunos de esos simios a transformarse en humanos son todavía desconocidas y que la casualidad debe haber desempeñado un papel importante. Continúan señalando que incluso en términos tan recientes, geológicamente, como 130 mil años, el *homo sapiens* sólo vivía en África y su población era muy pequeña. Pero aquí añaden la existencia de varias especies humanas (en este mismo periodo), lo que quizás sorprenda al lector no especializado como me sorprendió a mí:

En otras partes había otras especies humanas [...] los Neandertal en Europa y el *Homo erectus* en Indonesia. Un observador extraterrestre no habría visto razón alguna para imaginar que el *Homo sapiens* habría de emerger algún día de África [...] [y] remplazar a las otras especies (Stringer y Andrews, 2005: 226-227).

Una multiplicidad similar existía desde dos millones de años atrás: en África, dicen Stringer y Andrews, había al menos cuatro especies de ancestros de los seres “humanos”. Por ello vuelven a poner énfasis en lo azaroso e impredecible del proceso:

Ahora estamos solos, lo que es una situación poco común para una especie de homínidos. Desde esta perspectiva, es fácil imaginar que estábamos predestinados al éxito, y que nuestras cualidades son las que se requerían para alcanzarlo [...] Mientras estamos justificadamente orgullosos de nuestro gran cerebro, es bueno recordar que los Neandertales tenían un cerebro de tamaño similar al nuestro, pero nosotros estamos aquí y ellos no. Sin embargo, si los eventos de la Edad de Hielo se hubiesen desarrollado de una manera ligeramente diferente, quizás nuestra especie no hubiese salido de África nunca y los Neandertales podrían haber colonizado, eventualmente, el resto del mundo (Stringer y Andrews, 2005: 227).

Aunque los autores consideran que los grupos mencionados en ambos periodos eran biológicamente diversas especies de homínidos y humanos, la evidencia no es contundente ni es muy clara la definición de especie (en

su libro). Al margen de este problema, lo que resulta claro es que al ampliarse la evidencia empírica (más fósiles) y diversificarse los métodos de interpretación, la sencilla historia de Morris parece desvanecerse.

Según Richard Leakey (*The History of Humankind. Unearthing our Family Tree*, 2001), Charles Darwin sostuvo que tres importantes rasgos distintivos del ser humano: el bipedalismo, la tecnología y un cerebro más grande, evolucionaron al mismo tiempo. Sin embargo, según Leakey, hay una brecha en la evidencia de alrededor de 5 millones de años, entre el bipedalismo (cuya evidencia se remonta a 7 millones de años atrás) y la fabricación de herramientas (con evidencias de hace dos millones de años). En cambio, según él, la fabricación de herramientas y el crecimiento del cerebro coinciden en el tiempo. Su libro es menos cauteloso, más creativo que el de Stringer y Andrews y ubica en un lugar privilegiado en la evolución humana la fabricación de herramientas, la que explicaría, incluso, el crecimiento del cerebro.

La fabricación de herramientas constituye, para algunos paleoantropólogos, el momento decisivo en la evolución de un simio bípedo en una nueva especie: el ser humano. Veamos antes una distinción que no recoge del todo Márkus y que resulta central en Marx. En *El capital*, Marx aclara que lo que diferencia al hombre no es la producción sino la producción conciente:

La situación en la que el obrero se presenta en el mercado como vendedor de su propia fuerza de trabajo, ha dejado atrás, en el trasfondo lejano de los tiempos primitivos, la situación en que el trabajo humano no se había despojado aún de su primera forma instintiva. Concebimos el trabajo bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre. Una araña ejecuta operaciones que recuerdan las del tejedor, y una abeja avergonzaría, por la construcción de las celdillas de su panal, a más de un maestro albañil. Pero lo que distingue ventajosamente al peor maestro albañil de la mejor abeja es que el primero ha modelado la celdilla en su cabeza antes de construirla en la cera. El obrero no sólo efectúa un cambio de forma de lo natural; en lo natural, al mismo tiempo, efectiviza su propio objetivo, objetivo que él sabe que determina como una ley el modo y manera de su accionar y al que tiene que subordinar su voluntad (Marx [1867] 1975: 216).

Destaca, por una parte, la referencia a una primera forma instintiva del trabajo humano. Por otra parte, precisa el concepto de trabajo humano al que distingue de la actividad de la araña y de la abeja porque a diferencia de estos animales prefigura el resultado que busca obtener en su mente. Marx era conciente del papel de la arqueología en la comprensión del desarrollo de las capacidades productivas humanas, como se aprecia en el siguiente texto, en el cual explicita su visión del hombre como animal

que fabrica medios de trabajo (concepto, como se aprecia en la cita, más exacto que el de herramientas):

Apenas el proceso laboral se ha desarrollado hasta cierto punto, requiere ya medios de trabajo productos del trabajo mismo. En las más antiguas cavernas habitadas por el hombre encontramos instrumentos y armas líticas. Junto a las piedras, maderas, huesos y conchas labrados, desempeña el papel principal como medio de trabajo el animal domesticado, criado a tal efecto, y por tanto ya modificado él mismo por el trabajo. El uso y la creación de medios de trabajo, aunque en germen se presenten en ciertas especies animales, caracterizan el proceso específicamente humano de trabajo, y de ahí que Benjamín Franklin defina al hombre como *a tool-making animal*, un animal que fabrica herramientas. La misma importancia que posee la estructura de los huesos fósiles para conocer la organización de especies animales extinguidas, la tienen los vestigios de medios de trabajo para formarse un juicio acerca de formaciones económico-sociales perimidas (Marx, [1867] 1975: 218).

Richard Leakey se apoya, en un momento crucial de su discusión, en Nicholas Toth, investigador que ha venido reproduciendo experimentalmente la fabricación de las primeras herramientas de piedra. Leakey señala que los chimpancés son usuarios expertos de herramientas, que usan palos para atrapar termitas, hojas como esponjas y piedras para romper nueces. Pero, hasta ahora al menos, añade, ningún chimpancé ha sido observado fabricando una herramienta de piedra. En contraste, continúa, los humanos empezaron a producir herramientas filosas de piedra hace 2.5 millones de años. Las primeras herramientas fueron pequeñas astillas de piedra (de una pulgada), muy filosas, fabricadas golpeando una piedra con otra. Estas astillas se usaban para cortar carne, madera y material suave. También pertenecen a la misma época otros implementos más grandes como hachas pequeñas y espátulas. La técnica se conoce como Olduvaiense por el sitio del hallazgo más antiguo (Olduvai Gorge, en África). Viene aquí la primera observación derivada del trabajo de Toth que se vincula directamente con lo que acabamos de citar de Marx:

Como resultado de la fabricación experimental de herramientas, Nicholas Toth sospecha que los primeros fabricantes de herramientas no tenían las formas específicas de las herramientas en sus mentes —una plantilla mental— cuando las estaban fabricando. Más probablemente, las varias formas eran determinadas por la forma original del material bruto. La industria Olduvaiense —que era la única forma de tecnología practicada hasta hace 1.4 millones de años— era esencialmente oportunista en su naturaleza (Leakey, 2001: 49)

Sorprendente tesis que sostiene que es posible “fabricar herramientas sin modelarlas en su cabeza antes que en la piedra”, parafraseando a Marx. Leakey discute si las habilidades cognitivas requeridas para la pro-

ducción de estos artefactos eran similares o superiores a las que poseen los simios actuales, cuyo cerebro es sólo dos tercios del tamaño de quienes fabricaron estas primeras herramientas (*Homo habilis*). Este dato parece conllevar una respuesta obvia a la pregunta. Sin embargo, Wynn y McGrew (citados por Leakey (2001) han sostenido que los simios tienen las capacidades manipulativas necesarias y los conceptos espaciales necesarios para fabricar herramientas “Olduvaienses” (Ponce de León, 2002: 89-109).⁵⁶

Contra esta tesis, Leakey argumenta, basado en el trabajo de Toth, que el productor debe escoger una piedra de la forma correcta, golpear en el ángulo adecuado y con un movimiento que requiere mucha práctica para lograr la fuerza apropiada en el lugar adecuado. Y añade que Toth le dijo que: “No hay duda que los primeros fabricantes de herramientas poseían una capacidad mental superior a la de los simios. La fabricación de herramientas requiere una coordinación significativa de habilidades motoras y cognitivas” (Leakey, 2001: 50). Para cerrar el asunto, Leakey cita el intento de enseñar a un chimpancé a fabricar herramientas Olduvaienses. Aunque el chimpancé ha desplegado pensamiento innovativo no ha logrado reproducir la técnica requerida para su producción, señala.

Técnicas más avanzadas, ilustradas por la industria Acheulana se sitúan hace 1.4 millones de años. Por primera vez en la prehistoria humana, dice Leakey, hay evidencia que los fabricantes de herramientas tenían una plantilla mental de lo que querían producir, que intencionalmente imprimían una forma al material que usaban. El implemento que ilustra esto se llama hacha de mano, una piedra en forma de lágrima, que puede ser aprehendida por una mano y que, para fabricarse, requiere una importante habilidad y paciencia. A Toth y su equipo les tomó varios meses desarrollar las habilidades para hacerlo. Esto ya corresponde enteramente con lo que Marx considera el trabajo específicamente humano.

Estas herramientas fueron muy probablemente producidas por el *Homo erectus* que evolucionó a partir del *Homo habilis* y que tenía un cerebro significativamente más grande que éste. La fabricación de estas herramientas, tanto las Olduvaienses como las Acheulanas, constituyó un adelanto importantísimo en la prehistoria humana, señala Richard Leakey. Estas astillas filosas le permitieron al ser humano (carente de dientes o uñas poderosas) cortar la piel más dura y alcanzar la carne de diversos animales. Hayan sido cazadores o carroñeros, la proteína animal

⁵⁶ Cita extensamente a Thomas Wynn (1981: 529-541), quien parte del esquema de Piaget de los estadios del desarrollo ontogenético de la inteligencia humana (sensorimotora, preoperacional y operacional) y contrasta con ellos la industria olduvaiense y la achuleana, concluyendo que la primera corresponde a un estadio preoperacional, mientras sobre la segunda véase la discusión cerca del final de esta sección.

amplió sus posibilidades de sobrevivencia y de reproducción. De esta manera queda claro que la fabricación de herramientas está asociada a una dieta en la cual la carne desempeña un papel importante.

Como habrá notado el lector, Toth y Leakey han situado en el tiempo (hace 1.4 millones de años) el origen del trabajo “bajo una forma en la cual pertenece exclusivamente al hombre”, en palabras de Marx, forma en la cual el ser humano “efectiviza su propio objetivo” al cambiar de forma lo natural. No es fácil, sin embargo, caracterizar la otra etapa, la Olduvaiense, en términos de la concepción de Marx. No me parece que corresponda a una producción instintiva. Antes sostuve que la fabricación de herramientas era, por definición, una actividad no instintiva (salvo en especies como las abejas). La fabricación de herramientas en la industria Olduvaiense no puede ser instintiva, pero no es plenamente humana todavía. El trabajo de carácter instintivo al que se refiere Marx sólo puede ser, en mi opinión, un trabajo no mediado que se dirige directamente a la satisfacción de necesidades, como la actividad animal.

Se configurarían así las siguientes etapas de evolución desde los ancestros simios al ser humano: 1) uso eventual de herramientas (simios); 2) uso sistemático de herramientas no fabricadas (simio bípedo); 3) fabricación semi-conciente de herramientas, en la cual el producto no está plenamente moldeado en la mente del productor (*Homo habilis*); 4) fabricación plenamente conciente de medios de trabajo (herramientas y algo más), donde el producto está moldeado en la mente antes de producirlo (*Homo erectus*).

Aunque hemos avanzado al distinguir la producción de medios de trabajo o de producción (concepto más amplio que herramientas) que prefigura en la mente el producto, del que lo hace de manera instintiva (abejas, arañas), todavía no hemos abordado cuál es el papel preciso de esta producción, que ahora podemos dividir en dos etapas, marcadas por los puntos 3) y 4) del párrafo anterior, en el origen del ser humano. En lo que hemos discutido ha quedado claro que estas dos etapas de la fabricación de herramientas requieren habilidades cognitivas específicas, siendo más amplias las de la segunda, pero no despreciables las de la primera. Por tanto, es evidente que el crecimiento del cerebro humano y la fabricación de herramientas son procesos ligados entre sí.

Me parece, especulando un poco o si se quiere aplicando como aficionado la teoría de la selección natural de Darwin, que el factor dinámico debe ser la fabricación de herramientas. Supongamos, como punto de partida, que en una población dada el tamaño del cerebro y las capacidades cognitivas y de coordinación sicomotora están asociadas. Por tanto, los individuos con mayor tamaño cerebral resultarían los más capaces para fabricar herramientas, lo que les da mayores probabilidades de sobrevivir y de reproducirse. El proceso de selección natural fue seleccionando,

valga la redundancia, a los individuos de cerebro más grande que eran los más capaces de fabricar herramientas, lo que fue aumentando el tamaño promedio del cerebro de los descendientes. Esto sin introducir la hipótesis más usual que liga el desarrollo del cerebro, también, a los requerimientos de la interacción social. Pero como las huellas arqueológicas o fósiles muy antiguas no proporcionan elementos claros sobre la organización social, el asunto se vuelve más especulativo.

Nos falta analizar la relación entre el tamaño del cerebro y la fabricación de herramientas, por un lado, con la tercera variable clave en el origen del ser humano: la postura erguida. Las tres juntas conforman lo que Leakey llama el paquete darwiniano, al que concibe como la aparición simultánea de los tres rasgos, lo que atribuye a Darwin. Sin embargo, Leakey no prueba que el fundador de la teoría de la selección natural haya sostenido tal simultaneidad. Probablemente se trata de una simplificación de sus seguidores. La cita del libro de Charles Darwin, *The Descent of Man* en la que apoya Leakey esta interpretación es:

Si tener sus manos y brazos libres y estar firmemente parado sobre sus pies, es una ventaja para el hombre [...] entonces no veo razón para no haya sido más ventajoso para los progenitores del hombre haberse vuelto más y más erecto o bípedo. Así habrían sido más hábiles para defenderse con piedras o garrotes, atacar a sus presas, o de otras maneras obtener alimentos [...] Pero las manos y brazos difícilmente se habrían perfeccionado lo suficiente para haber fabricado armas, o haber arrojado piedras y lanzas con puntería, mientras fuesen habitualmente usadas para soportar el peso completo del cuerpo [...] o en tanto estuviesen especialmente adaptadas para trepar árboles (2004: 72-71).⁵⁷

Leakey dice que en esta cita Darwin argumenta que la evolución de nuestro modo inusual de locomoción estuvo directamente ligada a la fabricación de armas de piedra. Añade una cita adicional de esta obra de Darwin, que muestra que éste asoció el empequeñecimiento de los caninos en los seres humanos “al uso de piedras, garrotes u otras armas para pelear con sus enemigos o rivales”, lo que sustituyó la función de los grandes caninos. Igualmente, en la concepción de Darwin estos seres bípedos usuarios de armas desarrollaron una mayor interacción social para la cual se requería un intelecto mayor (cerebro más grande). Así se creó una interacción positiva entre el desarrollo del cerebro, por una parte, y el de la interacción social y la tecnología por la otra.

⁵⁷ La primera parte del párrafo es de la p. 72 de la edición de Penguin Books (2004) y la segunda parte empezando en “Pero las manos” es de la p. 71, lo que muestra que Leakey no es muy cuidadoso con sus citas.

Sin embargo, la primera cita de Darwin no contiene el paquete darwiniano que Richard Leakey ve en ella. Es evidente en el texto que la postura bípeda la concibe Darwin como una precondition para usar (y fabricar) armas o herramientas, al liberar la mano (y el brazo) de la función de soportar el peso del cuerpo. Aunque algunos autores que cita Leakey parecen haber creído en la simultaneidad del paquete, me parece evidente que la posición bípeda tenía que ocurrir primero, de manera que la brecha de 4.5 millones de años citada antes, aunque parece larga, no contradice esta cita de Darwin. Primero, porque la brecha se refiere a la evidencia arqueológica sobre la fabricación de herramientas de piedra, ya que las herramientas de materiales más suaves, como la madera, difícilmente se conservan tanto tiempo. Por tanto, habría que descontar el periodo hipotético en el cual estos homínidos bípedos fabricaban herramientas de madera y otros materiales no líticos. En segundo lugar, habría que considerar que Darwin también asocia la postura y marcha erguidas al desarrollo necesario de manos y brazos para poder arrojar piedras con puntería.

Antes de continuar quiero señalar que los paleoantropólogos, a veces, se atienen demasiado literalmente a las evidencias físicas disponibles y no añaden algunas cuestiones absolutamente obvias. Por ejemplo, es evidente que la fabricación de herramientas debió haber sido precedida por el uso de objetos naturales como herramientas (este uso es muy difícil que genere huellas arqueológicas). La segunda cita (*supra*) de Darwin muestra muy bien que este gran genio visualizó como el uso de piedras y garrotes (que no tienen que ser fabricados) habría derivado en el empequeñecimiento de los caninos. Igualmente, Leakey cuando deja correr un poco la imaginación, hace que el uso de herramientas ocupe un lugar que luego se pierde al discutir las evidencias. En efecto, hacia el final del capítulo IV, llamado “El hombre, el cazador noble”, del libro que vengo citando, describe largamente la vida del *Homo erectus*. En ella se incluye una escena en la cual tres hombres cazan un animal arrojándole una piedra que lo golpea duramente, los otros dos lo inmovilizan y el primero le entierra un palo afilado que lo desangra y mata (Darwin, 2004: 96). Las herramientas de piedra aparecen sólo para las tareas de carnicería, indispensables para que una especie con dientes pequeños pueda consumir la carne. Los primeros instrumentos de piedra encontrados son astillas de piedra necesarias para estas labores de carnicería. Aquí, en una historia de cazadores muy primitivos, que Leakey construye con la primera especie sobre la que hay un consenso pleno en considerarla humana (*Homo erectus*) están presentes el uso de objetos naturales como herramientas, el uso de herramientas de madera (fabricadas) que no dejan huella arqueológica, y el uso de piedras naturales (no fabricadas) como armas.

La arqueóloga mexicana Aura Ponce de León aborda la fabricación de herramientas como parte de un atributo más amplio del ser humano: el de

modificador conciente del mundo. En *Arqueología cognitiva* señala que la manufactura de herramientas es evidencia de un nivel cognitivo superior al de otras especies y que la

transformación del mundo de manera conciente y sistemática y “con un propósito eventualmente orientado a otro tiempo y lugar, más allá de la ocupación inmediata”, es una conducta que está lejos de ser compartida ampliamente con otras especies, aun cuando se han documentado indicios de ella en otros primates superiores (Ponce de León, 2002: 90).

La frase que he destacado entre comillas es una excelente definición de lo que Marx-Márkus llaman trabajo mediado, mostrando que en la paleoantropología (o por lo menos en algunas de sus practicantes) hay una concurrencia con el concepto de trabajo mediado. En “Género Homo” Ponce de León señala que la bipedestación y el crecimiento del cerebro son procesos naturales, biológicos, y que, en cambio, la fabricación de herramientas y, de manera más general, la modificación del entorno, son actividades intencionales. Con estas palabras, la autora dice, de otra manera, que la fabricación de herramientas, el trabajo mediado, no es una actividad instintiva que ha sido el argumento con el cual he vinculado las posturas de Maslow y Fromm con las de Marx-Márkus. La paleoantropología coincide con la psicología y el psicoanálisis. Con estas vigorosas tesis, y basándose en los rastros de herramientas de piedra, la autora sostiene que el género humano apareció en la tierra hace más de dos millones de años (Ponce de León, 2005: 27).

El siguiente pasaje, en el cual Ponce de León cita a Tobias, señala con toda claridad la concurrencia completa de algunos paleoantropólogos con las tesis de Marx-Márkus y marca lo que constituye la gran ruptura para ellos. La aparición del *Homo habilis*, el autor de las primeras herramientas de piedra, dice Ponce de León, “configura así uno de los mayores eventos que el mundo ha atestiguado: el surgimiento de una especie que, además de su definitivo bipedalismo, o quizás gracias a él, usó sus manos para transformar el mundo de acuerdo con sus planes y proyectos” (Ponce, 2005: s/f). Cita a continuación el siguiente texto de Tobias:

Dobzhansky, en su homenaje póstumo a Raymond Dart, reconoció dos grandes pasos hacia adelante en el desarrollo de la vida. La primera trascendencia fue el origen de la vida en sí misma, la segunda trascendencia, el arribo del hombre con su paquete de sobrevivencia futurista. *homo habilis*, el endeble homínido, anunció la segunda trascendencia al mundo, y ni los homínidos ni el mundo pudieron ser los mismos nuevamente. A partir de entonces, la conducta del hombre, sus modificaciones, su sobrevivencia, vinieron a ser determinadas más y más por lo que él podía hacer con sus manos bajo sus vigilantes ojos y

el control de su ágil, anticipador, previsor y planificador cerebro (Tobías, 1979: 167-192 cit. en Ponce de León, 2005: s/f).

La fabricación de herramientas (de piedra) y el tamaño del cerebro se han vuelto entre los estudiosos de la evolución humana las dos variables rivales para identificar el nacimiento del ser humano. Al respecto son ilustrativas las razones que llevaron a un grupo de antropólogos, como narra Aura Ponce de León, a postular al *Homo habilis*, un homínido anterior al *Homo erectus*, como el más antiguo integrante del género humano (*Homo*). Para ello tuvieron que ir en contra de los cánones de la época que marcaban un mínimo (Rubicón) del tamaño cerebral, entre 700 y 1100 centímetros cúbicos, para identificar a un humano, haciendo de este indicador el único identificador del género. Para Leakey, Tobias y Napier,⁵⁸ narra Ponce de León, los restos encontrados en Olduvai Gorge eran humanos a pesar de que su cerebro no llegaba a los mínimos mencionados. Pusieron el acento en los utensilios líticos encontrados junto a sus restos.

Ahora bien, para Leakey, Tobias y Napier [dice Ponce de León] este Rubicón imponía una barrera que impedía incorporar al género a una especie cuyos restos mostraban evidencias claras y suficientes, tanto físicas como culturales, de que poseía capacidades transformadoras que preludiaban las nuestras y que, por tanto, no era posible atribuir a otro género. Ello aun cuando la especie cuenta con un volumen cerebral pequeño. Por tanto, los autores citados propusieron una diagnosis revisada del género *Homo* que ampliaba el rango de la capacidad craneal aceptable, dada la asociación de sus restos con herramientas de piedra (2005: 29).

Sin embargo, no hay consenso entre los paleoantropólogos que haya sido *Homo habilis* quien fabricó los instrumentos Olduvaienses. Para Mary Leakey, madre de Richard y esposa de Louis, uno de cuyos artículos cita Ponce de León, la duda estaba entre adjudicar dicha fabricación al *Homo habilis* o al simio más primitivo encontrado también en el lugar, un australopiteco. Sin embargo la evidencia de que en el sitio había sido consumida carne en gran cantidad, llevó a Mary Leakey a descartar a esta especie vegetariana como fabricante de los instrumentos líticos. En contraste, Stringer y Andrews señalan que hoy prevalecen dudas sobre el carácter humano de los distintos fósiles de *Homo habilis*, (Stringer y Andrews, 2005: 136) pero debe notarse que estos autores no adoptan ninguna postura clara sobre lo que constituye el carácter humano. Cualquiera

⁵⁸ "A New Species of the Genus *Homo* from Olduvai Gorge" (1964: 7-9). El primero, Louis Leakey fue el padre de Richard Leakey y esposo de Mary Leakey a quien Ponce de León cita más adelante.

que sean las dudas sobre quién fabricó los instrumentos de piedra fechados entre 1.8 y 2.5 millones de años, la pregunta clave es ¿Quién los haya fabricado, por ese sólo hecho debe considerarse humano?

Esta misma pregunta la plantea Ponce de León al interrogar si es esta habilidad de transformar intencionalmente el ambiente la que nos caracteriza como género. Por lo que lleva dicho, debería contestar que sí. Sin embargo, si bien dice que la conducta de producción de utensilios es una de las características más relevantes en la definición del género, esta afirmación queda contrarestanda en el mismo párrafo cuando señala que cada vez se reconoce más la existencia de un conjunto de rasgos, no uno sólo, que se retroalimentaron y condujeron a la aparición de *Homo*. Sin embargo, retoma aire relatando la evolución tecnológica de la humanidad hasta la revolución neolítica (hace apenas 10 a 12 mil años) para señalar que

si analizamos uno a uno estos cambios radicales de la historia del hombre, concluiremos que, de alguna manera, todos tienen un soporte en aquella aparición o quizá, para ser más precisos, en aquella magnificación de la conducta de intervenir conscientemente en el ambiente a fin de modificar sus condiciones, ya sea de manera temporal o permanentemente, a favor del interviniente (Ponce de León, 2005: 33).

Entre los rasgos de la esencia humana postulados por Marx-Márkus figura el de ser conciente y autoconciente. Fromm identifica la gran ruptura misma con el hecho que la vida adquirió conciencia de sí misma. ¿Qué tienen que decir los paleoantropólogos y otros estudiosos de la evolución humana al respecto? Veíamos antes que el tamaño del cerebro es la variable empírica privilegiada para distinguir el género *Homo* de los demás homínidos. El tamaño del cerebro se asocia, entre estos estudiosos con: 1) la capacidad de fabricar herramientas; 2) la complejidad de la interacción social y 3) el desarrollo del lenguaje.

Arsuaga Ferreras y Martínez Mendizábal (2001) hacen notar en “El origen de la mente”, *Investigación y ciencia* que mientras para Darwin las capacidades cognitivas eran un producto más de la evolución, quien concibió la mente como una función del cerebro y sostuvo la “necesaria adquisición gradual de cada una de las facultades y aptitudes mentales”, tanto para Alfred Russel Wallace (que concibió la teoría de la selección natural de manera independiente de Darwin) y para muchos científicos modernos, hay algo especial en el origen de nuestras facultades superiores y sostienen que la mente humana, simbólica y conciente se originó de modo súbito. Esta sería la postura, según estos autores, de Noam Chomsky, quien, a pesar de sostener la existencia de un órgano para el lenguaje en el cerebro humano, niega que ese órgano haya surgido por selección natural. Estos autores siguen la postura de Darwin y argumentan apoyándose en dos tipos de evidencias. Por un lado, la encefalización creciente de nuestros

antepasados. Por otra, la anatomía de nuestras vías aéreas superiores, incluyendo el aparato fonador. Después de una amplia explicación y discusión, señalan que

la especialización de las vías aéreas superiores humanas, con su laringe baja y su amplio espacio supralaríngeo, favorece una de sus funciones: la producción de la amplia gama de sonidos en los que se basa nuestro lenguaje. Parece evidente que la facultad de hablar, esto es, de comunicarse eficazmente, compensa con creces tanto la pérdida de la capacidad de beber y respirar al mismo tiempo, como el riesgo de atragantarse (Arsuaga y Martínez, 2001: 12).

Basándose en el análisis morfológico del cráneo 5, del yacimiento de la Sima de los Huesos, Sierra de Atapuerca, España, que a decir de Arsuaga Ferreras y Martínez Mendizábal es el cráneo humano fósil más completo jamás encontrado, y en un análisis comparativo de la “práctica totalidad de las bases de cráneo fósiles”, obtienen dos conclusiones centrales: 1) la posición de la laringe de los fósiles de la Sima de los Huesos, era de tipo moderno, lo que significa que estos precursores de los neandertales, que vivieron hace 300 mil años, podían hablar; y 2) sin embargo, los sonidos que podían articular diferían de los que componen nuestro lenguaje, ya que no podían articular las vocales ‘a’, ‘i’, ‘u’. Estos interesantes análisis llevan a nuestros autores, paleontólogos que participaron en los hallazgos de los importantes fósiles de Atapuerca, a concluir que

parece lógico que las capacidades mentales implicadas en el lenguaje aparecieran con anterioridad a la modificación de las vías aéreas superiores, pues cabe suponer que fueron dichas capacidades las que hicieron rentable, en términos de selección natural, la extraña posición de nuestra laringe (Arsuaga y Martínez, 2001: 19).

Nuestros autores recapitulan, al final de su artículo, de la siguiente manera, en la cual insinúan que el habla puede ser tan antigua como dos millones de años:

nosotros contemplamos la evolución de la inteligencia como un proceso esencialmente darvinista (*sic*). En los primeros representantes de *Homo*, el cerebro experimentó una expansión ligada a la aparición de capacidades nuevas, que hicieron posible la talla sistemática de la piedra. Estas nuevas facultades dieron sentido a la capacidad de hablar, rentabilizando el descenso de la posición de la laringe [...] este proceso debió ocurrir en *Homo antecessor* o quizás mucho antes, en *Homo ergaster* u *Homo habilis* (Arsuaga y Martínez, 2011: 19).

Añaden que el último paso, que habría de permitir la articulación de las vocales antes mencionadas, ocurrió hasta el *Homo sapiens*.

Aunque la mente ha sido tema de interés de la reflexión filosófica, señala, el intento de naturalizar su estudio tiene sólo unas décadas. El estudio de la evolución de la mente humana, de las capacidades cognitivas humanas, es una tarea aún más incipiente. Según explica Ponce de León, el desafío de la arqueología cognitiva es determinar la clase de huellas que dejan los eventos mentales en el registro arqueológico, y determinar su objeto de conocimiento. Algunas de sus preguntas clave serían: ¿cuál es la relación entre la elaboración de herramientas y las habilidades cognitivas? ¿Cuándo y cómo emergió el lenguaje? Su reto, dice Ponce de León, es vincular modelos de la mente propuestos por las ciencias cognitivas (donde se ubican disciplinas tan diversas como la lingüística, la psicología, la inteligencia artificial, la antropología y la etología) con los registros arqueológicos. Como ejemplo de esta vinculación, la autora cita el estudio de Wynn sobre la inteligencia de los homínidos que produjeron los artefactos Olduvaienses, cuyas conclusiones hemos contrapuesto a las de Toth citadas por Richard Leakey, y que interpreta los patrones intencionales detrás de la producción de estas herramientas en términos de la teoría de Piaget sobre los estadios de la inteligencia.

En un trabajo posterior, Wynn analizó la inteligencia asociada a las herramientas acheulenses atribuibles al *Homo erectus*. Aquí se encuentran, dice la autora, herramientas bifaciales que muestran un clara búsqueda para obtener una determinada forma, e incluso simetría y cierta proporcionalidad. Wynn hizo notar, según relata Ponce de León, que la intención de crear una determinada forma conlleva el aprendizaje de un estándar y que hay dos conceptos cognitivos inherentes a este aprendizaje: la descentración (concepto de Piaget que se refiere a la capacidad del individuo de ponerse en el lugar de otro, de cambiar su perspectiva por la de otro) y la complejidad jerárquica (capacidad de alcanzar un control cognitivo que les permita controlar u organizar información diversificada, tanto en naturaleza como en jerarquía, que pertenece a niveles superiores de control cognitivo). Según Wynn en la estandarización de los artefactos bifaciales están presentes ambas capacidades.

Ponce de León termina diciendo que no basta el estudio de la inteligencia (como lo hace Wynn), sino que la arqueología cognitiva debe abordar también el estudio de la conciencia, lo que supone incursionar en terrenos, dice nuestra autora, de la filosofía de la mente.

Esta breve incursión en los estudios de la evolución humana que he emprendido con el propósito de realimentar las reflexiones de Marx-Márkus, y tomando en cuenta a Maslow y Fromm, han rendido algunos frutos indudables, en particular resaltando la centralidad de la fabricación de herramientas en el desarrollo humano, aunque han mostrado los límites (actuales) de estas disciplinas para ahondar en las áreas de la conciencia y

del lenguaje. Las hipótesis de las que partimos y la antropología filosófica marxista han sido fortalecidas.

2.7 Conceptos y teorías de las necesidades humanas

2.7.1 El concepto de necesidad humana en la filosofía

Las necesidades humanas son defendidas, rechazadas o problematizadas por diferentes grupos de académicos. En este libro abordo sólo las ideas del primer grupo. Para “reseñas” de “rechazadores” y “problematizadores”, véase Doyal y Gough ([1991] 1994) (Introducción y capítulos I y II) y Springborg (1981) (especialmente los capítulos que tratan sobre Herbert Marcuse, Iván Illich y William Leiss). Las necesidades humanas se basan en la naturaleza humana como sostiene Bernard Williams (1990: 101) y Gasper (2004). Márkus, como hemos visto en las primeras cinco secciones de este capítulo, sistematiza el pensamiento de Marx que ubica las necesidades humanas dentro de la antropología filosófica. Según este punto de vista, los seres humanos se distinguen de los animales porque su actividad vital, el trabajo, está orientado hacia la satisfacción de las necesidades a través de mediaciones (*animales que fabrican herramientas*), un punto de vista confirmado (como vimos en la sección 2.6 *supra*) por la paleoantropología moderna. Marx concibe las necesidades (excepto las necesidades biológicas originales), como también hemos visto antes, como producidas en un sentido similar al que transmitimos cuando hablamos de bienes y capacidades producidas. La concepción de Marx contrasta con la visión instrumentalista de la producción en la teoría neoclásica que la concibe como puesta al servicio del consumidor soberano y sus preferencias (no necesidades) preexistentes (Rothenberg, 1974).

Wiggins ([1987] 2002) distingue las necesidades de los deseos/apetencias y define (y distingue) rigurosamente las necesidades y el objeto necesitado (satisfactor). En los siguientes párrafos se explican sus ideas y se incorporan otros puntos de vista.

Para distinguir necesidades de deseos/apetencias, señala que las necesidades no son deseos fuertes o inconcientes (o preferencias).

A diferencia de desear, o apetecer, necesitar no es evidentemente un verbo intencional. Lo que yo necesito no depende del pensamiento o del funcionamiento de mi mente (o no sólo de esto) sino de la forma de ser del mundo. Nuevamente, si uno quiere (apetece) algo porque es F, cree o sospecha que es F. Pero si necesita algo porque es F, debe ser realmente F, ya sea que uno crea o no que lo es (Wiggins [1987] 2002: 6).

Doyal y Gough ([1991] 1994: 42) distinguen entre necesidades objetivas concebidas como propósitos universalmente asociados con la prevención de daños graves y las apetencias subjetivas que no lo son.

La fuerza especial del término necesidad y el carácter normativo de las necesidades no instrumentales sino categóricas/absolutas provienen del carácter no controversial de su propósito, evitar el daño humano o lograr el florecimiento humano (Wiggins [1987] 2002: 13). Doyal y Gough ([1991] 1994: 2 y 39) adoptan el concepto similar de evitar el daño grave (“búsqueda significativamente impedida de propósitos”) o lograr el florecimiento, y definen las necesidades como universales, con lo cual Fromm (1990b, cap. III) y Max Neef *et al.* (1986: 27)⁵⁹ están de acuerdo. Doyal y Gough afirman: si todos los seres humanos tienen la misma capacidad para sufrir daños graves o para florecer, todos tienen necesidades humanas básicas objetivas humanas concebidas como propósitos universalizables ([1991] 1994: 3). Fromm y Maslow identifican las graves consecuencias de las necesidades insatisfechas como enfermedades físicas o mentales: por ejemplo, Fromm (1990b: 30-36) identifica el narcisismo (que en sus formas extremas es equivalente a la locura) como la consecuencia de la insatisfacción de la necesidad de relaciones íntimas.

Wiggins define el satisfactor u objeto necesitado: “Una persona necesita x (absolutamente) si y sólo si, cualquiera que sea la variación moral y socialmente aceptable [...] que sea posible prever que ocurra dentro del intervalo de tiempo pertinente, será dañada si no tiene x” ([1987] 2002: 14). Y define las necesidades como “estados de dependencia (con respecto a no sufrir daño), que tienen como objetos apropiados las cosas necesitadas” ([1987] 2002: 16). Esta distinción entre satisfactores y necesidades es realizada por varios autores y Max Neef *et al.* (1986: 41-43) también distinguen satisfactores de bienes como diferentes espacios analíticos, en el sentido desarrollado por Sen (1984: 335). Los economistas ortodoxos, y paradójicamente Amartya Sen, generalmente restringen los satisfactores a los bienes y servicios (objetos), pero Lederer (1980) identifica los objetos, las relaciones y las actividades como satisfactores, mientras yo (*supra* sección 1.6.1), sobre la base de la descripción de Márkus de la concepción de Marx de la naturaleza humana y de la matriz de necesidades y satisfactores de Max Neef *et al.* (1986), he identificado seis tipos de satisfactores: bienes y servicios; actividades; relaciones; información, conocimiento y teorías; capacidades; e instituciones.

Para complementar las ideas de Wiggins es necesario añadir, a lo precedente, que:

⁵⁹ Hay una versión expandida en inglés en la que Max-Neef es el único autor: (1991), *Human-scale Development*.

1) “El proceso político-administrativo, como lo conocemos en Europa y América del Norte, apenas podría proceder (apenas podría concluir un argumento) sin recurrir constantemente a la idea de necesidad”. “dada la fuerza especial que conlleva ‘necesidad’, debemos tratar de captar algún contenido especial que la palabra posee en virtud de la cual adquiere esa fuerza”.

2) “Aunque hay un sentido instrumental de ‘necesidad’ donde uno puede pedir que se especifique un propósito... hay otro sentido de ‘necesidad’ por el cual el propósito ya está fijado, y fijado en virtud del significado de la palabra: evitar el daño a los seres humanos”. Es precisamente el hecho de que este evitar no es un propósito controversial lo que provee a los reclamos de necesidad su *prima facie* especial fuerza práctica y argumentativa ([1987] 2002: 4-9). Wiggins explica que esto es válido sólo para necesidades absolutas o categóricas, no para necesidades instrumentales.

3) “La elucidación sugerida en términos de daño [...] expone la idea, no inocente de la metafísica de la personalidad, del bienestar o del florecimiento, por referencia a la cual hacemos los juicios de daño” ([1987] 2002: 11).

Necesidad es un ejemplo de lo que se denomina “conceptos éticos gruesos” al referirse a los cuales “la descripción fáctica y la valoración pueden y deben estar embrolladas” (Putnam, 2002: 27). Para usar este término “con cualquier grado de discernimiento, uno tiene que ser capaz de identificarse imaginativamente con un punto de vista evaluativo”. Las necesidades, la pobreza y las *capabilities* de Sen son términos embrollados en los que la descripción depende de la evaluación (2002: 37-38). La tesis del embrollamiento derrota muchas críticas frecuentes dirigidas a los académicos por incorporar valores. Un ejemplo es la crítica de Fitzgerald a Maslow. Cuando Fitzgerald dice: “Hablar de la necesidad de autorrealización es tautológico o inequívocamente normativo” (1977: 49) (es decir, no es sintético o falsificable), adopta la clasificación tripartita de los positivistas lógicos de todos los juicios que constituyen la expresión de la dicotomía hechos/valores: 1) sintéticos o falsificables; 2) analíticos (falsos o verdaderos sólo por las reglas de la lógica, y por lo tanto tautológicos; 3) sin significado cognitivo (juicios éticos, metafísicos y estéticos). Por lo tanto, afirma que el discurso sobre la necesidad de autorrealización se encuentra en las categorías 2 o 3.

La pobreza (generalmente definida como incapacidad económica para satisfacer necesidades) es un campo central de aplicación del concepto de necesidades y está dominada por economistas que defienden la dicotomía hecho/valor y rechazan el concepto de necesidades. Puesto que conciben que la racionalidad no puede estar presente en cuestiones de valores, suponen e insisten en ello todo el tiempo, que la definición del umbral de pobreza (altamente cargada de valores) es un acto arbitrario del investiga-

dor, promoviendo con ello un vacío total en este tema y facilitando la tarea de aquellos que desean minimizar la incidencia de la pobreza mediante umbrales que niegan la mayoría de las necesidades humanas. Están empobreciendo los estudios de pobreza de la misma manera que, como lo describe Putnam, empobrecieron la economía del bienestar (Putnam, 2002: cap. 3). La Teoría Neoclásica del Consumidor se ha evaluado críticamente en la sección 1.3, *supra*.

2.7.2 Definiciones de pobreza y necesidades en la vida cotidiana

El Diccionario de la Lengua Española de la Real Academia Española expresa el significado del adjetivo “pobre” como “necesitado, menesteroso y falta de lo necesario para vivir, o que lo tiene con mucha escasez”. Igualmente, define el sustantivo “pobreza” como “necesidad, estrechez, carencia de lo necesario para el sustento de la vida”. Quedan aquí dos cuestiones claras: 1) los términos pobreza y pobre están asociados a un estado de necesidad, a carencia; 2) dicha carencia se relaciona con lo necesario para el sustento de la vida. Podemos deducir que el término pobreza en su uso cotidiano lleva implícita la comparación entre la situación de una persona, familia o grupo humano y la concepción de quien habla o escribe, sobre lo que es necesario para vivir o sustentar la vida. Es decir, el concepto de pobreza lleva la impronta inevitable de la comparación entre una situación observada y una condición normativa. Mientras esta norma es implícita en el lenguaje cotidiano debe ser explícita en el filosófico y en el científico.

El mismo diccionario muestra que el sustantivo “necesidad” significa, por una parte, “falta de las cosas que son menester para la conservación de la vida”. Nótese aquí el sentido carencial del término y lo limitado del propósito (subsistencia). Por otra parte, significa también “impulso irresistible que hace que las causas obren infaliblemente en cierto sentido” y “todo aquello a lo cual es imposible sustraerse, faltar o resistir”. Al expresar los significados del adjetivo “necesario” muestra sus términos opuestos: 1) necesario es opuesto a contingente cuando significa “que precisa, forzosa o inevitablemente ha de ser o suceder”; 2) se contrapone a voluntario, espontáneo y a libertad cuando se refiere a lo “que se hace y ejecuta obligado de otra cosa” o “de las causas que obran sin libertad y por determinación de su naturaleza”; y 3) se contrapone a superfluo cuando se refiere a aquello que es “menester indispensablemente, o hace falta para un fin” (Nótese aquí que el fin queda abierto).

Queda claro que cuando hablamos de “necesidad” nos referimos a la falta de las cosas que son menester para la conservación de la vida, pero también a una situación a la cual es imposible sustraerse y a la acción infalible de las causas. Lo necesario para sustentar la vida no es lo super-

fluo, ni lo contingente, ni aquello que voluntaria o espontáneamente podemos querer o desear. Por lo contrario, es algo en lo que no podemos ejercer nuestra libertad, puesto que es algo a lo que nos es imposible sustraernos.

“Necesidad” contrasta con “deseo” precisamente en el elemento de voluntad que contiene este último término, cuyo significado expresa el diccionario que venimos citando como: “movimiento enérgico de la voluntad hacia el conocimiento, posesión o disfrute de una cosa”. Se puede desear lo que se necesita o desear lo que no se necesita (lo superfluo, lo contingente). Desear algo es diferente a necesitar.

El contraste entre “necesidad” y “preferencia” puede explorarse también analizando el significado de este último término, que el Diccionario de la Real Academia Española explica así: “primacía, ventaja o mayoría que una persona o cosa tiene sobre otra, ya en el valor, ya en el merecimiento” y también: “elección de una cosa o persona, entre varias; inclinación favorable o predilección hacia ella”. Mientras la necesidad se refiere al carácter indispensable de una situación o de un objeto, la preferencia es la predilección, ventaja o elección entre objetos diversos que pueden ser necesarios o superfluos. En la preferencia el sujeto compara objetos diversos y elige entre ellos, y verdaderamente elige sólo cuando está libre de la necesidad, ya que ésta obliga. A diferencia del deseo, en la preferencia no hay un “movimiento enérgico de la voluntad”.

Hay pues una gradación entre el “impulso irresistible” de la necesidad, que tiene carácter involuntario, el “movimiento enérgico de la voluntad” en el deseo, y la primacía, elección o predilección que resulta de los gustos o preferencias que son también actos volitivos pero carentes de la energía del deseo. Mientras necesito alimentarme si he de continuar vivo, puedo desear hacerlo con una lasaña y estar dispuesto a cocinarla para lograrlo. En cambio, al elegir lasaña en el menú de un restaurante sólo expreso mi preferencia entre los diversos platillos en él contenidos, sin que una opción u otra suponga un movimiento enérgico de la voluntad. A la necesidad de alimentarme no puedo substraerme mientras esté vivo. El deseo de la lasaña puede, en cambio, ser resistido sin menoscabo de mi integridad física o mental, aunque puede conllevar frustraciones de diverso grado según la importancia del objeto deseado. La preferencia por la lasaña puede ser cambiada a última hora por la de espagueti sin suscitar siquiera frustración.

Exploremos ahora estos mismos significados en el idioma inglés. De acuerdo con el *Concise Oxford Dictionary*, el adjetivo *poor* expresa a quien carece de dinero o medios adecuados para vivir confortablemente. El sustantivo *poverty* significa el estado de ser pobre y también carencia de los bienes necesarios (*necessities*) para la vida. Igual que en español, la palabra expresa el sentido de carencia de lo necesario. Miremos los significados del sustantivo *necessity* una cosa indispensable, una necesidad

imperativa y, al igual que el término español necesidad, como “un estado de cosas o circunstancias que obligan a un cierto curso”, por lo que resulta el antónimo de libertad, como en español. Este mismo significado está contenido en una de las acepciones del adjetivo *necesario*: “determinado, que existe o que sucede por leyes naturales [...] no por libre albedrío”. Una conclusión importante es que los significados de “necesidad” están divididos en dos palabras en inglés: *need* y *necessity*.

Contrastemos *necessity* o *need* con *desire* y *preference*, como lo hicimos en español. *Desire* lo define el diccionario que venimos citando como “*unsatisfied longing*” or *craving*, mientras que el *Webster’s New World Dictionary* lo define sin el elemento de no satisfacción como “*wish or long for*”. En ningún caso encontramos el sentido preciso de la definición del DRAE que asocia deseo a “movimiento enérgico de la voluntad”. *Preference* está definido en el *Oxford* como “favorecer a una persona antes que otras”, y *prefer* está explicado como elegir o gustar más (*like better*). A pesar de la poca fuerza de la definición inglesa del término deseo, es también clara la gradación de significados de *need* a *preference*, pasando por *desire* como punto intermedio. En términos generales, las conclusiones obtenidas en el español se sostienen en el inglés.

En inglés existe también el término *want*, que es un verbo y un sustantivo. El *Webster’s* define tres sinónimos de *want*: *desire*, *lack* y *poverty* (deseo, carencia y pobreza). *Want* sólo se podría traducir al español como querer cuando es sinónimo de desear, como en la frase *I want a new car*. En este caso se encuentra cerca de preferencia. Sin embargo, en otros casos se encuentra más cerca de necesidad. Es sinónimo de pobreza en la frase *to live in want*. Es sinónimo de carencia en la frase *to suffer from want of adequate care*. En español “querer” tiene una gama de significados más reducida en nuestro campo. El sustantivo *want* es de difícil traducción al español. Mi postura es que debe traducirse como apetencia, ya que el verbo querer sólo se puede sustantivizar como querencia, que tiene otro significado.

Según relatan Gordon y Spicker (1999: 9), en el *Diccionario Estándar del Árabe*, escrito en 1311, se define la pobreza como la “incapacidad de un individuo para satisfacer sus propias necesidades básicas y las de sus dependientes”. Nótese lo actual que esta definición suena. Los autores añaden que otra fuente árabe de 1037 define ocho diferentes niveles de pobreza que van desde la pérdida de ahorros hasta que el individuo/el hogar queda reducido a la pobreza terminal (*ultimate*), pasando por situaciones como pérdida de algunos activos, verse obligado a comer pan de mijo que es más barato que el usual de harina de trigo, no tener comida disponible, no tener ya pertenencias que se puedan vender para comprar pan, verse humillado y degradado a causa de la pobreza. Según la obra *Economic Doctrines of Islam*, de I. Ul Haq (citado en Gordon y Spicker, 1999: 109),

la pobreza en la perspectiva Islámica es la inadecuación de bienes, medios o ambas cosas, que son necesarias para el bienestar sostenido del ser humano. Implica un estado en el cual el individuo carece de los recursos para satisfacer las necesidades no sólo para una sobrevivencia sostenida sino también para una sobrevivencia sana y productiva. El Corán reconoce los siguientes tipos de pobres: 1) Pobres indigentes (*destitute poverty: al fuqara, fakir*). Personas que carecen de bienes materiales, posesiones o ingresos para mantenerse a sí mismos. 2) Pobres necesitados (*needy poor: al masakin, miskin*) son pobres que tienen algún ingreso o activos, pero éstos son insuficientes por el gran número de sus dependientes o por su baja productividad. 3) Los que requieren ayuda temporal, *al gharimun*, por estar abrumados por deudas o haber sido afectados por desastres naturales. 4) El viajero (*Ibn al sabil: hijo del camino*) que no tiene medios para los gastos del viaje (Gordon y Spicker, 1999: 109-10).

La economía ortodoxa está basada en la idea de preferencia y rechaza el concepto de necesidad.

2.7.3 Sobre la naturaleza de las necesidades

Según Doyal y Gough, deben distinguirse dos concepciones de la necesidad: una que concibe las necesidades como impulsos con respecto a los cuales “no tenemos más remedio que conformarnos”. El otro conceptualiza “las necesidades como propósitos que, por alguna razón u otra, se cree que todas las personas tratan o deberían tratar de lograr”. Es esta universalidad la que supuestamente diferencia las necesidades de las preferencias y las apetencias. Sostienen que la primera concepción “es al menos engañosa debido a su concepción demasiado determinista de la biología humana”, mientras que ellos adoptan la segunda ([1991] 1994: 35).

La necesidad se usa a menudo para denotar un impulso o algún estado interno que inicia un impulso. [Continúan]. Aquí “necesidad” se refiere a una fuerza motivacional instigada por un estado de desequilibrio o de tensión establecido en el organismo debido a una carencia particular. Este enfoque ha inspirado el análisis quizás más famoso de las necesidades básicas: el de Maslow ([1991] 1994: 35).

Añaden que en el resto de su libro no usarán la necesidad en este sentido por dos razones. Además de estar en desacuerdo con la jerarquía de Maslow (que no es el asunto que aquí interesa), argumentan que “hay buenas razones por las que deberíamos divorciar, por completo, el discurso de las necesidades como propósitos universalizables del de las motivaciones o impulsos” (Doyal y Gough [1991] 1994: 36). Y argumentan,

citando el libro de G. Thompson, *Needs*: “tener una urgencia de actuar de una manera particular no debe confundirse con una justificación empírica o normativa para hacerlo”. Utilizan el ejemplo de Thompson del alcohólico que dice que “uno puede tener un impulso para consumir mucho alcohol, que uno no necesita” y argumentan, correctamente, que en este caso “el impulso no está vinculado a la prevención de un daño grave de una manera universalizable”. Se debe agregar que la satisfacción de las adicciones, además de no ser universalizables, no conduce, a largo plazo, a evitar daños graves. Pero agregan como un punto fuerte de la concepción de las necesidades como impulsos:

sin embargo, el énfasis en los impulsos y la motivación nos alerta sobre el trasfondo biológico de las necesidades humanas: a las restricciones sobre las necesidades humanas que proporciona nuestra estructura genética. Si las necesidades no son idénticas a los impulsos del organismo humano, tampoco están desconectadas de la “naturaleza humana”, o la estructura fisiológica y psicológica del *Homo sapiens* (Doyal y Gough [1991] 1994: 36).

Mi opinión sobre esto es que el punto clave reside en la palabra universalizable y no necesariamente en la dicotomía entre impulsos y propósitos. Por lo tanto, impulsos universalizables que previenen daños graves podría ser un fundamento sólido del concepto necesidad, que combina tanto la meta central (prevención de daños graves) como los impulsos. Esta concepción supera la dicotomía. Por otro lado, es importante aclarar que el enfoque de Maslow no se basa (o al menos no únicamente) en los impulsos. En efecto, en el “Prólogo a la teoría de la motivación” (capítulo I en su libro *Motivation and Personality* vio claramente lo que Doyal y Gough llaman la “Gramática de las necesidades”: Bajo el título “Medios y fines”, dice:

Queremos dinero para poder tener un automóvil porque los vecinos lo tienen y no queremos sentirnos inferiores a ellos, por lo que podemos retener nuestro auto-estima y ser amados y respetados por otros. Usualmente, cuando se analiza un deseo conciente, encontramos que detrás de él, están otros propósitos más fundamentales del individuo. [Y agrega:] Es característico de este análisis más profundo que siempre conducirá, en última instancia, a ciertos propósitos o necesidades, más allá de los cuales no podemos ir es decir, a ciertas satisfacciones de necesidades que parecen ser fines en sí mismas y parecen no necesitar más justificación o demostración [...] En otras palabras, entonces, el estudio de la motivación debe ser, “en parte”, el estudio de los objetivos, deseos o necesidades humanos finales (Maslow [1954] 1987: 5).

Doyal y Gough entablan una amplia discusión sobre las influencias de la biología en nuestras necesidades y, hacia el final, dicen que “el problema con gran parte de lo que ahora se conoce como sociobiología es que

confunde restricción con determinación y sobreestima la medida en que la gramática innata, emocional y cognitiva determina lo que debemos y no debemos intentar” ([1991] 1994: 38). Dan como ejemplo la supuesta predisposición genética de las mujeres a expresar fuertes sentimientos maternos hacia sus hijos pequeños, y dicen que no hay problema hasta que esto entra en conflicto con su necesidad de encontrar empleo y que en estos casos “es la mujer y no sus genes”. Quién tiene que elegir qué aspecto de su naturaleza activa, de manera que “nuestras habilidades cognitivas únicas como seres humanos todavía nos dejen con el problema de decidir lo que necesitamos, independientemente de lo que sentimos que queremos” (Doyal y Gough [1991] 1994: 38). Desde mi punto de vista, Doyal y Gough cometen aquí un error obvio: una cosa es elegir qué necesidad satisfacer o qué aspecto de nuestras potencialidades desarrollar (las maternas u otras potencialidades creativas), dilema muchas veces inevitable, y otra cosa muy diferente de decidir qué necesitamos. Si se comparan las ideas anteriores de Doyal y Gough con las de Wiggins (a quienes citan), parece que no han comprendido (o no han aceptado sin refutarlo) que necesitar no es un verbo intencional y que, por lo tanto, no podemos decidir necesitar o no necesitar. Por otro lado, no parecen distinguir claramente entre las necesidades instrumentales (que obviamente tienen menos interés en una teoría de las necesidades) y las necesidades categóricas o absolutas, como lo muestra el ejemplo de la mujer que trabaja para pagar las cuentas. Las necesidades también, como se indicó anteriormente, las conciben

como una categoría particular de propósitos que se consideran universalizables. Las necesidades en este sentido se contrastan comúnmente con las “apetencias” que también se describen como propósitos, pero que se derivan de la preferencia particular y el entorno cultural de un individuo. A diferencia de las necesidades, se cree que las necesidades varían de persona a persona (Doyal y Gough [1991] 1994: 39).

Continúan explicando por qué la universalidad se imputa a algunos propósitos, pero no a otros:

La imputación se basa en la creencia de que si las necesidades no son satisfechas por un [satisfactor] apropiado, se producirá un daño grave de algún tipo específico y objetivo. Por lo tanto, no tratar de satisfacer las necesidades se verá como algo que va en contra de los intereses objetivos del individuo involucrado y se considerará anormal y antinatural. Cuando los propósitos se describen como “apetencias” en lugar de necesidades, es precisamente porque no se cree que estén vinculados a los intereses humanos en este sentido (Doyal y Gough [1991] 1994: 39).

Aunque termino aquí esta discusión, vuelvo a ella (de otro modo) en la siguiente sección en la cual presento un análisis comparativo de las teorías de las necesidades humanas.

2.7.4 Análisis comparativo de diversas teorías de las necesidades humanas

A continuación hago una lectura horizontal de diversas teorías de las necesidades humanas, una parte de las cuales abordé en “Ampliar la mirada” (Maslow, Fromm, Maccoby, Max Neef y coautores, Doyal y Gough, Nussbaum) y otra parte (la joven Agnes Heller, Malinowsky y Deci-Ryan) que he agregado después. Aunque la concepción de las necesidades en Marx (especialmente a través de las interpretaciones de Márkus y Heller) no se incluye formalmente en el cuadro comparativo, ya que no hay una lista o un esquema de necesidades definido en Marx, es la perspectiva que adopto para llevar a cabo el análisis comparativo. El esquema de Heller incluido refleja más su visión que la concepción de Marx y proviene de un artículo que escribió en 1961 (13 años antes de la edición original en alemán de su libro *La teoría de las necesidades en Marx*, 1978).

He organizado los rubros incluidos (en su mayoría, necesidades, pero también *capabilities* e impulsos-valores) en el Cuadro 4, mismo que he dividido en dos partes. En la primera parte comparo los esquemas de necesidades humanas definidos por Maslow, Fromm, Maccoby y Deci-Ryan, los cuatro (grupos de) autores analizados cuya perspectiva podría considerarse como la de la psique humana (psicología, en los casos de Maslow y Deci-Ryan y el psicoanálisis en los de Fromm ([1947] 1990a) y Maccoby (1988: 270).

En el cuadro 4, primera parte, he enumerado las necesidades incluidas en los esquemas de sus necesidades de Maslow, Fromm y Deci-Ryan, así como lo que Maccoby denomina impulsos-valores. He ordenado las listas de Fromm, Maccoby y Deci-Ryan para ubicarlas en la línea donde pude identificar la afinidad más cercana con las necesidades de Maslow⁶⁰ (dejando en una línea independiente aquellos rubros que no encontré cercanía suficiente con alguna necesidad de Maslow). En el caso de Maslow, sus primeras cinco necesidades son las que él incluyó en su teoría de la jerarquía de necesidades en el orden de prepotencia postulado por él, mientras que las dos últimas (6 y 7) son necesidades cognitivas y estéticas que no incluyó en la jerarquía, pero si en su concepción de las necesidades

⁶⁰ Maslow, Abraham (1943), “A Theory of Human Motivation”, *Psychological Review*, vol. 50, núm. 4; y *Motivation and Personality* ([1954] 1987). En español: (1991), *Motivación y personalidad*.

humanas. Entre las diferencias importantes en las teorías de necesidades de estas cuatro teorías se encuentran las siguientes.

En primer lugar, Fromm es el único de los cuatro que, como Marx-Márkus, deriva su visión de las necesidades humanas de manera rigurosa a partir de su concepción de la esencia humana, caracterizada por las dicotomías existenciales. De una manera ultra sintética, uno puede expresar su concepción de la esencia humana diciendo que, al haber sido expulsado de la naturaleza, el ser humano se quedó sin hogar y se enfrentó a una dicotomía existencial central: quiere vivir pero sabe que va a morir; por lo tanto, su única salida es tratar de construir un nuevo hogar, un mundo humano que reemplace el hogar natural que ha perdido, para lo cual debe satisfacer no sólo sus necesidades fisiológicas o instintivas, animales, sino también las necesidades específicamente humanas que derivan de dicha dicotomía. La concepción de Maslow de la esencia humana la expresó en su “revisión de la teoría del instinto”, pero no deriva de ella su teoría de las necesidades, sino que su teoría de los instintos forma parte de su teoría de las necesidades. Maccoby no formula una concepción de la esencia humana y no respalda la propuesta de Fromm (quien lo formó como psicoanalista en México). Sus impulsos-valores, que pueden reinterpretarse como necesidades (entendidas como fuerzas que nos impulsan y también como el daño que queremos evitar), aunque se encuentran ambiguamente entre la vida humana en general y el trabajo en sociedades avanzadas, están más concentrados en el trabajo que los esquemas de los otros tres autores. Ryan y Sapp pertenecen a un grupo de psicólogos (encabezados por Ryan y Deci), que son los desarrolladores de la Teoría de la autodeterminación, TAD, descrita por los primeros como “una perspectiva empírica del desarrollo y del estar bien (*wellness*)”. El enfoque general adoptado por Deci y Ryan es un intento muy interesante de “reunir aspectos importantes de estas dos tradiciones”, dice Edward L. Deci. Por las dos tradiciones se refiere a la psicología humanista y la teoría conductista. Deci agrega: “Lo que se necesitaba era un humanismo empírico” (1996: 79). Resume su enfoque y el de Ryan de la siguiente manera:

La suposición de que los seres humanos son organismos, en lugar de mecanismos, representa el punto de partida humanístico para la visión de la motivación adoptada por Richard Ryan y yo. Nuestra agenda ha sido, por lo tanto, iluminar de manera continua los fenómenos motivacionales a partir de supuestos organizmicos-humanísticos y empleando métodos de investigación empíricos (1996: 80).⁶¹

⁶¹ En 2017 Richard M. Ryan y Edward L. Deci, publicaron la obra magna *Self-determination Theory. Basic Psychological Needs in Motivation, Development and Wellness*.

No desarrollan una concepción de la esencia humana. Y su lista de necesidades psicológicas (que sólo incluye aquellas que pueden considerarse universales) no está vinculada a una concepción de la esencia humana.

En segundo lugar, en términos de la estructura del conjunto de necesidades, Maslow es el único que plantea explícitamente la interacción dinámica entre las necesidades a través de su teoría de la jerarquía de prepotencia relativa entre ellas. De esta manera, su teoría va más allá del enfoque de lista de necesidades y plantea realmente un sistema de necesidades. Para Fromm, las cinco necesidades (no instintivas) son igualmente cruciales, ya que en todas ellas la insatisfacción total lleva a la locura. Por tanto, se podría decir que para Fromm estas cinco necesidades son co-realizables. A pesar que Fromm afirma que la necesidad de identidad a veces es más fuerte que la de supervivencia física (From [1955] 1990b: 63) y que también dice que “las pasiones y necesidades más intensas del hombre no son aquellas enraizadas en su cuerpo, sino las arraigadas en la peculiaridad de su existencia” ([1955] 1990b: 28), es decir, sus necesidades existenciales, en otro momento dice: “Después que ha satisfecho sus necesidades animales, es impulsado por sus necesidades humanas” ([1955] 1990b: 28), que es una clara aceptación de una jerarquía entre las necesidades animales y las existenciales. Maccoby acepta con reticencia una jerarquía entre el de supervivencia y el resto de los impulsos-valor, ya que acepta que la supervivencia podría volverse dominante cuando el miedo a los despidos y al desempleo (que desde principios de los años ochenta se han convertido en permanentes en la sociedad que estudió, E.U.). Por otra parte, le da un significado especial al significado del impulso-valor “sentido” que considera que conforma todos los demás impulsos-valores (Maccoby, 1988: 74). Después de todo, entonces tanto Fromm como Maccoby parecen aceptar al menos una jerarquía de necesidades de dos niveles, reduciendo sus diferencias con respecto a Maslow. Deci y Ryan parecen mantener (dentro de sus necesidades psicológicas) una posición similar a la que tiene Fromm respecto a las necesidades existenciales: “La privación de cualquiera de estas tres [necesidades] conduce a decrementos en el crecimiento, la integridad y el estar bien independientemente de los valores individuales o culturales asociadas con ellas” (Ryan y Sapp, 2007: 75). Pero en los casos de autonomía y competencia van aún más lejos al postular la interacción (o complementariedad) mutuamente reforzadas entre ellas:

La competencia percibida (o maestría) sin autonomía percibida no es suficiente porque ser un títere competente no alimenta la humanidad. En tal competencia falta la esencia de la vida. Las luchas por la competencia y por la autonomía en conjunto —impulsadas por la curiosidad y el interés— son, por lo tanto, fuerzas de crecimiento complementarias que llevan a las personas a ser cada vez más realizadas y a seguir aprendiendo a lo largo de sus vidas (Deci, 1996: 71).

CUADRO 4, PRIMERA PARTE
*Análisis comparativo de esquemas de necesidades:
 Maslow, Fromm, Maccoby y Deci-Ryan*

<i>Maslow (necesidades)</i>	<i>Fromm (necesidades)</i>	<i>Maccoby (impulsos-valores)</i>	<i>Deci y Ryan (necesidades psicológicas)</i>
Fisiológicas	A. necesidades instintivas (animales)	Sobrevivencia *; Placer*	Necesidades biológicas (o necesidades no psicológicas)
Seguridad	Necesidades instintivas*	Sobrevivencia *	
Amor, afecto y pertenencia	B. Sociabilidad (relaciones íntimas). C. Pertenencia raíces*	Sociabilidad	Sociabilidad
Estima (bases de la auto-estima; reputación o estima de otros)		Maestría (Dominio) Dignidad (F)	Competencia* Autonomía
Autorrealización	D. Transcendencia		
Necesidades Cognitivas (saber y entender)	E. Marco de orientación y devoción	Información; Sentido	Competencia*
Necesidades estéticas		Placer *	
Rubros sin asociación clara con necesidades de Maslow	F. Sentido de identidad (3,4)	Placer * Juego (7)	Autonomía (2, 4, 5, F)

Nota: los rubros de Fromm, Maccoby y Deci-Ryan han sido colocados en el renglón donde se encuentra el rubro de Maslow más cercano. Los rubros en el último renglón no corresponden de cerca con ningún rubro de Maslow; en estos casos el número (o letra) entre paréntesis indica rubros de Maslow o Fromm con una cierta relación *Los rubros con este símbolo se han repetido porque se asocian con más de un rubro de Maslow.

En el cuadro 4 (primera parte) se encuentran algunos consensos entre nuestros cuatro autores. Primero, todos los autores identifican necesidades fisiológicas, aunque las llaman con nombres diferentes (sobrevivencia, necesidades instintivas y necesidades biológicas). Ninguno de ellos reconoce lo que Marx-Márkus han denominado la humanización de las necesidades animales. Aunque ninguno de los otros tres (aparte de Maslow) menciona específicamente la necesidad de seguridad, en Fromm aparece (implícitamente) dentro de las necesidades instintivas (el instinto de sobrevivencia que nos hace correr o luchar frente al peligro) y explícitamente en la necesidad de pertenencia-raíces, cuando señala que uno no debe sorprenderse “al encontrar en el adulto promedio un profundo anhelo por la seguridad y las raíces que una vez le dio la relación

con su madre” (Fromm [1955] 1990b: 39). Maccoby la menciona explícitamente bajo el impulso-valor de sobrevivencia. Deci y Ryan excluyen esta dimensión y esto podría ser una laguna importante para una teoría de las necesidades psicológicas, pero he incluido en el cuadro una asociación débil con la “autonomía”, ya que ésta se puede concebir como un satisfactor de la necesidad de seguridad, que es mucho más débil en la persona autónoma.

Segundo, hay consenso en la necesidad de relaciones con otras personas (que Maslow llama “Necesidad de amor, afecto y pertenencia”) y que compartimos con los animales. Este rubro refleja el mayor nivel de consenso, ya que los cuatro autores lo incluyen, tres de ellos con la misma palabra: sociabilidad. El hecho de que compartamos esta necesidad con los animales podría ser problemático para la distinción de Fromm entre necesidades instintivas y existenciales (y su supuesto que estas últimas son exclusivamente humanas). Tercero, identifico un cierto consenso en torno a las necesidades cognitivas, aunque formuladas de manera muy diferente por los cuatro autores. La formulación más débil en este caso es la de Deci y Ryan que no las mencionan. He interpretado que la necesidad que llaman competencia incluye la dimensión cognitiva de la competencia, que es cada vez más la competencia más importante en la sociedad actual. En el caso de Maccoby, he clasificado dos impulsos-valor bajo este encabezado: “información” y “sentido” que están claramente en la dimensión cognitiva.

Hay rubros sin consenso o sólo con consenso parcial o ambiguo. No he podido identificar en la concepción de Fromm nada que pueda asociarse de manera clara con las necesidades de estima (tanto las bases de la autoestima, como la estima de otros o reputación), aunque he escrito en el cuadro 4 (primera parte) que su necesidad “sentido de identidad” tiene alguna asociación con las necesidades de estima. En el caso de Maccoby, he incluido aquí la maestría (o dominio) que es totalmente equivalente a la competencia de Deci-Ryan, así como la dignidad (que también está asociada con el sentido de identidad de Fromm). He marcado la autonomía de Deci-Ryan por tener cierta asociación con la estima. En el caso de las necesidades estéticas de Maslow, la falta de consenso entre nuestros cuatro autores es casi total. El único otro elemento que he anotado en la misma línea es el impulso-valor juego de Maccoby, pero de nuevo esta es una asociación problemática que se basa en el hecho de que Maccoby incluye la palabra “belleza” al describir los objetos a los que se dirige este impulso. También dice que uno de los tres tipos de placer es el de “actividad placentera”, como en el ejercicio armonioso de la mente y el cuerpo”. Y también agrega: “El placer también se desarrolla estéticamente como buen gusto, amor por la belleza y sentido de la armonía” (Maccoby, 1988: 64).

Más importante, la “autorrealización”, la necesidad más distintiva en el esquema de Maslow, que le permite clasificar las 5 necesidades incluidas en la jerarquía en dos grupos: necesidades deficitarias (las cuatro primeras) y de crecimiento (autorrealización) y distinguir la motivación deficitaria y la motivación al crecimiento. Esto lo aborda, sobre todo en su libro *Toward a Psychology of Being* ([1968] 1999) (“Hacia una psicología del ser”, especialmente el capítulo III).⁶² Sólo pude asociar con esta necesidad, la de *trascendencia* de Fromm, que él describe (en la forma positiva de satisfacerla) como el hombre “es impulsado por el ansia de trascender el papel de la criatura, la accidentalidad y la pasividad de su existencia, al convertirse en ‘creador’” ([1955] 1990b: 36). Esto tiene cierta afinidad con las palabras que usa Maslow para describir las necesidades de autorrealización: “Lo que los humanos ‘pueden’ ser ‘deben’ ser. Deben ser fieles a su propia naturaleza”. “Se refiere al deseo de las personas de realizarse, es decir, la tendencia a realizar lo que potencialmente son. Esta tendencia podría expresarse como el deseo de convertirse cada vez más en lo que uno es idiosincrásicamente, en convertirse en todo lo que uno es capaz de llegar a ser” ([1954] 1987: 22). Ni en Maccoby ni en Deci-Ryan he encontrado un rubro que encajara bien en esta línea, pero he marcado en la columna de estos últimos, la necesidad de autonomía como relacionada con la autorrealización. Deci y Ryan usan autodeterminación como sinónimo de autonomía, y Deci dice que

las personas necesitan sentir que su conducta es verdaderamente elegida por ellos y no impuesta por alguna fuente externa; que la fuente de su conducta está dentro de ellas mismas en lugar de en algún control externo [...] La hipótesis, entonces, es que cualquier acontecimiento que socave el sentimiento de autonomía de las personas —que las deja sintiéndose controladas— debería disminuir su motivación intrínseca y muy probablemente tenga otras consecuencias negativas (Deci y Richard, 1996: 30-31).

En un capítulo posterior, llamado “La fuerza interna del desarrollo”, agrega:

La afirmación de que la integración es el rasgo central del desarrollo tiene varias ramificaciones. Engloba la idea que las personas son inherentemente proactivas e inclinadas a operar en su entorno para producir efectos, y en este proceso, aprender y crecer. Eso, por supuesto, es simplemente otra forma de decir que las personas están intrínsecamente motivadas. Pero en el principio de integración orgánica a también está contenida la idea que en la

⁶² Hay edición en español: ([1973] 1995), *El hombre autorrealizado. Hacia una psicología del ser*.

vida está implícita la tendencia a avanzar hacia una condición cada vez más compleja y organizada [...] Conceptos similares a lo que llamamos integración organísmica se pueden encontrar también en otras teorías [...] es muy parecido al principio de organización sostenido por Piaget como hipótesis, y muy similar a la afirmación de Rogers (y del compañero psicólogo humanista Abraham Maslow) de que hay una tendencia a la realización en las personas, lo que los lleva hacia una mayor armonía e integridad internas (Deci y Richard, 1996: 80-81).

En la dirección opuesta, he identificado al menos tres necesidades que no tienen (fuerte) asociación con las necesidades de Maslow. Estas las escribí en la última línea, etiquetada “rubros sin asociación clara con necesidades de Maslow”. No hay nada en Maslow que haya podido asociar claramente con la necesidad de identidad postulada por Fromm, aunque existe una asociación débil (anotada con los números 3 y 4 después de “identidad”) en el cuadro 4, primera parte) con las necesidades de estima y “Amor, afecto y pertenencia”. En Maccoby encontramos una necesidad casi totalmente solitaria: juego. Parecería que ni Fromm, ni Maslow, ni Deci-Ryan le dan importancia a la dimensión lúdica de la vida, al menos no como una necesidad humana. La leve asociación con las necesidades estéticas de Maslow la he anotado en el cuadro 4. Esto se explica por la afirmación de Maccoby de que en “sus formas más desarrolladas, el juego se fusiona con la maestría (dominio) para convertirse en trabajo creativo: la innovación que depende de la técnica disciplinada necesaria para expresar las intuiciones artísticas, científicas y económicas con belleza y elegancia” (Maccoby, 1988: 68). A pesar del hecho de que, como argumenté antes, he asociado el impulso-valor placer de Maccoby con las necesidades estéticas y fisiológicas en el esquema de Maslow, es evidente que al separar el placer como un rubro independiente, Maccoby le está dando una importancia que no está presente en los otros esquemas.

Por último, hay una ausencia total en el esquema de Maccoby, y una asociación muy ligera en Deci y Ryan (que ya he comentado) de una necesidad (o impulso-valor) relacionada con la autorrealización de Maslow y la trascendencia de Fromm. No está claro si Maccoby quería ser muy realista o si, debido a un problema de taxonomía, no incluyó el rubro autorrealización, cuya amplitud y consecuencias son de gran alcance.

En el cuadro 4, segunda parte, he hecho el mismo tipo de comparación (con el esquema de necesidades de Maslow) que en la primera parte, pero ahora con un grupo más heterogéneo de autores: Max Neef *et al*, Doyal-Gough, Nussbaum, Malinowsky y (la joven) Agnes Heller. Mientras Ian Gough y Manfred Max-Neef son economistas (no ortodoxos), Bronislaw Malinowsky era un antropólogo social, Len Doyal, Martha Nussbaum y Agnes Heller son filósofos.

CUADRO 4, SEGUNDA PARTE
Análisis comparativo de esquemas de necesidades (N)

Maslow (N básicas)	Max Neef <i>et al.</i> (N)	Doyal-Gough (N básicas e intermedias)	Nussbaum (capabilities)	Malinowsky (N básicas, biológicas)
Fisiológicas	Subsistencia	Nutrición, vivienda; entornos no peligrosos; cuidado de la salud; control natal; partos seguros; salud física.	Vida y salud corporal	Metabolismo, confort corporal y control de temperatura; Crecimiento; Cuidado de la salud (alivio de enfermedades) (Higiene)
Seguridad	Protección	Seguridad en la infancia*; seguridad física y económica; autonomía; salud física.	Integridad corporal	Seguridad (protección)
Amor, afecto y pertenencia	Afecto. Participación Identidad (4, F)	Seguridad en la infancia*; relaciones primarias; Autonomía*.	Emociones Afilación A* (sociabilidad); Control del medio ambiente*	
Estima (bases de la autoestima; reputación o estima de otros)	Identidad (3,F) Libertad	Autonomía*	Afilación B* (Bases sociales del respeto)	
Autorrealización	Creación*(D)	Autonomía crítica*	Sentidos, imaginación y pensamiento (D*)	
Cognitivas (saber y entender)	Entendimiento	Educación básica; Autonomía*	Sentidos, imaginación y pensamiento (D*) Razón práctica	Crecimiento (educación)*
Estéticas	Creación [Estética] *		Sentidos, imaginación y pensamiento (D*)	
Rubros sin clara asociación con necesidades de Maslow	Ocio; Identidad (3,4, F)		Juego; Control del medio ambiente *; Otras especies	Reproducción (parentesco); Crecimiento (socialización, cuidado)*; Movimiento; actividad

De los 5 autores agregados sólo Malinowsky deriva su esquema de una concepción de la “Esencia Humana”. En el capítulo VIII de *A Scientific Theory of Culture*, titulado “¿Qué es la naturaleza humana? Los fundamentos biológicos de la cultura”, dice que

tenemos que basar nuestra teoría de la cultura en el hecho de que todos los seres humanos pertenecen a una especie animal [...] Ninguna cultura puede continuar si el grupo no se repone de forma continua y normal. De lo contrario, obviamente, la cultura perecerá [...] Por lo tanto, se imponen ciertas condiciones mínimas a todos los grupos de seres humanos y a todos los organismos individuales dentro del grupo. Podemos definir el término “naturaleza humana” por el hecho de que todos los hombres tienen que comer, tienen que respirar, dormir, procrear y eliminar la materia de desecho de sus organismos, dondequiera que vivan y cualquiera sea el tipo de civilización que practiquen. Por naturaleza humana, por lo tanto, nos referimos al determinismo biológico que impone a cada civilización y a todos los individuos en ella la realización de funciones corporales tales como la respiración, el sueño, el descanso, la nutrición, la excreción y la reproducción. Podemos definir el concepto de necesidades básicas como las condiciones ambientales y biológicas que deben cumplirse para la supervivencia del individuo y del grupo. De hecho, la sobrevivencia de ambos requiere el mantenimiento de un mínimo de salud y energía vital necesaria para el desempeño de las tareas culturales, y de los números mínimos necesarios para prevenir la despoblación ([1944] 1960: 75-76).

Malinowsky continúa y afirma:

aunque se ha sugerido varias veces que ni siquiera la necesidad más simple, ni tampoco la función fisiológica puede considerarse completamente inafectada por la cultura”, existen “ciertas actividades determinadas biológicamente, por la física del medio ambiente y por la anatomía humana, que se incorporan invariablemente en cada tipo de civilización ([1944] 1960).

Malinowsky describe estas actividades como “secuencias vitales permanentes” incorporadas en todas las culturas. Para describirlas, distingue tres fases concatenadas: 1) impulso (en algunos casos apetito), determinado por el estado fisiológico del organismo; 2) el acto; y 3) satisfacción o resultado final. Por ejemplo, el apetito sexual conduce a la copulación y da lugar a satisfacción y detumescencia. Incluye 11 secuencias vitales permanentes que pueden enumerarse por el nombre del impulso: impulso a respirar; hambre, sed, apetito sexual; fatiga; inquietud; somnolencia; presión de la vejiga; presión del colon; susto; y dolor. Malinowsky afirma que las secuencias vitales están relacionadas con la cultura principalmente a través de la redefinición de los impulsos, y también por el hecho de que la satisfacción de un impulso, o como dirían algunos conductistas, el refuerzo de un impulso, es una constante psicológica y fisiológica que

controla el comportamiento humano a través de la amplia gama de actividades tradicionalmente determinadas. Plantea una tesis muy fuerte: “Podremos ver claramente que todas las vastas áreas de actividades culturales altamente complicadas y diferenciadas, tanto en niveles primitivos como en altamente desarrollados, están todas y cada uno relacionadas más o menos directamente con las secuencias vitales aquí enumeradas” ([1944] 1960: 81).

A partir de lo anterior, Malinowsky concluye, en el capítulo IX, que las secuencias vitales “constituyen puntos de cristalización para una serie de procesos culturales, productos y arreglos complejos, que se construyen alrededor de cada secuencia” y continúa examinando cómo los impulsos, actividades y satisfacción tienen lugar dentro de un entorno cultural. En cuanto al impulso, dice que es remodelado por la tradición en cada sociedad y que, aunque todavía aparece en su forma dinámica como impulso, es una forma modificada, conformada y determinada por la tradición. Da ejemplos de lo que podría llamarse respiración cultural (los requisitos de ventilación y temperaturas cambian entre países); hambre cultural (lo que se considera sabroso, admisible, ético, los tabúes sobre ciertos alimentos); sexualidad cultural (permitida con limitaciones y prohibiciones, y profundamente modificada por incursiones anatómicas como la circuncisión o la clitoridectomía). En resumen, dice, el impulso tan plástico y determinado por la tradición, como es inescapable e a largo plazo, porque está determinado por necesidades fisiológicas. Y concluye: “También vemos por qué los impulsos fisiológicos simples no pueden existir en condiciones de cultura” (Malinowsky [1944] 1960: 87). Esto lo ejemplifica con diversos impulsos, pero en comer y copular expresa adecuadamente lo que Marx llamó la humanización de las necesidades:

Comer, en condiciones de cultura, no es el mero recurso a los suministros ambientales, sino algo en que los seres humanos comparten alimentos preparados que, por regla general, se han acumulado y almacenado durante algún tiempo, y que invariablemente es el resultado de una actividad diferencial organizada de un grupo [...] Comer en común implica condiciones en cuanto a cantidad, hábito y maneras, y por lo tanto deriva una serie de reglas de comensalismo. La copulación en la especie humana no es un acto que se realice en cualquier lugar, de cualquier manera, sin tener en cuenta los sentimientos o reacciones de los demás. La copulación en público es, de hecho, extremadamente rara ([1944] 1960: 87-88).

A partir de argumentos como los citados, Malinowsky concluye: “Esto demuestra que en la conducta cultural no debemos olvidar la biología, pero no podemos quedarnos satisfechos sólo con el determinismo biológico” ([1944] 1960: 89) Esto lleva a Malinowsky a reemplazar los impulsos por motivos y luego los motivos por necesidades:

Vemos, por lo tanto, que la consideración escueta, meramente fisiológica incorporada en nuestro cuadro de secuencias vitales es un punto de partida necesario, pero no es suficiente cuando consideramos la manera en que el hombre satisface sus impulsos corporales en condiciones culturales. En primer lugar, está claro que, considerando como un todo un grupo humano organizado, una cultura y las personas que la ejercen conjuntamente, debemos considerar cada secuencia vital con referencia al individuo, al grupo organizado, a los valores tradicionales, las normas y las creencias, y también el entorno artificial en el que se satisfacen la mayoría de los impulsos. Sería mejor omitir el concepto de impulso en cualquier análisis de la conducta humana, a menos que entendamos que tenemos que usarlo de manera diferente a como se usa en psicología y fisiología animal. Dado que una diferenciación conceptual es siempre mejor diferenciarla terminológicamente, hablaremos de aquí en adelante de “motivos”, entendiendo por ello el impulso (ansia) tal como se le encuentra realmente en operación dentro de una cultura determinada. Tenemos, sin embargo, que reformular nuestro concepto de ese mínimo fisiológico, los límites dentro de los cuales se pueden modificar las motivaciones fisiológicas para que aún no lleven a la degeneración o despoblación orgánica a los miembros de una cultura. A diferencia del motivo, por lo tanto, hablamos de necesidades. Este término no se referirá a un organismo individual, sino a la comunidad y su cultura en su conjunto. Por necesidad, entonces, entiendo el sistema de condiciones en la organización humana, en el entorno cultural y en la relación de ambos con el entorno natural, que son suficientes y necesarios para la supervivencia del grupo y del organismo. Una necesidad, por lo tanto, es el conjunto limitante de hechos. Los hábitos y sus motivaciones, las respuestas aprendidas y los fundamentos de la organización, deben organizarse de tal manera que permitan satisfacer las necesidades básicas (Malinowsky [1944] 1960: 89-90).

Me he extendido en la descripción de la teoría de Malinowsky para mostrar dos cosas: el papel esencial que, según él, desempeñan las necesidades en la sociedad humana, y su limitado concepto de naturaleza humana de la cual están totalmente ausentes las dimensiones emocionales, y casi totalmente las cognitivas de los seres humanos.

Volviendo al cuadro 4, segunda parte, podemos observar que todos los autores incluidos consideran que las necesidades (o *capabilities*) identificadas son universales, lo que, por cierto, es una característica que no abordé en el análisis anterior. Todos los autores incluidos en la primera parte del cuadro también consideran las necesidades (o impulsos-valores, iv) planteadas como universales, aunque existe cierta ambigüedad en Maccoby y en Maslow. Maslow sostiene (en el “Prefacio a la teoría de la motivación”, de *Motivation and Personality* [1954] 1987: 3-14), mostrando que era muy consciente de la diferencia entre los fines (necesidades, aunque en el prefacio frecuentemente los llama deseos) y los medios (satisfactores), bajo el subtítulo “Carácter común de los deseos humanos”, que

ahora hay suficiente evidencia antropológica para indicar que los deseos fundamentales o definitivos de todos los seres humanos no difieren tanto como lo hacen sus deseos cotidianos concientes. La razón principal de esto es que dos culturas diferentes pueden proporcionar dos formas completamente diferentes de satisfacer un deseo particular, digamos, de autoestima. En una sociedad, uno logra la autoestima al ser un buen cazador; en otra sociedad al ser un gran curandero o un guerrero audaz [...] Puede ser que, si pensamos en definitivos, el deseo de un individuo de ser un buen cazador tenga la misma dinámica y el mismo objetivo fundamental que el deseo del otro individuo de ser un buen sanador [...] Aparentemente, los fines en sí mismos son mucho más universales que los caminos tomados para lograr esos fines, ya que estos caminos se determinan localmente en la cultura específica. Los seres humanos son más parecidos de lo que uno pensaría al principio (Maslow, [1954] 1987: 6).

Sin embargo, Maslow es muy cauteloso y evita plantear la universalidad total:

Nuestra clasificación de necesidades básicas es en parte un intento de explicar esta unidad que está detrás de la diversidad aparente de cultura a cultura. No se ha hecho ninguna afirmación aún de que tales necesidades sean definitivas o universales para todas las culturas. Sólo se afirma que son relativamente más definitivas, más universales, más básicas que los deseos concientes superficiales, y que constituye un enfoque más cercano a las características humanas comunes. Las necesidades básicas son más comunes entre la humanidad que los deseos o comportamientos superficiales ([1954] 1987: 28).

Max Neef *et al.*, Doyal-Gough, y Nussbaum también hacen afirmaciones sólidas y profundas sobre la universalidad. Doyal y Gough parten del concepto de daño grave del que derivan su concepto de necesidades universales. Pero explican que un punto de partida alternativo también podría ser la imagen más positiva del florecimiento humano fundamental.

Los argumentos más importantes a favor de la igualdad social se centran en la medida en que los humanos tienen el mismo potencial para ser dañados o florecer. Suponiendo que tal potencial existe, a menudo se argumenta que “es injusto” y, por lo tanto, malo, favorecer a un individuo o grupo en detrimento arbitrario de cualquier otro [...] [Lo anterior permite ver que] es posible identificar propósitos humanos objetivos y universales que los individuos deben alcanzar de alguna manera para poder optimizar sus oportunidades de vida: que todos los seres humanos tienen necesidades humanas básicas en estos términos (Doyal y Gough [1991] 1994: 2-3).

Como Maslow en las frases citadas anteriormente, Max Neef *et al.* Han identificado y distinguido, lo que Amartya Sen llama espacios analíticos. Ellos distinguen necesidades, satisfactores y bienes. Elaboran una con-

cepción matizada de la universalidad de las necesidades en la que éstas están sujetas a la evolución:

La forma en que las necesidades se expresan a través de los satisfactores varía de acuerdo con el período histórico y la cultura [...] Por lo tanto, los satisfactores son lo que hace que las necesidades sean históricas y culturales, y los bienes económicos son su manifestación material [...] Debido a la escasez de evidencia empírica, es imposible afirmar con absoluta certeza que las necesidades humanas fundamentales son histórica y culturalmente constantes. Sin embargo, no hay nada que nos impida hablar de su carácter socio-universal porque las personas de cualquier lugar quieren satisfacer sus necesidades. Al reflexionar sobre las nueve necesidades fundamentales propuestas en este libro [véase el cuadro 4, segunda parte] el sentido común, junto con cierta sensibilidad socio-cultural, seguramente apunta al hecho que las necesidades de Subsistencia, Protección, Afecto, Entendimiento, Participación, Ocio y Creación existe desde los orígenes del *Homo habilis* y, sin duda, desde la aparición del *Homo sapiens*. Probablemente, en una etapa posterior de la evolución, apareció la necesidad de “Identidad” y, en una fecha muy posterior, la de Libertad. De la misma manera, es probable que en el futuro la necesidad de Trascendencia, que no está incluida en nuestra propuesta, ya que todavía no la consideremos universal, se vuelva tan universal como las otras necesidades. Parece legítimo, entonces, suponer que las necesidades humanas fundamentales cambian con el ritmo de la evolución humana, es decir, a un ritmo muy lento. Por lo tanto, las necesidades humanas fundamentales no sólo son universales, sino que también están entrelazadas con la evolución de la especie. Siguen una sola pista [...] En resumen, quizás podamos decir que las necesidades humanas fundamentales son atributos esenciales relacionados con la evolución humana; los satisfactores son formas de ser, tener, hacer y estar relacionadas con la estructura, y los bienes económicos son objetos relacionados con momentos históricos particulares (Max Neef *et al.*, 1986: 27-28).

Martha Nussbaum expresa así su enfoque de *capabilities*:

La idea intuitiva detrás del enfoque es doble: primero, que ciertas funciones son particularmente centrales en la vida humana en el sentido de que su presencia o ausencia se entiende típicamente como una marca de la presencia o ausencia de vida humana; y segundo, —esto es lo que Marx encontró en Aristóteles— que hay algo que distingue hacer estas funciones de una manera verdaderamente humana, no simplemente animal. La idea central es la del ser humano como un ser libre, digno, que da forma a su propia vida en cooperación y reciprocidad con los demás, en lugar de ser pasivamente moldeado o empujado por el mundo a la manera de un animal de manada o rebaño. Una vida que es realmente humana es aquella que es constantemente conformada por los poderes humanos de razón práctica y sociabilidad. La idea de la digni-

dad humana tiene una amplia resonancia intercultural y un poder intuitivo” (2000: 71-72).

La idea de valores interculturales o valores universales es la base de la lista de *capabilities* humanas centrales de Nussbaum:

Creo que podemos llegar a una enumeración de los elementos centrales del funcionamiento verdaderamente humano que puede generar un amplio consenso intercultural. [...] esta lista de *capabilities* centrales... se ofrece [...] como una lista que puede ser respaldada con propósitos políticos, como la base moral de las garantías constitucionales centrales, por personas que, en otros sentidos, tienen puntos de vista muy diferentes sobre lo que sería una buena vida completa para un ser humano. (En parte porque la lista es una lista de *capabilities* u oportunidades de funcionamiento, en lugar de funciones realizadas) [...] aísla aquellas *capabilities* humanas que se puede argumentar, de manera convincente, son de importancia central en cualquier vida humana, cualquier otra cosa que la persona persiga o elija (2000: 74).

Pasando a la cuestión sobre la estructura del conjunto de necesidades postuladas por cada autor, sostuve, al analizar el primer grupo de autores, que es Maslow el que más explícitamente postuló un sistema de necesidades, y luego describí la (a veces reticente) jerarquía que también está presente en Fromm y Maccoby, así como algunas otras interacciones entre las necesidades o roles especiales de algunas de ellas en Deci y Ryan y en Maccoby. En el segundo grupo (segunda parte del cuadro 2) Max Neef *et al.*, conciben su propuesta también como un sistema de necesidades pues sostienen, en primer lugar, que “las necesidades humanas deben entenderse como un sistema: es decir, que todas las necesidades humanas están interrelacionadas e interactúan” (1986: p.); pero luego rechazan, parcialmente, la jerarquía de Maslow con argumentos similares a los implícitos en Fromm y Maccoby: “Con la única excepción de la necesidad de subsistencia, esto es permanecer vivo, no existen jerarquías dentro del sistema. Por el contrario, las simultaneidades, las complementariedades y las compensaciones son características del proceso de satisfacción de necesidades” (Max Neef *et al.*, 1986: 17). Sin embargo, esta interacción está restringida por la siguiente condición: “Se debe reconocer un umbral pre-sistémico, por debajo del cual un sentimiento de privación puede ser tan grave que el ansia de satisfacer la necesidad dada puede paralizar y eclipsar cualquier otro impulso o alternativa” (1986: 49). Agregan:

El caso de la subsistencia puede servir para ilustrar esto claramente. Cuando las posibilidades de satisfacer esta necesidad están gravemente debilitadas, todas las demás necesidades permanecen bloqueadas y prevalece un impulso único e intenso. Pero tal situación no sólo es cierta en el caso de la subsistencia. Es igualmente relevante para otras necesidades. Baste decir que la falta total

de afecto, o la pérdida de identidad puede llevar a las personas a extremos de autodestrucción (1986: 49-50).

Esto podría interpretarse como una versión modificada del esquema de Maslow. La idea de que algunas (no dicen que “todas”) de las otras necesidades (además de la subsistencia) pueden convertirse en una urgencia absoluta y bloquear todas las demás, no responde a la pregunta: ¿Qué sucede cuando todas las necesidades humanas están muy insatisfechas? Uno podría estar de acuerdo en que vivir en un campo de exterminio nazi era una condición de insatisfacción severa de todas las necesidades humanas. De modo que los testimonios de personas que vivieron en esa condición pueden servir como pautas para una respuesta a la pregunta anterior. Primo Levi escribió uno de los más conocidos testimonios de la vida en Auschwitz. En el capítulo VII de *Survival in Auschwitz* ([1958] 1996) dice:

Hoy es un buen día. Miramos a nuestro alrededor como ciegos que han recuperado la vista, y nos miramos unos a otros. Nunca nos hemos visto a la luz del sol: alguien sonrío. ¡Si no fuera por el hambre! Porque la naturaleza humana es tal que la pena y el dolor —incluso sufridos simultáneamente— no se suman como un todo en nuestra conciencia, sino que se esconden, los menores detrás de los mayores, de acuerdo con una ley de perspectiva definida [...]. Y si la causa más inmediata de estrés llega a su fin, uno se ve lamentablemente sorprendido al ver que otra causa se encuentra detrás y, en realidad, toda una serie de otras causas. Entonces, tan pronto como el frío, que durante todo el invierno había parecido nuestro único enemigo, había cesado, nos dimos cuenta de nuestra hambre; y repitiendo el mismo error, ahora decimos: “¡Si no fuera por el hambre! Pero, ¿cómo podría uno imaginar no tener hambre? El *lager* es hambre: nosotros mismos somos hambre, hambre viviente” (Levi, [1958] 1996: 73-74).

Veamos los consensos en el cuadro 4, segunda parte. Otra vez encontramos uno muy amplio en el hecho que todos los autores reconocen (en la mayoría de los casos varios rubros) asociados a las necesidades fisiológicas de Maslow. Tanto Malinowsky como Doyal-Gough presentan aquí el mayor detalle. Malinowsky, porque su concepción está casi completamente restringida a las necesidades biológicas, lo que surge marcadamente al señalar la ausencia total en su esquema de cualquier necesidad relacionada con las necesidades de Maslow 3, 4, 5 y 7. En el caso de Doyal y Gough, la razón es que he incluido lo que ellos llaman necesidades intermedias que, como explican, es un nombre menos torpe para las características universales de los satisfactores (que a su vez son “aquellas propiedades de bienes, servicios, actividades y relaciones que mejoran la salud física y la autonomía humana [las dos únicas necesidades básicas en su esquema] en todas las culturas” (Doyal y Gough [1991] 1994: 157). Excepto el

esquema de Agnes Heller, todos los otros esquemas tienen algún elemento relacionado con las necesidades de Seguridad. Esta ausencia, así como la de cualquier elemento relacionado con las necesidades de estima, en el esquema de Heller muestra el carácter no sistemático de su conceptualización. En las necesidades cognitivas también hay un consenso aparente, aunque formulado en términos muy diversos, desde el punto de vista más convencional, formulado como educación, hasta las formulaciones más profundas de Nussbaum: “Poder usar los sentidos, imaginar, pensar y razonar de una manera verdaderamente humana, una manera informada por una educación adecuada” (2000: 78-79) y Heller: “actividad cultural; actividad moral; y autorrealización en la objetivación” (1978: 171).

Los elementos en el esquema de Maslow con el nivel mínimo de consenso son las necesidades estéticas, donde he incluido sólo “sentidos, imaginación y pensamiento” de Nussbaum que tienen una asociación bastante débil. Maslow mismo presenta estas necesidades como algo que sólo está presente en algunas personas:

En algunos individuos existe una necesidad estética verdaderamente básica. Se enferman (de manera especial) por la fealdad, y se curan con entornos hermosos: ansían activamente, y sus ansias sólo pueden ser satisfechas por la belleza. [Pero agrega, haciéndola mucho más universal:] Se ve casi universalmente en niños sanos ([1954] 1987: 25).

Hay una cierta conexión, pero también una distancia importante, con la formulación de Nussbaum: “Ser capaz de usar la imaginación y el pensamiento en relación con sentir y producir obras y eventos auto-expresivos de propia elección, religiosos, literarios, musicales, etcétera” (2000: 79). También se encuentra un bajo nivel de consenso en las necesidades de estima, donde el único caso de afinidad cercana es la Afiliación B de Nussbaum (bases sociales del respeto que están directamente relacionadas con “reputación o estima de otros” de Maslow), que es evidente en la frase de ella “poder ser tratado como un ser digno cuyo valor es igual al de los demás”. La autonomía de Doyal y Gough se conecta con las necesidades de estima, especialmente porque Maslow incluye en las bases de la autoestima “independencia y libertad”. Este mismo argumento es válido, entonces, para la necesidad de Libertad de Max Neef. Los otros dos autores (Malinowsky y Heller) no tienen nada equivalente a las necesidades de estima. La autorrealización tiene su mayor coincidencia con dos rubros del esquema de Heller: la autorrealización en la objetivación y en la reflexión. Desafortunadamente, el texto de Heller es muy breve y prácticamente enumera las necesidades sin discutir las individualmente. Ella clasifica las necesidades en tres grupos (ver cuadro 4, segunda parte): 1. Necesidades existenciales (números 1, 2, 3, 4: nutrición, satisfacción sexual, contacto social, cooperación y actividad); 2. necesidades

propiamente humanas, no alienadas (números 5, 6, 7, 8, 9, 10, 11 y 12: tiempo libre, actividad cultural, juego (en adultos), reflexión o meditación, amistad, amor, autorrealización en la objetivación, y actividad moral; 3. necesidades propiamente humanas alienadas (número 13: dinero, poder, posesión de más y más bienes). Hace algunas observaciones interesantes en referencia a cada uno de los grupos. Con respecto a las necesidades existenciales, dice que son ontológicamente primarios ya que se basan en el instinto de conservación. Las necesidades propiamente humanas “se distinguen por el hecho de que en los deseos, en las intencionalidades dirigidas a sus objetos, el impulso natural no desempeña ningún papel”. Las necesidades propiamente humanas no alienadas tienen un carácter cualitativo. Su desarrollo no se distingue por una acumulación prácticamente infinita de objetos útiles, sino por la evolución de su multilateralidad a la que Marx se refirió como su “riqueza”. Por el contrario, agrega, las necesidades propiamente humanas alienadas tienen un carácter cuantitativo donde el proceso de acumulación es prácticamente infinito. Y señala un elemento muy importante: “la acumulación infinita inducida por necesidades cuantitativas (alienadas) sólo puede verse inhibida por el desarrollo de necesidades cualitativas, por su dominio progresivo” (Heller, 1978: 170-172). Habiendo explicado el esquema de Heller, y volviendo a la asociación entre su necesidad de “autorrealización en la objetivación” con la necesidad de autorrealización en Maslow, podemos comentar que Heller parece restringir la autorrealización a actividades que resultan en objetivaciones, pero hay caminos. A la autorrealización, como amar y ayudar, que no necesariamente resultan en objetivación, pero que son tan válidos como aquellos que llevan a la objetivación.

Finalmente, la línea inferior en el cuadro 4, segunda parte, que contiene las necesidades no coincidentes con ninguna necesidad del esquema de Maslow, incluye a todos los autores excepto Doyal-Gough, y el número de rubros es grande. Por un lado, podemos identificar aquellos que son idénticos a algunos incluidos en la primera parte del cuadro. Este es el caso del juego que encontramos en Maccoby y nos encontramos ahora en Nussbaum y Heller (aunque ésta sólo se refiere al juego entre adultos). Lo mismo sucede, aunque no tan claramente, en el caso del placer, que es un impulso-valor en la lista de Maccoby, pero no es una *capability* individualizada en la lista de Nussbaum, sino algo que ella ha incluido (al final) en sus *capability* “sentidos, imaginación y pensamiento”, cuando dice: “Ser capaz de tener experiencias placenteras y evitar el dolor innecesario” (2000: 79). Heller incluye en su lista, como necesidad existencial, satisfacción sexual. El hecho de que ella incluya la palabra satisfacción hace explícito el elemento de placer contenido. Así que a pesar del hecho de que originalmente había incluido este artículo de Heller sólo en el primer renglón que lo asociaba con las necesidades fisiológicas de Maslow,

ahora también lo he incluido en la última línea considerándolo en el mismo pie que el placer de Maccoby y “sentidos, imaginación y pensamiento” de Nussbaum. La lista de necesidades no coincidentes en la segunda parte del cuadro 4 también incluye Ocio e Identidad de Max Neef. La primera puede asociarse con “tiempo libre” de Heller. Aunque Identidad tiene una asociación débil con las necesidades 3 y 4 de Maslow (Amor, afecto y pertenencia; y necesidades de estima), también la he incluido en la lista de necesidades no coincidentes, como hice con el sentido de identidad de Fromm. De la lista de Nussbaum que he incluido en esta línea, control del medio ambiente (político y material), que se refiere básicamente a la participación electoral, los derechos de propiedad y la libertad de buscar empleo. Esta *capability* también tiene alguna asociación con las necesidades de amor, afecto y pertenencia de Maslow por motivos similares a mi inclusión (en el mismo renglón) de participación de Max-Neef. Sin embargo, la formulación de Maslow de la necesidad de pertenencia es más bien el sentimiento de ser parte de un grupo, la manada o el clan, pero no incluye la dimensión política y, mucho menos, la cuestión de la propiedad. La *capability* de Nussbaum otras especies, que ella describe como “Ser capaz de vivir con preocupación por, y en relación con, los animales, las plantas y el mundo de la naturaleza”, es algo completamente ausente en todos los otros esquemas. Esto refleja, en parte, el hecho de que, si bien muchos de los elementos incluidos en su lista son meros refraseos de necesidades, algunos están algo distantes de las necesidades. En el esquema de Malinowsky no pude hacer coincidir tres elementos con la lista de Maslow como se muestra en el cuadro 4, segunda parte. Reproducción es un elemento sorprendentemente ausente en (casi) todos los otros esquemas. Malinowsky lo enuncia claramente como una necesidad de la especie, como una condición ineludible para la existencia de la especie: “no nos interesa el impulso individual o el impulso del sexo, ni su realización en algún caso particular. Aquí estamos afirmando simplemente que la reproducción debe continuar de manera numéricamente lo suficientemente extensa como para reponer los números de la comunidad” (*A Scientific Theory of Culture* [1944] 1960: 92). En el sentido enunciado por Malinowsky, nadie más en ambas partes del cuadro 4 postula la reproducción como una necesidad. Nussbaum incluye “elección en materia reproductiva” bajo la *capability* “integridad corporal”; Maccoby reconoce la ausencia de este elemento en su lista: “reconozco que el impulso-valor de reproducir la especie se ha dejado fuera” (1988: 243), y Doyal-Gough postulan el “parto seguro” como una necesidad intermedia, pero la reproducción no está en su lista. También han excluido “sexo con otras personas” argumentando que no es un requerimiento para la autonomía y la salud para todas las personas. En una era en la que el mundo está poblado por 7 mil millones de personas, la subpoblación no parece

preocupar a nuestros autores, que no ven la necesidad de reproducción de la especie. Malinowsky también incluye crecimiento como una de las necesidades, pero en realidad se refiere (como se indica en el cuadro 4, segunda parte) a las condiciones impuestas en la cultura por el ciclo de vida de los seres humanos (crecimiento, madurez y decadencia). En particular, afirma que “ningún grupo podría sobrevivir ni su cultura durar si el bebé, inmediatamente después del nacimiento, fuera dejado a su suerte, como es el caso en muchas especies animales” ([1944] 1960: 93). La única referencia adicional a las necesidades por grupos de edad es la seguridad en la infancia propuesta por Doyal-Gough y ubicada en el renglón 2. Por último, tanto Malinowsky como Heller plantean la actividad una necesidad; el primero la ve como movimiento también y para la segunda es una necesidad existencial que el ser humano comparte con otras especies. Para Marx, la actividad, especialmente en la forma de trabajo, entendida como una actividad dirigida a la satisfacción de las necesidades a través de mediaciones, es la necesidad humana más importante: el hombre es un ser activo que satisface sus necesidades mediante el despliegue activo de sus capacidades (ver sección 2.3 *supra*). Agnes Heller incluye “el juego”, presente también en la lista de Nussbaum, así como en Maccoby, que es una forma específica de actividad y, según Fromm, manifiesta la presencia de energía excedente ([1947] 1990a: 186-187). El juego se asocia, por este hecho al concepto abstracto de movimiento o actividad en la lista de Malinowsky. Sin embargo, cuando Malinowsky describe esta necesidad y la respuesta cultural a la misma, la relaciona tanto con actividades útiles o “instrumentales” “sin acción muscular y sin una orientación definida del sistema nervioso, el hombre no logra nada” ([1944] 1960: 106) como con “actividades establecidas y organizadas, como deportes, juegos, bailes y festividades, donde una actividad muscular y nerviosa regulada y establecida se convierte en un fin en sí mismo”. Así que esta necesidad de Malinowsky no está lejos del juego o del trabajo (la necesidad humana central de acuerdo con Marx). Sin embargo, se debe tener en cuenta que la perspectiva de Malinowsky es mucho más estrecha que la adoptada por todos los demás autores.

Al abordar el esquema de Agnes Heller, no pude hacer coincidir tres necesidades de su lista con ninguna del esquema de Maslow: tiempo libre y dos ya mencionadas: juego (en adultos) y actividad. Las dos primeras las considera necesidades propiamente humanas no alienadas, y la tercera la considera una necesidad existencial, que para ella está asociada con el instinto de sobrevivencia.

2.8 Debate con Levitas y Leiss respecto a distinciones clave sobre necesidades humanas

Ruth Levitas, en su artículo “FloreCIMIENTO humano: ¿una agenda utopista?” (en adelante “Mirada utopista”), entre otras cosas, analiza, desde la perspectiva de los estudios utópicos, el manifiesto de la New Economics Foundation, titulado *A Well-being Manifesto for a Flourishing Society* (2004) (de aquí en adelante: el manifiesto). Concluye que el manifiesto es en algunos aspectos utópico en el mejor sentido de la expresión, en otros es utópico en el sentido despectivo, y en otros más ni siquiera alcanza a ser utópico, argumentando ampliamente cada una de estas caracterizaciones. Pasa entonces la autora a temas conceptuales de fondo. El manifiesto se apoya en las teorías de las necesidades de Maslow y Max Neef *et al.*, con las cuales Levitas está en desacuerdo. A partir de aquí aparecen diferencias importantes entre la concepción de Levitas y la mía, que pueden dar lugar a un esclarecedor debate que abordo a continuación. El primer contrapunto de Levitas es en relación con la postura del Manifiesto que sostiene que una vez que las necesidades básicas están satisfechas la ganancia material tiene poco impacto sobre el bienestar. Esta idea central para el igualitarismo (la igualdad es buena porque una unidad monetaria transferida de un rico a un pobre se traduce en mayor bienestar social y porque daría una base racional adicional para poner alto a la espiral producción consumo que tanto preocupan a Leiss y a Levitas) es rechazada por Levitas de la siguiente manera:

El problema esencial es que “las necesidades”, “las apetencias” (*wants*) y “las satisfacciones”, y las incompatibilidades entre ellas, son generadas socialmente [...] Leiss pone en duda la posibilidad de “distinguir entre necesidades y apetencias, o entre necesidades ‘reales’ y ‘falsas’”. Esto es porque [...] mientras la “distinción entre necesidades básicas y superiores” puede ser defendible a cierto nivel de abstracción, en la práctica “las necesidades y los satisfactores” funcionan como una formación histórica concreta, en la cual los medios para enfrentar las necesidades tienen en sí mismos un significado social. La “distinción entre necesidades básicas y superiores” se desvanece entonces en la práctica (2007b).

Note el lector cómo Levitas pasa de una distinción a otra en esta cita (he resaltado las distinciones con comillas): empieza con necesidades y apetencias, pasa a necesidades básicas y superiores, continúa con necesidades y satisfactores y termina con necesidades básicas y superiores. Pero antes de polemizar con Levitas, continuemos con su exposición. La autora sostiene que la bibliografía sobre felicidad y bienestar, lo mismo que la de pobreza, desarrollo y *capabilities*, casi no entran al registro utópico. Vuelve entonces a la idea que da título a su artículo:

la idea misma de florecimiento humano es una idea utópica, pero el ‘intento de imaginar la utopía, la sociedad en donde el florecimiento humano se torna posible, es necesariamente un fracaso. El proyecto de movilizar un concepto utópico dentro de los confines de una sociedad lejana de la utopía y marcada por la pobreza y la desigualdad, siempre enfrenta este problema (Levitas, 2003: 97-98).

Y añade que este problema está presente también en mi enfoque.

El meollo de la crítica de Levitas a mi enfoque se refiere a tres distinciones que yo asumo y que a ella le parecen problemáticas: la distinción entre necesidades bajas y superiores (tomada de Maslow), la distinción entre necesidades y apetencias (*wants*) y la distinción entre necesidades y satisfactores. Mi argumento que la segunda distinción es demostrable por el daño humano que se ocasiona cuando las necesidades, en oposición a las apetencias, no son satisfechas, recibió la siguiente réplica de Levitas:

Sin embargo, “si el daño se entiende como obstáculo al florecimiento humano” [lo cual yo no afirmo, aunque sería una posible forma de definirlo], “la distinción deviene otra vez problemática”. Empero, el hecho de que las necesidades básicas no estén satisfechas para la mayoría de la población en el mundo, necesariamente inhibe el florecimiento humano: superar la pobreza económica es condición necesaria, pero de ninguna manera suficiente para el florecimiento humano (2007b: 98-9).

El asunto de las distinciones lo discuto *infra*. La frase que he marcado entrecomillas queda vaga al no explicar la autora en qué sentido la distinción deviene problemática. A la crítica a la distinción de necesidades y apetencias se puede replicar, en un primer momento, de la siguiente manera: si en la frase citada de la autora reemplazamos necesidades por apetencias observaremos que pierde sentido: “el hecho de que las “apetencias” básicas no estén satisfechas para la mayoría de la población en el mundo necesariamente inhibe el florecimiento humano”. Además, el daño no sólo se puede entender como obstáculo al florecimiento humano, sino desde diversas perspectivas, pero la pérdida de la salud física y mental es la más obvia y contundente, y a la que se refieren Fromm, Maccoby, Maslow y Doyal-Gough.

La tesis de Levitas, apoyada en William Leiss ([1976] 1988) (*The Limits to Satisfaction. An Essay on the Problem of Needs & Commodities*), tiene su momento más fuerte en la frase: “en la práctica las necesidades y los satisfactores funcionan como una formación histórica concreta, en la cual los medios para enfrentar las necesidades tienen en sí mismos un significado social” (Levitas, 2003: 97). El argumento tiene dos aspectos. Primero, la afirmación que las “necesidades, las apetencias y las satisfacciones, y las incompatibilidades entre ellas, son generadas socialmente”.

Esto está relacionado con una idea sugerida, pero no desarrollada, por Max Neef *et al.*, sobre las relaciones entre necesidades, satisfactores y bienes.⁶³ Esta línea de razonamiento tiene como premisa la utilidad de la distinción analítica entre necesidades y satisfactores; de otra manera las dos frases de Levitas citadas en este párrafo carecerían de sentido. Una vez aceptada esta distinción el problema pasaría a ser el de analizar las relaciones entre ellos, como querían Max Neef *et al.* Una cosa es decir que los medios de satisfacer necesidades tienen un significado social y otra muy diferente que las necesidades y los satisfactores están completamente embrollados y no pueden distinguirse del todo (que no es posible distinguir el hambre de los alimentos). Un Cadillac es un satisfactor de la necesidad de transporte, pero “estar privado de poseer un Cadillac” es una frase sin sentido, mientras estar privado de transporte puede resultar mortal. Satisfactores de la misma necesidad son sustituibles entre sí (si uno no tiene un Cadillac puede usar un auto pequeño, el transporte público o una bicicleta), pero las necesidades no son sustituibles unas por otras. Si uno está enfermo y no puede llegar a la clínica puede resultar seriamente dañado. Ciertamente los medios de satisfacción son significativos en sí mismos pues se vuelven, como Veblen, Bourdieu y Baudrillard, entre otros, han mostrado, signos de distinción social y, por tanto, de pertenencia a cierta clase. Pero siguen siendo medios y pueden ser sustituidos unos con otros. En el texto de Levitas, la distinción entre necesidades y satisfactores se ha embrollado con la distinción entre necesidades bajas y superiores: inmediatamente después de sostener que en la práctica “las necesidades y los satisfactores operan como una formación histórica concreta”, la autora concluye: “La distinción entre necesidades básicas y superiores se desvanece entonces en la práctica”. Pero son dos distinciones diferentes y que deben mantenerse separadas. Sen reconoce la primera pero no la segunda distinción, mientras Maslow, autor de la segunda, no menciona la primera. La distinción entre necesidades y apetencias es esencial para imaginar o diseñar una sociedad futura. Estos argumentos se los envié a Levitas quien respondió señalando que

si bien el Cadillac es un buen ejemplo, uno más actual en el Reino Unido [y habría que añadir también en México] son las camionetas 4x4, monstruos contaminantes devoradores de gasolina, los que la gente “cree que necesita”

⁶³ A manera de ejemplo, véase lo que dicen Dicen Max Neef *et al.*: “Cuando la forma de producción y consumo de bienes conduce a erigir los bienes en fines en sí mismos, entonces la presunta satisfacción de una necesidad empaña las potencialidades de vivirla en toda su amplitud [...] la vida se pone, entonces, al servicio de los artefactos en vez de los artefactos al servicio de la vida. La pregunta por la calidad de la vida queda recubierta por la obsesión de incrementar la productividad de los medios” (1993: 51).

porque tienen que transportar muchas cosas y a los niños y si uno tiene un accidente con ellos, las probabilidades de que los niños se maten son menores (en el accidente, aunque puedan morir de asma por las emisiones del tráfico). El argumento es que “en la práctica un vehículo nunca es “sólo” un medio de transporte, sino que ocupa una posición mucho más compleja en la matriz de necesidades (transporte, seguridad, estatus) y satisfacciones”. El hilo central de mi argumentación se refiere a la distinción entre necesidades básicas/bajas y necesidades superiores, no a la separación analítica entre necesidades y satisfactores, de la cual admito haber pasado sobre ella sin mucho comentario. Hay aquí un desacuerdo sustantivo entre ambos sobre la relación entre necesidades y satisfactores. La implicación del argumento de Leiss —en el cual la distinción entre necesidades y apetencias es problematizada— es que al nivel concreto “las necesidades/apetencias son generadas en una relación dialéctica con los satisfactores”. No considero estar confundida sino sólo en desacuerdo contigo (Levitas, 2006: s/f).

Respecto a mi afirmación sobre el papel central de la distinción entre necesidades y apetencias para imaginar o diseñar una sociedad futura, Levitas contestó:

Aquí discrepo del tono inequívoco de la afirmación. Estoy de acuerdo y en desacuerdo. Es poco marxista por las razones establecidas en el primer y segundo párrafos del artículo.⁶⁴ Para visualizar una sociedad diferente, uno tiene que imaginar la posibilidad que las personas necesiten/apetezcan de otra manera y creer que ello es deseable. Pero uno tiene que entender también que esto involucra una reestructuración de todo el complejo de necesitar/apetecer (Levitas, 2006: s/f).

⁶⁴ De los contenidos de los dos primeros párrafos, me parece que dos son las ideas clave a las que (posiblemente) alude la autora: “Como Marx y los marxistas siempre lo entendieron, es imposible imaginarlo, porque no podemos prever ni cerrar anticipadamente (*foreclose*) las necesidades, deseos y capacidades de los seres humanos del futuro; no sabemos lo que ellos o nosotros podamos ser entonces” (Levitas, 2006: s/f). La segunda sería: “El intento de conceptualizar la utopía o el florecimiento humano en el presente, siempre y necesariamente conduce a estrechar y distorsionar estos conceptos, incluso cuando apuntan a algo que está más allá de ellos mismos. Resulta por ello esencial la separación de los registros de la existencia utópica y de la real, a fin de que los límites actuales de las ideas sobre el bienestar, y la necesidad de un cambio estructural radical como la condición del bienestar, sean enfocados más claramente” (Levitas, 2006: s/f). Ya declaré mi acuerdo con la segunda idea y estoy también de acuerdo con la primera. Pero el punto en discusión es de carácter metodológico y no sustantivo: si para delinear una sociedad futura requerimos o no distinguir necesidades de apetencias. Sin embargo, la idea de la “reestructuración de todo el complejo de necesitar/apetecer” podría entenderse como que todas nuestras categorías al respecto fueran invalidadas (Levitas, 2006: s/f).

Antes de comentar la respuesta de Levitas quiero hacer una aclaración. Ahora me percató que además de embrollar las distinciones entre necesidades/satisfactores y necesidades bajas/superiores, Levitas parece igualar esta última distinción con la de necesidades/apetencias. Como dije antes, son tres las distinciones en disputa: 1) necesidades-satisfactores, que es una distinción entre medios y fines, pero también entre sujeto necesitante y objeto satisfactor; 2) necesidades y apetencias, que es una distinción entre dos nociones cercanas que se pueden distinguir, al menos, de dos maneras: por su grado de cercanía a los extremos de lo indispensable o lo superfluo, o por el efecto que su insatisfacción produce: “desde grave daño hasta una pequeña frustración; 3) necesidades bajas y superiores, que “es una distinción exclusiva de la teoría de la jerarquía de necesidades de Maslow”.⁶⁵ Levitas fusiona las últimas dos distinciones, lo que puede explicarse porque describe la teoría de Maslow como si éste usase el par conceptual necesidades básicas/superiores en lugar de bajas/superiores (véase mi aclaración en la nota 10 del artículo de Levitas). Como las necesidades básicas se suelen oponer a las no básicas, la cercanía entre éstas y las apetencias lleva al resultado mencionado, ya que se traslada la distinción de Maslow del eje deficitario/crecimiento al eje indispensable/superfluo que, como hemos visto, es el que corresponde a la distinción necesidades/apetencias.⁶⁶ Al hacerlo así, la necesidad de autorrealización de Maslow, que expresa de otra manera el florecimiento humano, queda en calidad de apetencia. Levitas rechaza la validez de las dos primeras distinciones y utiliza la tercera como sinónimo de la segunda.

Volviendo a la respuesta de la autora de “Mirada utopista” he marcado entre comillas cuatro frases importantes. Cuando Ruth Levitas dice que la gente “cree que necesita” refiriéndose a las camionetas 4x4, está impli-

⁶⁵ Es probable que la afirmación en comillas sea, en rigor, falsa (aunque sea correcta en el contexto de la discusión con Levitas y Leiss), ya que J. P. Terrail señala lo siguiente refiriéndose a una obra de M. Halbwachs de 1912: “el estudio sucesivo de los efectos del nivel de ingresos y del tamaño de la familia sobre la organización del presupuesto familiar muestra la coherencia de los comportamientos de consumo obreros; su regularidad obliga a considerar la realidad social concreta de una escala de valores y de una jerarquía de las necesidades” (1977: 267). La famosa Ley de Engel, seguramente comprobada por Halbwachs sobre la proporción descendente del gasto en alimentos en el gasto total del hogar a medida que subimos en la escala de ingresos, está en el mismo registro. Esta ley se ha comprobado empíricamente en casi todo el mundo y en diferentes momentos del tiempo. Hay una jerarquía de necesidades que se expresa en la asignación de los presupuestos familiares. Además hay otras evidencias a favor de la jerarquía de necesidades. Véase al respecto el inciso 3.8.3 de “Ampliar la mirada”.

⁶⁶ Esta conjetura la he comprobado al leer el escrito de la autora citado en la siguiente nota: “Los problemas de definir la pobreza involucran las mismas distinciones [que el pensamiento utopista] entre ‘necesidades’ y ‘apetencias’, o ‘necesidades básicas’ y otras necesidades” (Levitas, 1984: 21-22).

cando que “hay algo objetivo en las necesidades que no necesariamente coincide con lo que la gente cree o percibe, con lo que quiere, con sus apetencias y, por tanto se está contradiciendo” y avalando implícitamente la distinción necesidades/apetencias. La segunda frase marcada en cursivas refleja en mi opinión una percepción certera, los bienes se ubican en la matriz completa de necesidades y pueden desempeñar varias funciones. La tercera frase es muy importante, es la frase que intenta responder a mi crítica sustantiva cuando sostengo que ambas distinciones (ahora sabemos que son tres) deben mantenerse separadas. En efecto, en la frase la autora logra poner juntos los términos necesidades/apetencias por un lado y satisfactores por el otro. Al parecer el argumento de Levitas (siguiendo a Leiss) es el siguiente: si necesidades/apetencias no es una distinción válida y si ‘ambas’ son generadas en una relación dialéctica con los satisfactores, podría entonces sostenerse que la distinción entre los tres términos deja de existir. Esto podría interpretarse irónicamente como que la apetencia por la crema para el cuello está tan incorporada en la crema que la distinción entre objeto y sujeto deja de existir, que la crema es la portadora de los impulsos. Pero resulta obvio que no puede haber “relación dialéctica” entre dos entes que no pueden distinguirse uno del otro. Marx no desaparece el valor o el valor de uso cuando establece entre ellos (y con su forma de manifestarse el primero, el valor de cambio) una intensísima relación dialéctica.

Para continuar nuestro diálogo, Ruth Levitas me envió un trabajo suyo “Need, Nature and Nowhere” (1984) en el cual expone con mayor detalle los argumentos de William Leiss en *The Limits of Satisfaction* ([1976] 1988).⁶⁷ Los siguientes extractos intentan sintetizar al máximo posible su exposición sin que sus argumentos pierdan fuerza. Para no interrumpirla, mis comentarios están expresados en pies de página (a veces muy largos).

Si tales necesidades [las básicas] pudiesen ser distinguidas, tendría sentido argumentar que la separación del pensamiento utópico respecto de la política práctica y de la ingeniería social, estimularía la exploración de aquellas necesidades y de los medios de satisfacción. Sin embargo, no estoy argumentando solamente que la experiencia de privación o que la percepción de las necesidades básicas, sean socialmente relativas; estoy más bien sosteniendo que no es posible definir un conjunto de necesidades humanas básicas a la satisfacción de las cuales, entonces, la utopía pueda diseñarse. El problema de distinguir necesidades básicas de otras, o necesidades de apetencias, ha sido mejor ex-

⁶⁷ Para fines de este texto decidí concentrarme en la lectura que Levitas hace de Leiss y no tanto las ideas de éste. La descripción detallada de las ideas de Leiss y la discusión con él, puede verla el lector en la serie de entregas semanales de *Economía Moral* en *La Jornada* iniciada el 5 de enero del 2007 con el título de “Los límites de la satisfacción”.

puesto por Leiss (1978);⁶⁸ esbozaré su argumento y pasaré a desarrollar sus implicaciones para el pensamiento utopista.

Leiss no niega que haya ciertas necesidades objetivas que pueden ser identificadas, tales como la necesidad de un mínimo de ingesta nutricional, condiciones apropiadas para retener o disipar calor corporal, y experiencias de socialización para mantener la cohesión de los animales sociales como el hombre (1978: 72). Pero no sólo son estas necesidades comunes a muchas especies y, por tanto, difícilmente definidoras de las necesidades humanas básicas,⁶⁹ sino que están expresadas a un nivel de abstracción que oscurece el problema. Expresadas de esta manera, podrían ser vistas como “naturales”, como las condiciones objetivas requeridas para la sobrevivencia del organismo. Sin embargo, la disputa sobre las necesidades “básicas” nunca ocurre a este nivel: el problema surge cuando éstas son trasladadas a necesidades de tipos particulares de alimentos, en cantidades específicas, con calidades específicas, y lo mismo para ropa [etcétera]. Los seres humanos nunca experimentan sus propias necesidades o las del prójimo al primer nivel de abstracción.⁷⁰ Éstas siempre son confrontadas en formas socialmente mediadas que especifican las necesidades de ciertos objetos concretos o procesos. Y porque las maneras socialmente prescritas de enfrentar las necesidades materiales⁷¹ también tienen significados simbólicos, uno no puede distinguir algunas necesidades, a este nivel menos abstracto, como más natural o básica.⁷² Así, no hay ningún aspecto

⁶⁸ La autora cita una edición distinta a la que yo cito. La edición que utiliza la autora es de 1978 y fue publicada por Marion Boyars en Londres.

⁶⁹ Las necesidades humanas constituyen un conjunto conformado por necesidades que compartimos con otras especies (aunque en nuestro caso las hemos humanizado, convirtiendo, por ejemplo la necesidad sexual en erotismo) y necesidades exclusivamente humanas. Por tanto, las primeras son también necesidades humanas.

⁷⁰ Si así fuese no existiría la palabra necesidad en ningún idioma, ni las palabras para necesidades específicas, ni los términos para las situaciones carenciales genéricas (privación, carencia, pobreza). La frase “tengo hambre” carecería de sentido. Leiss basa todo su elaborado discurso en las clases altas de los países desarrollados. “La conducta de la minoría opulenta en las naciones desarrolladas es vista en este ensayo como un “tipo ideal” del estilo de vida de alto consumo” (Leiss, [1976] 1988: 100) y por ello no quiere saber lo que es la visión del hambriento que Marx ha descrito con crudeza en la siguiente frase de los *Manuscritos de economía y filosofía*: “El sentido que es presa de la grosera necesidad práctica tiene sólo un sentido limitado. Para el hombre que muere de hambre no existe la forma humana de la comida, sino únicamente su abstracta existencia de comida: ésta bien podría presentarse en su forma más grosera, y sería imposible decir entonces en qué se distingue esta actividad para alimentarse de la actividad *animal* para alimentarse” (1968: 146).

⁷¹ Hay aquí un recorte inexplicable por el cual se excluyen las “necesidades no materiales”.

⁷² Es obvio que hay aquí un *non-sequitur*: el significado simbólico no elimina la naturaleza básica o no básica de una necesidad, es un asunto que está en otra dimensión. Para argumentar como lo hacen Leiss y Levitas se tendría que sostener: 1) que lo simbólico es la única característica de las necesidades; y 2) que en la dimensión simbólica todo es igualmente importante.

de nuestros requerimientos fisiológicos (las famosas necesidades de alimentos, refugio y así sucesivamente) que no hayan estado siempre inmersas en una rica tapicería de mediaciones simbólicas.⁷³ De igual manera lo que se llama las necesidades superiores —amor, estima, la búsqueda del conocimiento y la perfección espiritual— surgen también en el marco de una interpretación holística de necesidades⁷⁴ y no están separadas de los aspectos materiales de la existencia (Leiss, 1978: 75).

En otras palabras, la distinción entre naturaleza y cultura es inapropiada, puesto que no podemos experimentar la naturaleza excepto de una manera mediada por la cultura, y la interpretación de diferentes tipos de necesidades en un único sistema también nos impide construir órdenes jerárquicos de necesidades.⁷⁵

⁷³ El argumento de la nota 69 apunta en la dirección de que las mediaciones simbólicas desaparecen en la presencia aguda de hambre, frío, etcétera. Al respecto *Los olvidados* de Luis Buñuel, *La peste* de Camus y las películas de Akira Kurosawa (*Sueños* y *Dersu Uzala*, por ejemplo) son “evidencias” concurrentes con la cita de Marx.

⁷⁴ Si aceptamos, con David Wiggins (*Needs, Values, Truth. Essays in the Philosophy of Value*), ([1987] 2002) que necesitar no es un verbo intencional, también tendremos que suponer que no es necesariamente conciente. En este contexto, afirmar que las necesidades superiores surgen en el marco de una interpretación holística de las necesidades, está totalmente fuera de lugar: las necesidades no son el resultado de actividades intelectuales como la interpretación, sino que tienen un origen más profundo. Sin embargo, no es esta la opinión de Leiss, quien ha dicho que en todas las sociedades, “los hombres y la mujeres interpretan colectivamente, reflexionan sobre, e integran aquellos impulsos que de otra manera serían espontáneos y que normalmente llamamos la lucha por la preservación de la especie. Los impulsos son mediados y transformados por las formas culturales en necesidades, esto es, expresiones concientes de deseos que quedan congelados en los patrones de socialización transmitidos de generación en generación” (Leiss [1976] 1988: 51). Con esta concepción de necesidades no es extraño que no las distinga de apetencias o deseos.

⁷⁵ Aunque la expresión “mediaciones simbólicas” no es muy clara (por lo menos para mí), puede interpretarse como un concepto paralelo en algunos sentidos al de “humanización de las necesidades biológicas” desarrollado por Marx, elaborado por Márkus y que yo he adoptado desde hace muchos años. En esta concepción, sin embargo, se distinguen las necesidades biológicas humanizadas de las necesidades humanas sin raíz biológica, como las necesidades estéticas, las religiosas y, al menos en mi opinión, las necesidades de estima y de autorrealización. Me parece que la afirmación que la distinción entre naturaleza y cultura es inapropiada e insostenible. Note el lector en el texto de Levitas que antes de la cita de Leiss iguala necesidades más naturales a necesidades más básicas, por lo cual el rechazo a la distinción natural/cultural está orientada a rechazar la distinción entre necesidades básicas y no básicas (y, por tanto, como hemos visto, entre necesidades y apetencias). Parece conveniente dar un rodeo para aclarar el concepto de distinción al contrastarlo con el de dicotomía. Hilary Putnam (2002) en su ataque a la dicotomía hechos/valores ha considerado necesario “explicar las diferencias entre una distinción ordinaria y una dicotomía metafísica” (2002: 60): “Cuando la distinción se vuelve una dicotomía —quizás debería haber usado el término de John Dewey, dualismo —típicamente se hace acompañar por un conjunto altamente contencioso de aseveraciones metafísicas” (2000: 61). Algunas de las afirmaciones de Leiss y Levitas quizás harían sentido si se refirieran a dicotomías o dualidades, pero en mi opinión

Aún más, Leiss argumenta que los complejos sistemas de necesidades se desarrollan en interacción con los medios para su satisfacción. Esto no se contradice por el hecho que los utopistas frecuentemente incluyan medios para la satisfacción de necesidades que no existen [...]. (Leiss, 1978: 77) argumenta que “la tendencia general de la economía de mercado de hoy es [...] orientar las necesidades enteramente hacia mercancías”. La proliferación de mercancías para la satisfacción de las necesidades produce su refinamiento o fragmentación [...] La especialización crea un problema [...] pero no es [...] un problema de la creación de falsas necesidades [...] Más bien, resulta un estado de confusión por la dificultad de “determinar la adecuación de los objetos producidos para los requerimientos de las necesidades” (Leiss, 1978: 95). Para identificar el producto precisamente correcto para satisfacer una necesidad específica se requiere una cantidad inmensa de conocimientos, tiempo y energía.⁷⁶

no lo tienen al estar formuladas en términos de distinciones. Una de las características de las dicotomías (cuyos términos se conciben como agudamente distintos y casi siempre como opuestos) es que no toleran la existencia de términos que compartan rasgos de ambos opuestos o que no se puedan clasificar en ellos. Esto es lo que ilustra Putnam en el capítulo I de su libro con la dicotomía entre juicios sintéticos (o falsificables) y analíticos (verdaderos o falsos de acuerdo con la lógica). Todo lo que no cabe en alguna de estas categorías es enviado por los positivistas lógicos a una tercera categoría, la de los juicios cognitivamente insignificantes. Putnam observa que una de las diferencias entre una distinción ordinaria y una dicotomía metafísica es que las primeras tienen rangos de aplicación y uno no se sorprende si descubre que no siempre son aplicables. Sostiene que es válido distinguir entre hechos y valores pero es inválido postularlos como una dicotomía. Aplicando esta lección al campo que nos ocupa, podemos afirmar que los autores que respaldamos la validez de las diferencias entre necesidades y apetencias, y entre necesidades y satisfactores, las concebimos como distinciones simples y no como dicotomías. Uno de los argumentos de Leiss para intentar demoler la distinción necesidades/apetencias es atacar el extremo más obvio de los requerimientos fisiológicos de alimentos, refugio, etcétera. Para ello pone el ejemplo de la novela anti-utópica *We* en la cual el único alimento es un derivado del petróleo, y la vivienda es un pequeño cubículo con paredes de vidrio igualmente amueblado para todos. “Las ‘necesidades’ de todos son de esta manera satisfechas, dice Leiss, y el condicionamiento a lo largo de toda la vida asegura que no surjan apetencias que puedan trascender la esfera de las necesidades” (Leiss, [1976] 1988: 62). Si éste fuese un método válido podríamos aplicarlo para demoler la distinción pobres/no pobres utilizando como caricatura (tristemente real) la línea de pobreza del Banco Mundial que, en el mejor de los casos permite la adquisición de una dieta casi tan monótona (aunque quizás no tan repulsiva) como la de *We*, pero no permite satisfacer ninguna otra necesidad. La reducción al absurdo es en ambos casos la misma. Lo que sin duda logra la línea de pobreza del Banco Mundial es desacreditar el concepto de pobreza, como *We* logra desacreditar el concepto de necesidades. Pero las malas aplicaciones de un concepto no lo hacen desaparecer. citar la novela

⁷⁶ En el análisis que he realizado en mi columna *Economía Moral, La Jornada*, del libro de Leiss, he señalado, por lo que se refiere a la confusión del consumidor contemporáneo, entre otras cosas, lo siguiente: “Los anteriores problemas (la inadecuación del conocimiento individual sobre los bienes, el peligro de daños personales físicos y psicológicos derivados de su uso, y la escasez creciente de tiempo para el consumo ante la masa creciente de bienes) dice Leiss, dan lugar a la confusión de los individuos acerca de la naturaleza y objetivos

La mayor parte de los escritores utopistas se involucran con la satisfacción de las necesidades. La buena sociedad es aquella en la cual las necesidades verdaderas son satisfechas y que no permite la intrusión de “falsas” necesidades que creen insatisfacción [...]. En alguna medida al menos, la ansiedad sobre la manera en que las sociedades ficticias, utópicas o antiutópicas, crean miembros que no experimentan necesidades que la sociedad no puede enfrentar, está fuera de lugar. Tanto la noción de manipulación como la de “educación del deseo”, implica un núcleo de necesidades/apetencias que trasciende el contexto social y que, si no se distorsiona o reprime, puede usarse como poder transformador.

La razón de esto es que parecemos estar enfrentados a un serio dilema. O bien afirmamos la existencia de necesidades humanas básicas o bien parecemos carecer de criterios para evaluar sociedades más allá del grado de ajuste que logran entre necesidades que ellas mismas construyen y los medios que proveen para su satisfacción. La última postura se percibe intuitivamente como insatisfactoria. Sin embargo, el dilema está mal planteado. La apelación a las necesidades es ideológica en la medida en que la atribución de naturalidad es usada para evitar, disfrazar o negar la necesidad de elegir entre formas de organización social con base en valores, en oposición a una medición objetiva de su virtud.⁷⁷

de sus apetencias que no puede ser explicada solamente por la influencia de la publicidad, aunque ésta constituye un factor decisivo. Las imágenes utilizadas en la construcción de los mensajes publicitarios con frecuencia incorporan un conjunto de ambigüedades acerca de las apetencias y sus objetivos, dice Leiss. Es evidente que este autor percibe como sumamente débiles a los individuos y como muy poderosa a la publicidad. Como riesgo psicológico central, Leiss sostiene que “cada aspecto de las necesidades de una persona tiende a fragmentarse en partes componentes cada vez más pequeñas, y que por tanto se vuelve cada vez más difícil para la persona integrar los componentes en un conjunto coherente de necesidades y una estructura de personalidad coherente”. (*Economía moral*, 2007a: entregas del 5 de enero al 2 de marzo). Ejemplifica esta fragmentación con la necesidad de respeto propio, para responder a la cual los individuos cultivan ciertas disposiciones internas o rasgos de personalidad y también ajustan su apariencia externa de acuerdo con cambiantes normas sociales. Aquí Leiss parece asumir como el comportamiento humano normal lo que Fromm ha llamado el carácter mercantil y que caracteriza en los siguientes términos: “La orientación del carácter que está enraizada en la vivencia de uno mismo como mercancía y del valor propio como valor de cambio” ([1976] 1988). Fromm considera este carácter como la deformación más grave que en la personalidad humana causa el capitalismo. Como la personificación de la alienación misma. Leiss, en cambio, parece asumir ese consumidor de manera acrítica. Además supone que todos los individuos reaccionan así, mientras para Fromm sólo reaccionan así las personas dominadas por el carácter mercantil que no son la mayoría. Quien tiene un propósito vital claro usa las mercancías como apoyo para lograrlo y no estará ansiosamente tratando de captar cuáles son ahora los gustos sociales para adaptarse a ellos en su búsqueda de aprobación.

⁷⁷ Hay aquí un planteamiento muy importante sobre la relación entre necesidades y valores, sobre el cual habría mucho que discutir. Levitas tiene razón al decir que para huir

Las utopías hacen afirmaciones sobre las necesidades en el sentido de traducir a términos concretos necesidades físicas y de sobrevivencia abstractas y de postular otras necesidades (sociabilidad [*conviviality*], creatividad, autorrealización); y hacen afirmaciones acerca de la mejor manera de satisfacer estas necesidades. Al hacerlo, sin embargo, no proceden, y no deben hacerlo, de los elementos biológicos dados a las “necesidades” y a las “satisfacciones”. Hacer eso sería “tratar como secundarias las necesidades emocionales y simbólicas, adoptar una jerarquía precisamente en la manera en la que Leiss ha argumentado que resulta inapropiado por la entremezcla de las esferas materiales

de los juicios de valor muchos autores se refugian en la naturalidad de las necesidades, como ocurre con la socio-biología que ella critica con dureza en el trabajo que venimos citando. La discusión remite, por una parte, a la naturaleza de las necesidades. Necesidad es un concepto tanto empírico como normativo, donde ambos elementos están embrollados. El concepto de daño que resulta de la insatisfacción es evidentemente empírico, pero de un empírico embrollado. Por ejemplo, para observar las neurosis y psicosis que resultan de la insatisfacción temprana de ciertas necesidades se requiere una mezcla de evaluación y descripción”. Es decir, que según esta concepción, la relación entre necesidades y valores es una relación interna al propio concepto de necesidades. En varias teorías de las necesidades se ratifica. Doyal y Gough rechazan la concepción de las necesidades como impulsos y adoptan la de propósitos. Maccoby ha formulado su concepción de las necesidades sin usar este término sino el de impulsos-valores, relacionada con la concepción de Max Neef *et al.* que han dicho que “las necesidades patentizan la tensión constante de los seres humanos entre carencia y potencia”. Maccoby ha dicho que “Un enunciado de necesidad siempre puede transformarse en un enunciado de valor. Si yo digo ‘necesito algo’, pregúntenme qué pasará si no lo consigo. La respuesta me sentiré solitario, menos capaz, humillado, describe un valor: sociabilidad, maestría, dignidad. Incluso lo inevitable (*necessity*) (necesito sobrevivir) expresa el valor universal de la vida” (Maccoby, 1988: 56). Para Levitas parecería que los valores pueden estar al margen de las necesidades, que pueden postular incluso la negación o represión de las necesidades y, aunque ello ha ocurrido históricamente en muchas sociedades, particularmente con la necesidad sexual, *la postura de Maslow y de Fromm es siempre la de unir valores y necesidades*. Pero el planteamiento más consistente es el de Márkus quien después de sostener la que habría de convertirse en idea clave de “Ampliar la mirada” —que el “Principal criterio de desarrollo histórico es para Marx la medida en la cual se constituyen los *presupuestos* de un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas, capacidades y necesidades, y del despliegue de la individualidad humana libre, multilateral, o sea la medida en la cual se actúan esos presupuestos, la medida en la cual se realiza el “ser humano” [la esencia humana] en la existencia individual concreta”— expone una concepción radical de los valores: “Sólo así es posible estimar de un modo universalmente válido, y al mismo tiempo ético-axiológico, las varias épocas y manifestaciones de la historia, no sobre la base de un orden axiológico suprahistórico, trascendente, sino de acuerdo con una caracterización objetiva, histórico-inmanente —y al mismo tiempo universalmente válida— de la evolución humana. Marx considera valores humanos los momentos de la evolución humana que expresan y promueven subjetiva u objetivamente ese despliegue y esa realización del ser humano” ([1973] 1985, pp. 97-8). Los valores del florecimiento humano son el desarrollo y satisfacción de necesidades y el desarrollo y aplicación de capacidades. Los valores están inextricablemente unidos al desarrollo de las fuerzas esenciales humanas.

y simbólicas de la cultura humana”;⁷⁸ y haría un sin sentido la frecuencia con la cual los individuos y los grupos eligen dejar de lado la seguridad, la comodidad o la sobrevivencia física por el interés del altruismo o del respeto propio.⁷⁹

Aquí termina el texto extractado de Levitas. Mis observaciones en las notas al pie de página expresan el diálogo con la autora. Es un diálogo amistoso, pero duro. Lo que está en juego es muy importante. Aunque Levitas, como Leiss, no rechazan el concepto de necesidades humanas del todo, si rechazan su carácter universal e igualan necesidades y apetencias. Coincido plenamente con Doyal y Gough, quienes en su férrea batalla en defensa de las necesidades humanas universales han dicho que el rechazo de la existencia de necesidades humanas comunes, y

la creciente consideración de las necesidades humanas como concepto subjetivo y culturalmente relativo [constituye una] creencia que ha contribuido al predominio intelectual de la nueva derecha. Porque si la noción de necesidades huma-

⁷⁸ Dada la identificación incorrecta que hace Levitas de las necesidades inferiores de Maslow (a quien se refiere Leiss) como básicas (y naturales) y las superiores como no básicas (y no naturales), se explica el texto entre comillas. Para Maslow las necesidades superiores no son secundarias en una escala axiológica; por el contrario son las que distinguen al ser humano de las otras especies. Pero son menos prepotentes en el sentido que una persona con todas las necesidades insatisfechas quedará dominada por las necesidades bajas, las fisiológicas y las de seguridad.

⁷⁹ A una crítica muy similar de Len Doyal e Ian Gough a Maslow (que dice que los alpinistas parecen más preocupados por su autorrealización que por su seguridad, lo que haría falsa la supuesta secuencia temporal estricta de la jerarquía) (1991: 35-36) contesté de la siguiente manera en “Ampliar la mirada”: “el ejemplo usado (del alpinista) conlleva una falacia. Los escaladores de montaña no son personas que vivan con la necesidad de seguridad insatisfecha permanentemente. No son espías en territorio enemigo. Cuando escalan, pagan el precio de la inseguridad para llevar a cabo la actividad en la que se sienten felices o realizados, lo cual en mi opinión es una cuestión distinta” (Boltvinik, [2005] 2006: 118). Me parece que es el mismo caso del que, por razones religiosas o de salud, ayuna. En ambos casos se deja insatisfecha voluntariamente y de manera temporal una necesidad inferior (alimentación, seguridad) para alcanzar otra que puede ser superior. En una sección de *Motivation and Personality* sobre las excepciones a la jerarquía de necesidades, Maslow se anticipó a ésta y a otras críticas. De mi relato de este asunto en “Ampliar la mirada” son las siguientes frases (lo entrecomillado son palabras textuales de Maslow): “Tendemos a subvaluar las necesidades siempre satisfechas, lo que lleva a algunos a ponerlas en riesgo en defensa de necesidades más elevadas. Sin embargo, la experiencia puede revalorar las necesidades más prepotentes”. Maslow da un ejemplo hipotético: “un hombre que ha renunciado a su trabajo por conservar el respeto a sí mismo, y que pasa hambre por seis meses, puede estar dispuesto a volver a su trabajo aun al precio de perder su autorespeto”. “La tesis de la jerarquía ha sido enunciada en términos de deseos conscientemente percibidos y no en términos de conducta”. Lo que he sostenido, señala Maslow, es que “la persona carenciada en dos necesidades básicas querrá, deseará, la más prepotente. Muchas reversiones aparentes de la jerarquía, que se observan en la conducta, no necesariamente lo son en los deseos. ya que en la conducta influyen otros factores” ([1954] 1987: 26-27).

nas objetivas carece de fundamento, entonces ¿qué alternativa queda sino creer que los individuos saben mejor que nadie lo que es mejor para ellos mismos y alentarlos a perseguir sus propias metas subjetivas o preferencias? ¿Y qué mejor mecanismo hay para ello que el mercado? El desplazamiento de las necesidades a las preferencias permite justificar plenamente el dominio del mercado sobre la política (Doyal y Gough [1991] 1994: 1-2).

2.9 Anexo al capítulo II

Agnes Heller y la teoría marxista de los valores

Heller (*Hipótesis para una teoría marxista de los valores*) dice:

Consideramos probado que, partiendo de la concepción ontológico-social de Marx, no es posible realizar una “derivación” empírica del valor. Ahora vamos a estudiar si hay para Marx algún valor universal, algún valor básico (aunque Marx mismo no lo llame valor), del que resulte axiológicamente derivable toda posición de valores particulares para Marx. [Y continúa]:

Afirmamos que en la obra de Marx se dan axiomas axiológicos universales de los que se derivan axiológicamente todos los valores y todos los juicios de valor que él acepta. Se trata fundamentalmente de una categoría ontológica primaria (no derivable empíricamente de otras cosas): la “categoría riqueza”. “Riqueza” es el despliegue multilateral de las fuerzas esenciales de la especie.

El primer axioma axiológico marxiano dice: Es valor todo lo que contribuye al enriquecimiento de las fuerzas esenciales específicas [especie-fijas], todo lo que las promueve.

Segundo axioma axiológico: El valor supremo es la circunstancia de que los individuos puedan apropiarse la riqueza específica, la riqueza de la especie.

De hecho, Marx deriva todo valor de esos dos axiomas axiológicos. Así, por ejemplo, el núcleo de todas las críticas que Marx dirige a las sociedades basadas en comunidades naturales es que en ellas no es finalidad la riqueza (la comunidad natural persigue objetivos limitados), razón por la cual el individuo primitivo es mezquino (Marx, 1972). Pero, dentro del campo de esas sociedades de base natural, Marx estima altamente la formación (helénica antigua) en la que los individuos (excepto esclavos y metecos) pudieron apropiarse el grado dado de riqueza. Esto es lo que motiva su reconocimiento de la *polis* helénica como infancia “normal” de la humanidad.

Para el análisis de las fuerzas esenciales cuyo despliegue constituye la riqueza, Heller dice que se remite al libro de György Márkus, *Marxismo y Antropología*, pero en mi opinión (Julio Boltvinik) lo interpreta mal por-

que identifica los momentos del ser genérico o esencia específica humana (socialidad, trabajo, libertad, conciencia y universalidad) como las fuerzas esenciales del ser humano. El supuesto de Marx es que esas cualidades son las que distinguen al hombre como ser genérico, del animal. El hombre entra en la historia con esas categorías como *dynamis*. Como ninguna especie ni ninguna formación (?) puede desplegar sino su propia *dynamis*, tampoco la humanidad puede realizar más que sus propias posibilidades. En la medida en que despliegue su propia *dynamis*, la especie humana desarrollará precisamente aquellas energías o fuerzas esenciales. —Aquí se pone en evidencia el error de interpretación de Heller, porque los momentos de la esencia humana no pueden verse como energías—. Heller añade que la diferencia entre el hombre y los demás animales se puede describir también, con sentido, mediante otros factores. Así, pues, la interpretación de las energías humanas esenciales es, en el caso de Marx, también una decisión axiológica. En esta medida, la riqueza como axioma axiológico es a la vez y con igual intensidad *a priori* y *a posteriori*.

SEGUNDA PARTE

EL NUEVO ENFOQUE
DE POBREZA Y FLORECIMIENTO HUMANO
Y RETOS PARA SU DESARROLLO



3. UNA VISIÓN SINTÉTICA DE MI NUEVO ENFOQUE SOBRE LA POBREZA Y EL FLORECIMIENTO HUMANO

3.1 Introducción

Los argumentos esgrimidos a lo largo de los dos capítulos previos, me han llevado a adoptar una visión del florecimiento humano como desarrollo de las capacidades y necesidades humanas, entendidas como una unidad interactiva del lado pasivo y el activo del ser humano. He mostrado, apoyándome en Marx-Márkus, Wiggins, Doyal y Gough, Max Neef *et al.*, Maslow, Fromm, Nussbaum, Deci-Ryan, Malinowsky y Heller, que el concepto de necesidad humana es esencial para entender nuestra especie y para poder evaluar nuestra situación. Esta reflexión ha fortalecido mi convicción que las necesidades humanas son un concepto irremplazable. Que no pueden ser sustituidos por deseos, preferencias, *capabilities* o *functionings*. He aprendido también que el ser humano necesita ir más allá de la satisfacción de sus necesidades deficitarias. Que para el florecimiento humano, para que la persona realice lo que potencialmente es, la satisfacción de las necesidades deficitarias es condición necesaria, pero no suficiente. Que se requiere que, a través del trabajo o del amor, o de los dos, la persona realice lo que potencialmente es como ser humano, como ser que comparte la esencia de la especie: su potencial de universalidad, de libertad, de creatividad, de conciencia.

La pobreza económica es sólo el primer obstáculo a vencer para que ello sea posible. Pero es un obstáculo que la inmensa mayoría de los habitantes del planeta no ha superado hoy. Después hay muchos obstáculos más, el más importante de los cuales es la alienación. Si lo único que posee la inmensa mayoría de las personas del planeta, que es su propio cuerpo y mente, con las capacidades y conocimientos, pocos o muchos, que hayan podido desarrollar, lo tienen que vender para sobrevivir. Si lo único que posee la persona lo usa alguien más por 8 o más horas diarias, ¿qué es la persona? Si en ese uso que otro hace de sus capacidades humanas, la persona no se siente realizada, no siente sus fuerzas esenciales transfor-

mando al mundo y transformándose a sí mismas; si sólo siente cansancio y tedio, si siente el producto del trabajo como algo ajeno y es, en efecto, ajeno, ya que pertenece al capital, qué sentido tiene que la paga recibida sea suficiente para sobrevivir, si al día siguiente, y al año siguiente, será igual. Esto es lo que Marx llamó la alienación. La pobreza y la alienación son los dos obstáculos fundamentales para el florecimiento humano.

La esperanza de muchos seres humanos, que viven para sobrevivir, está fincada en el tiempo libre. Huyendo del trabajo que se hace para sobrevivir, piensan como Luis Buñuel cuando hacía las películas que llamó alimenticias, o como Kafka, que escribía en el tiempo libre que le dejaba un trabajo que odiaba, que en el tiempo libre podrán hacer lo que siempre han querido hacer o convertirse en lo que siempre han querido ser. La mayoría, sin embargo, termina desperdiciando ese valioso tiempo libre frente al televisor viendo programas chatarra o, en su celular, chismes irrelevantes en las redes sociales que pauperizan su intelecto.

Las reflexiones anteriores resaltan la importancia de “ampliar la mirada”. Ésta es la lección más importante de la compleja investigación involucrada en la primera parte de esta tesis. He concluido, por ejemplo, que abordar directamente el eje del nivel de vida es un error, ya que no nos permite, ni siquiera, conocer correctamente los requerimientos económicos que se derivan de las necesidades de los seres humanos, porque no sabemos, habiendo empezado por donde empezamos, cuáles son las necesidades humanas. ¿Cómo vamos a definir el umbral de pobreza si ni siquiera sabemos lo que necesitan los seres humanos? No es extraño, por ello, que cada vez más los procedimientos para definir ese umbral sean el reflejo de la arbitrariedad total: así es en el Banco Mundial, y así es en la OECD y en la Unión Europea. En estas últimas dos instituciones la arbitrariedad toma la forma de definir como línea de pobreza una proporción de la media o de la mediana del ingreso de los hogares. Quienes han huido del reto que significa conocer, entender y medir la pobreza, no tienen otra opción que seguir un camino así.

La reflexión emprendida en la primera parte de la tesis, me ha hecho pensar que el factor individual que más frena el desarrollo de esta línea de investigación, en la academia, es el temor de los investigadores a ser descalificados por haberse atrevido a incorporar juicios normativos en su análisis. A pesar de estar conceptualmente derrotado, el positivismo lógico sigue dominando el quehacer científico en ciencias sociales. Además, el dominio que los economistas ejercen en el tema de la pobreza lo ha pauperizado. Los economistas son quizás los profesionales más temerosos de incorporar juicios normativos en su quehacer, y los menos preparados para hacerlo de manera racional.

Lo que se presenta en este capítulo son las ideas centrales de la opción de abrir un camino radicalmente nuevo para el estudio de la pobreza, estrecha-

mente ligado al concepto de florecimiento humano, al que he llamado nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano.

3.2 Elementos constitutivos del eje de florecimiento humano

En esta sección: 1) distinguiré entre pobreza económica y pobreza humana; 2) distinguiré dos ejes conceptuales: el del florecimiento humano (o bienestar, o desarrollo humano) y el del nivel de vida; 3) identificaré la pobreza humana en el eje de florecimiento humano y la pobreza económica en el eje del nivel de vida; 4) definiré como elementos constitutivos del eje de florecimiento humano el desarrollo y ampliación de las necesidades y capacidades humanas; 5) cada uno de los dos ejes será subdividido según dos criterios: el nivel de agregación (societal e individual) y la dimensión existencial (ser y estar). La distinción entre las dimensiones del ser y del estar se relaciona con el grado de permanencia de los rasgos estudiados, quedando en general en el estar las condiciones transitorias o circunstanciales y en el ser las más permanentes o esenciales.

La concepción de pobreza humana, que naturalmente tiene su contraparte en el concepto de riqueza humana, la he desarrollado a partir de una idea de Marx expuesta por György Márkus, tal como se ha expuesto en el capítulo II (secciones 2.1 a 2.5). Márkus ha llevado a cabo una lectura magistral de la concepción del ser humano de Marx, realizada desde la perspectiva de la antropología filosófica. Esta lectura permite entender cómo el carácter mediado del trabajo humano (es decir, que se dirige a la satisfacción de las necesidades humanas de manera indirecta, a través de mediaciones), y que contrasta con la bestia que aprehende directamente la presa que le sirve de alimento, origina la posibilidad de la ampliación constante de las actividades humanas hasta hacerlas universales, con lo cual el ser humano convierte en objetos de su actividad, y por tanto de sus capacidades y necesidades, toda la naturaleza y los objetos no naturales creados por él mismo. De aquí se deriva un rasgo esencial del ser humano, su tendencia a la universalidad, que se manifiesta en la ampliación constante de las necesidades y capacidades humanas.

Para Marx es este carácter mediado del trabajo lo que hace posible la historia humana, no sólo porque permite la acumulación de herramientas, otros medios de producción, construcciones, de manera que las nuevas generaciones pueden partir del punto al que llegaron las anteriores, sino también porque el carácter mediado del trabajo humano hace posible, al superar la fusión animal entre sujeto y objeto de las necesidades, la conciencia del ser humano respecto al mundo que lo rodea y la conciencia de sí mismo, derivando de aquí otro rasgo esencial del ser humano, la de ser

conciente, conciencia que tiende a la universalidad, por lo que el ser humano es un ser con conciencia potencialmente universal.

Por ello la historia del ser humano puede ser vista, al menos para el conjunto de la especie, como la trayectoria de la universalización de sus actividades, sus capacidades, sus necesidades, su ser social y su conciencia. Por tanto, para Marx, poniendo de momento el énfasis en las necesidades, el ser humano rico es el que necesita mucho y el ser humano pobre el que necesita poco:

“Materialmente considerada, la riqueza consiste simplemente en la multiplicidad y variedad de las necesidades” (Marx, 1972: 425-426).

Al aplicar esta concepción, llegamos a un doble criterio de pobreza: el ser pobre y el estar pobre. Los individuos que necesitan poco son pobres. Los que no satisfacen sus necesidades, cualquiera sea su nivel, están pobres. Los que son y están pobres están en la peor condición humana. En el otro extremo, los que necesitan mucho y, además, satisfacen esas amplias necesidades, son y están ricos.⁸⁰ Este enfoque no ha sido aplicado. Ni siquiera se ha discutido en la amplísima bibliografía sobre la pobreza. Usualmente partimos del mismo conjunto de necesidades para todos los miembros de una sociedad⁸¹ y después cotejamos su grado de satisfacción. Nos situamos con ello sólo en la dimensión del “estar pobre”.

Es hora de eliminar el énfasis unilateral en las necesidades. Me apoyo para ello nuevamente en Márkus, quien ha señalado que

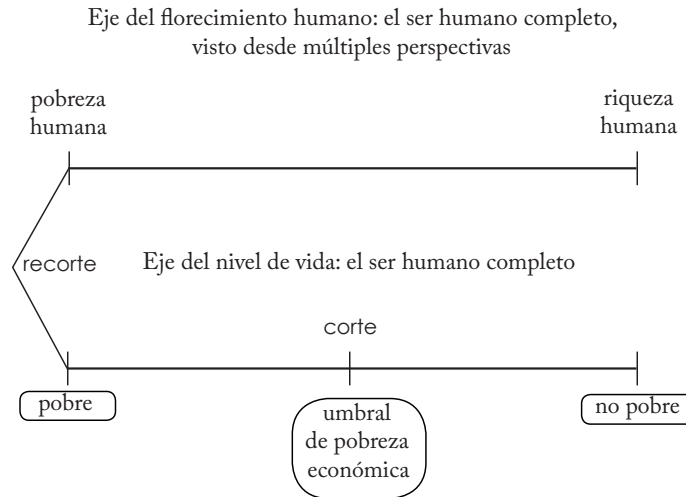
La concepción marxista del hombre no separa tajantemente las necesidades de las capacidades, sino que las considera determinaciones recíprocamente condicionadas del individuo concreto activo. En los Manuscritos económico-filosóficos Marx designa a menudo unas y otras conjuntamente mediante el término “fuerzas esenciales”. El hombre es un ente activo, esto es, capaz de satisfacer sus necesidades exclusivamente mediante el desarrollo de determinadas capacidades, y por eso la transformación de sus facultades o capacidades ya desarrolladas en actividad real le resulta necesidad específica. El abismo o la escisión entre capacidades y necesidades es una consecuencia de la división del trabajo y de la alienación (Márkus, [1973] 1985: 34).⁸²

⁸⁰ No son necesariamente los ricos convencionales. Pueden incluir artistas creadores, científicos, líderes espirituales y algunos (probablemente pocos) políticos.

⁸¹ El mismo conjunto de necesidades puede incorporar diferencias cuantitativas y cualitativas en los requerimientos de satisfactores entre individuos; es decir, puede incorporar la diversidad humana en la que tanto insiste Amartya Sen.

⁸² Esta concepción recuerda la de Max Neef *et al.* “Las necesidades patentizan la tensión constante entre carencia y potencia” (1993: 49), pero la rebasa con mucho. Nótese la frase sobre la necesidad de poner en práctica sus capacidades ya desarrolladas, coincidente con el concepto de autorrealización de Abraham Maslow, y que constituye un elemento más en la dinámica de interacción entre necesidades y capacidades.

FIGURA 1
Ejes conceptuales de florecimiento humano y nivel de vida

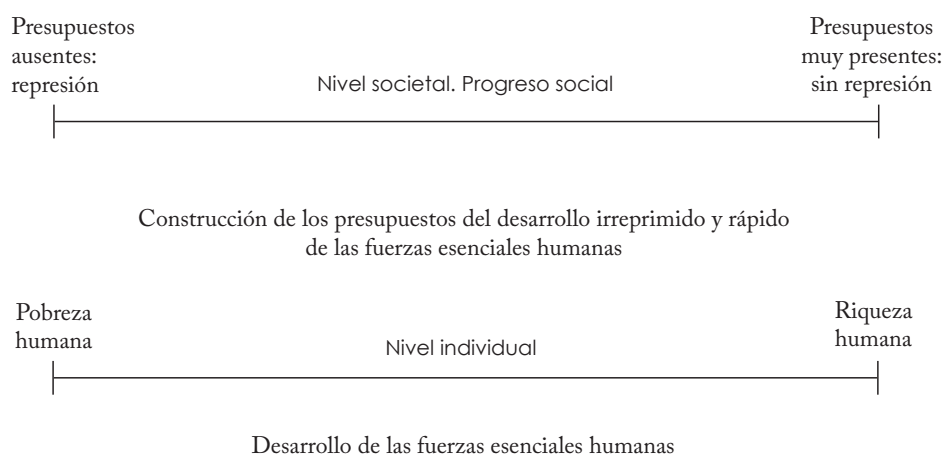


Por tanto, la concepción de pobreza y riqueza humanas que he adoptado se refiere al desarrollo de las fuerzas esenciales humanas. La persona que “es pobre humanamente” es la que no ha desarrollado sus fuerzas esenciales (necesidades y capacidades); la que está pobre es la que no satisface sus necesidades y/o no aplica sus capacidades efectivamente desarrolladas.

La pobreza económica puede verse como una parte del eje conceptual del nivel de vida. Debajo de un cierto umbral de éste se presenta la pobreza económica. El nivel de vida, a su vez, es la perspectiva económica del eje conceptual más amplio, el eje del florecimiento humano. Para que nivel de vida y pobreza económica sean conceptos con su propia especificidad, deben recortar su campo de interés (reducir su objeto de estudio) para que se refieran a no más, pero no menos, que la perspectiva económica del florecimiento humano.

La búsqueda de fundamentos para la definición de los elementos constitutivos del eje de florecimiento humano, suele remitir a la reflexión sobre las necesidades humanas (lo que he desarrollado en la sección 2.7 *supra*), a las que es necesario añadir las capacidades humanas, y esta reflexión conduce, a su vez, por lo menos para algunos autores entre los que me incluyo, a la pregunta aún más básica sobre la esencia humana, lo que nos sitúa en el terreno de la antropología filosófica (secciones 2.1 a 2.6, *supra*). En la figura 2 se representan los dos ejes conceptuales y sus relaciones, así como las operaciones de recorte y de corte, operación ésta última que define el umbral que separa los pobres de los no pobres.

FIGURA 2
 Los dos niveles de agregación del eje del florecimiento humano



Una respuesta a la pregunta sobre la esencia humana permite abordar con mejores herramientas la pregunta sobre los elementos constitutivos, o contenido, del eje conceptual de florecimiento humano. Pero no es en este eje conceptual donde tenemos que hacer el corte que distingue los pobres económicos de los no pobres económicos, sino en el del nivel de vida. La diferencia entre ambos ejes consiste en que en el del florecimiento está el ser humano con todas sus necesidades y capacidades, “el ser humano completo, visto desde todas las perspectivas, mientras que en el eje del nivel de vida, si bien sigue estando el ser humano completo, ahora es visto sólo desde la perspectiva económica, es decir desde el punto de vista de los recursos y condiciones económicas”.

Es necesario precisar la diferencia entre el enfoque aquí adoptado y el usual. En el nuevo enfoque de la pobreza y el florecimiento humano no se trata de recortar necesidades o dimensiones del bienestar humano y quedarse sólo con las (mal) llamadas dimensiones materiales de la vida, sino de recortar perspectivas para quedarse, en el eje del nivel de vida, solamente con la perspectiva económica, que en la dimensión normativa del concepto se refiere a los requerimientos económicos de las necesidades y capacidades humanas (*recursos y oportunidades*). Necesidades humanas como el amor, cuyos satisfactores centrales son las relaciones y no los bienes y servicios, no se eliminan con el recorte aquí planteado, como suele hacerse, pero al recortar perspectivas para quedarnos sólo con la económica, dejamos de interesarnos en los aspectos psicológicos y sociológi-

cos (por mencionar algunos) del amor y nos quedamos sólo con sus requerimientos económicos. Con ello, acotamos la pobreza económica, concebida como un nivel de vida tan bajo que resulta incompatible con la dignidad humana, tal como se le acota en el lenguaje de la vida cotidiana, para que no incluya todos los sufrimientos humanos, sino sólo los que se explican por insuficiencia de recursos y/o “falta de oportunidades”. La inclusión de capacidades, y ya no sólo de necesidades, conlleva también una reformulación del concepto de pobreza económica, al añadir lo marcado entre comillas en la frase previa.

¿Por qué no empezar entonces directamente en el eje del nivel de vida? Esto es, en efecto, lo que hacen casi todos los estudiosos de la pobreza, como se pone de manifiesto en la medición de la pobreza por ingresos, que implícitamente recorta todos los aspectos de la vida que no estén relacionados con los ingresos. Este camino directo impide acceder a una concepción fundamentada de los elementos constitutivos del eje del nivel de vida y del punto de corte que separa los pobres de los no pobres.⁸³ Entre otras razones que obligan a dar el rodeo que lleva a preguntarnos sobre la esencia humana, está el hecho que el ser humano es una unidad indisoluble y que no podemos entenderlo fragmentándolo “de entrada, como supuesto inicial”. Por eso, la pobreza económica —entendida como las carencias y sufrimientos humanos que se derivan de las limitaciones de recursos económicos— precisamente porque supone una visión parcial del ser humano, sólo puede tener sentido si se deriva de una concepción integral del mismo.

El florecimiento humano (aunque no le llaman así) lo conciben Marx-Márkus como la realización del “ser humano”, de la “esencia humana”, en la existencia individual concreta, es decir la medida en la cual el individuo se despliega libremente, multilateralmente. Este despliegue se expresa en el desarrollo y ampliación de sus necesidades y capacidades que tienden a la universalidad. Su conciencia y su socialidad tenderían también a la universalidad. Sin embargo, durante el largo período de la alienación, de la prevalencia de la división social espontánea del trabajo, pueden coexistir la creciente universalidad del ‘ser humano’, es decir, la multilateralidad social, con la creciente unilateralidad de los individuos.

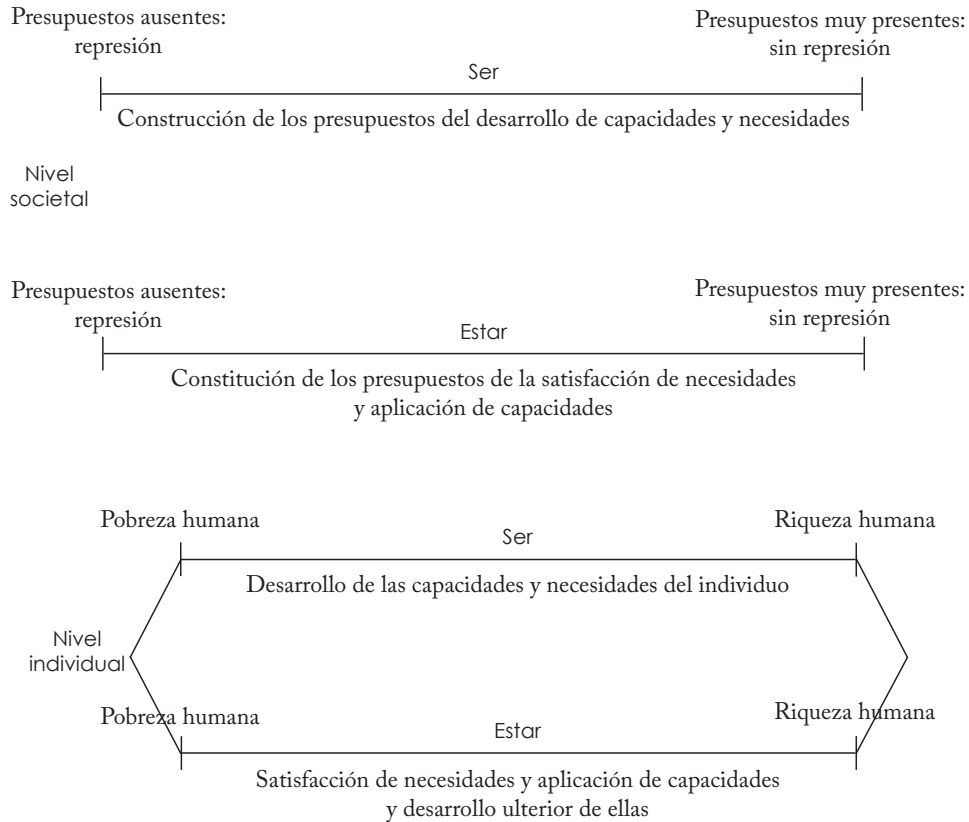
Márkus considera necesario, por lo anterior, realizar la evaluación tanto a nivel societal como individual. He adoptado esta postura de Márkus y, por tanto, he subdividido el eje de florecimiento humano en estos dos nive-

⁸³ Incluso, como se puede ver en los capítulos VII y XIII de “Ampliar la mirada”, Amartya Sen considera que el estudio de la pobreza tiene dimensiones más reducidas que el del nivel de vida. Es decir, que pobreza no forma parte del eje del nivel de vida, sino que se constituye en un eje aparte, por lo cual para pasar de nivel de vida a pobreza hay que llevar a cabo un recorte.

les. He denominado progreso social al primero y desarrollo de las fuerzas esenciales humanas al segundo. El progreso social lo conciben Marx-Márkus como la constitución de los presupuestos de (condiciones para) un desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas. Para facilitar el diálogo con otros autores, propongo conservar el nombre de florecimiento humano para el eje en su conjunto; y llamar, entonces, a su nivel societal progreso social y al nivel individual llamarle desarrollo de las fuerzas esenciales humanas. Las necesidades, definidas (por algunos autores) como impulsos dirigidos a los objetos que le son imprescindibles, constituyen, junto con las capacidades (que Márkus define como transposición de determinadas conexiones naturales a la esfera de actividad del sujeto), las fuerzas esenciales humanas. Ambas (mutuamente condicionadas) determinan al individuo concreto activo. Como ser activo, el ser humano sólo puede satisfacer sus necesidades mediante el desarrollo de ciertas capacidades. Tanto las necesidades como las capacidades son “producidas” por el trabajo. El individuo no es individuo humano sino en la medida que se apropia de las capacidades, formas de conducta, ideas creadas por las generaciones precedentes y las asimila a su actividad. La persona rica es la que necesita mucho (cualitativa y cuantitativamente) y ha desarrollado sus capacidades en profundidad y en extensión (se ha apropiado ampliamente de las capacidades generadas por las generaciones precedentes). En la figura 3 se expresa esta división del eje de florecimiento humano.

Marx plantea el concepto de “riqueza humana” como la amplitud y profundidad de las capacidades y necesidades humanas. Esta idea la he complementado con el extremo opuesto, al que he llamado “pobreza humana”. Ambas las he interpretado como una escala que va del “ser rico al ser pobre”. Pero además, si añadimos algo más cercano a la visión tradicional de la pobreza, podemos conformar, como dijimos antes, otro continuo que va del “estar rico al estar pobre”, y que refleja el grado en que el sujeto satisface sus necesidades efectivas y aplica sus capacidades efectivas. Al hacer lo anterior, no se hace ningún recorte, sólo una distinción; seguimos, por tanto, en el nivel individual del eje del florecimiento humano al que hemos llamado desarrollo de las fuerzas esenciales humanas, pero ahora hemos abierto este nivel en dos dimensiones: la dimensión del ser del desarrollo de las fuerzas esenciales humanas y la dimensión del estar del desarrollo de las fuerzas esenciales humanas. El otro nivel del eje de florecimiento humano, el societal, tendría que abrirse también en dos: por una parte la creación de las condiciones (presupuestos) para el desarrollo de las capacidades y necesidades humanas, y por otra parte la creación de las condiciones para la satisfacción de las necesidades y la aplicación de las capacidades.

FIGURA 3
 Los cuatro subejos del eje del florecimiento humano



Por tanto, he dividido cada uno de los dos niveles (societal e individual) en las dimensiones del ser y del estar. La dimensión del ser se refiere al desarrollo de las fuerzas esenciales humanas, necesidades y capacidades. La del estar se refiere a la satisfacción de necesidades y la aplicación de capacidades. Esto se expresa en la figura 3. En ella, se definen los contenidos de los cuatro subejos del eje de florecimiento humano: 1) societal-ser: constitución de los presupuestos del desarrollo irreprimido y rápido de las fuerzas esenciales humanas (capacidades y necesidades); 2) societal-estar: constitución de los presupuestos de la satisfacción de necesidades efectivas y aplicación de capacidades efectivas; 3) individual-ser: desarrollo de las capacidades y necesidades del individuo; 4) individual-estar: satisfacción de necesidades y aplicación-desarrollo ulterior de capacidades del individuo. Entre este subeje y el precedente se han marcado unas flechas que muestran la interacción clave que la satisfacción de necesidad y la aplicación-desarrollo ulterior de capacidades tiene en el desarrollo de las capacidades y necesidades. La persona que aprendió a leer y escribir, pero

que nunca lo hace, va atrofiando su capacidad, mientras que quien las aplica intensamente las va desarrollando plenamente. Se aprende a escribir, escribiendo. Si aceptamos como válida la idea de la jerarquía de necesidades de Maslow, la satisfacción de las necesidades inferiores (digamos las fisiológicas, la de seguridad y la de afecto y pertenencia) es condición indispensable para el surgimiento y desarrollo de las necesidades superiores (donde además de las necesidades de estima y de autorrealización, podemos ubicar una parte de las cognitivas y las estéticas). Las personas que tienen insatisfechas, por ejemplo, la necesidad de afecto (sobre todo si esta insatisfacción se originó desde la infancia) quedarán atrapadas en la búsqueda de su satisfacción, y las necesidades superiores quedarán latentes y bloqueadas.

Al incluir capacidades y ya no sólo necesidades, y al hacerlo no sólo desde la perspectiva de satisfacción y aplicación, sino también de desarrollo (tanto de necesidades como de capacidades), las perspectivas analíticas se amplían muchísimo. Por ejemplo, si bien en el desarrollo de las capacidades interviene la educación en la familia y la educación escolarizada, para su desarrollo ulterior el elemento más importante es la propia aplicación de las capacidades. De esta manera, al menos parcialmente, el desarrollo de las capacidades no está desligado de su aplicación, aunque formalmente hayamos separado estas dos instancias (ese es el sentido de las flechas que van del subeje 4 al 3 en la figura 3).

Estamos acostumbrados a pensar en las necesidades en términos de satisfacción. Pensamos en ellas en términos estáticos, como si una persona tuviese siempre las mismas necesidades, como si no se desarrollasen a lo largo de la vida, como si el bebé recién nacido tuviese las mismas necesidades que la persona adulta. Para pensar qué se quiere decir con “desarrollo de las necesidades”, podemos empezar por hablar de extensión y profundidad de las mismas. Si, por ejemplo, tomamos el esquema de necesidades de Maslow (necesidades fisiológicas, de seguridad, de amor y pertenencia, de estima, de autorrealización, más dos necesidades no incluidas en la jerarquía: las cognitivas y las estéticas), resulta claro que no todas las personas adultas han desarrollado las siete necesidades: los “pobres en términos económicos” (mientras más extrema sea su pobreza más tajante es lo que sigue) pueden estar dominados por las necesidades fisiológicas y de seguridad, y las demás necesidades pueden casi no existir. Otras personas que no son pobres en términos económicos, pueden haber quedado atrapadas en alguna necesidad insatisfecha, como el afecto, y no haber desarrollado la necesidad de estima ni la de autorrealización; muchos no desarrollan las necesidades estéticas y, en cuanto a las cognitivas, la mayor parte se queda en los niveles elementales de las mismas, que son los niveles asociados a la satisfacción de las necesidades básicas iniciales. Por tanto, sí es posible hablar del desarrollo de las necesidades en el sentido de su extensión. Una

persona con las necesidades extensionalmente desarrolladas tendrá las siete necesidades de la teoría de Maslow y predominará en ella la motivación al crecimiento, siendo la autorrealización la necesidad dominante. Nótese que la autorrealización es una necesidad muy diferente a las necesidades deficitarias, porque su satisfactor principal es la propia actividad del sujeto, en la cual aplica (y desarrolla aún más) sus capacidades fundamentales. Es una manera diferente de expresar la “necesidad”, notada por Márkus, de poner en juego sus capacidades ya desarrolladas.

Pero por desarrollo de las necesidades también debemos entender su desarrollo cualitativo, su humanización creciente o, quizás de manera más clara, su profundización. Tómese la necesidad de entendimiento o, como la formula Erich Fromm, la necesidad de un marco de orientación y devoción. Muchas personas se aferran a la educación religiosa recibida y dan por satisfecha esa necesidad. Para otras, en cambio, es una búsqueda interminable. Desechan desde jóvenes el mito bíblico de Adán y Eva y buscan apasionadamente entender a fondo el origen del ser humano. Hay entonces un rango muy amplio en esta necesidad y prácticamente en todas, incluyendo las fisiológicas, que en el ser humano siempre están humanizadas, como se hace evidente en el gourmet respecto a la alimentación. Cuando Marx dice que la persona rica es la que necesita mucho, probablemente pensaba más en este sentido de profundización y humanización que en el de extensión y ampliación de las necesidades.

Por tanto, para los subejos 1 y 2 del eje de florecimiento humano debemos pensar no sólo, como solemos hacerlo, en las condiciones sociales para la satisfacción de necesidades, sino ahora también en las necesarias para la aplicación de las capacidades; pero sobre todo debemos ahora añadir las condiciones para el desarrollo de las capacidades y necesidades. Y deberíamos hacerlo no en un sentido mecánico: más educación igual a más capacidades, que es inexacto por estático, sino en un sentido dinámico que tomase en cuenta que, por ejemplo, en México los ingenieros asociados con la industria llevan a cabo, dada la dependencia tecnológica, labores relacionadas con la operación de las plantas y, quizás de ingeniería de detalle, pero casi nunca de ingeniería básica y mucho menos de innovación tecnológica; como estos ingenieros son los profesores universitarios que forman a las nuevas generaciones, sus propias limitaciones en la puesta en práctica de sus capacidades (que limita su ulterior desarrollo) se reflejan en el nivel de la preparación de sus alumnos. En este ejemplo, la dependencia tecnológica a nivel nacional, que debe ser analizada por rama específica de actividad (ya que, por ejemplo, la situación es diferente en la industria de la construcción y, por tanto, en los niveles reales de preparación de los ingenieros civiles) son un ejemplo de los análisis que habría que hacer en el subejo 1 para abordar los presupuestos (condiciones) para el desarrollo de las capacidades a nivel societal. Es decir, tenemos que hablar no sólo de capacidades indivi-

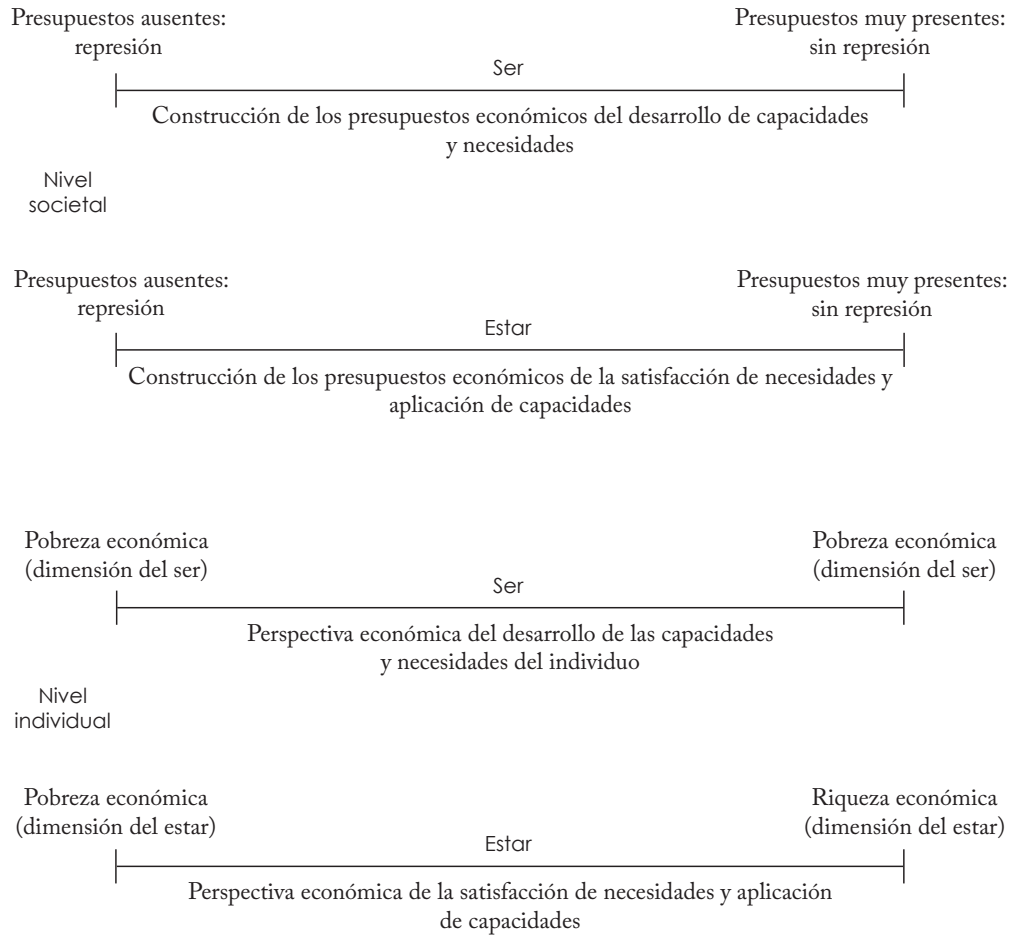
duales sino también de capacidades nacionales. Éstas últimas las tenemos que contrastar con lo que podríamos llamar las capacidades de la especie.

3.3 El recorte a partir de los cuatro subejos del eje de florecimiento humano

Veamos si resulta útil reducir las perspectivas, efectuando un recorte que nos deje sólo con la perspectiva económica a partir del eje de florecimiento humano. Si recortásemos necesidades completas, como suele hacerse con la lógica de que hay necesidades materiales e inmateriales, el sentido del concepto de riqueza humana, la persona que necesita mucho y ha desarrollado mucho sus capacidades, perdería sentido. La persona rica pasaría a ser, si hacemos esto, alguien que necesita muchos bienes materiales para unas pocas necesidades. (En materia de capacidades, en el sentido usado por Marx-Márkus no hay un recorte tradicional porque este concepto no está incorporado en la práctica tradicional, a pesar de Sen). Como no recortaríamos la alimentación, parecería que sostuviéramos que la persona rica es la que necesita más alimentos que los usuales para sus características personales: la glotona. La persona que está rica sería la que satisface esas ampliadas necesidades de alimentos: la gorda. O bien, mucho menos burdo, la *gourmet* que necesita alimentos muy sofisticados. En este caso, en lugar de una verdadera riqueza humana estaríamos identificando los gustos caros y en el mejor de los casos el florecimiento humano en el área del placer.

Se reafirma, pues, que el recorte no debe ser un recorte de necesidades o de dimensiones de la vida humana, sino un recorte de perspectivas, tal como se señaló en el primer inciso de esta sección. Si recortamos las demás perspectivas para quedarnos solamente con la perspectiva económica, tendríamos un eje de la perspectiva económica del florecimiento humano, al que tentativamente mantengámosle el nombre de eje de nivel de vida. Mantengamos, dentro de él, los dos niveles, y dentro de cada uno las dos dimensiones (ser y estar) para ver si hacen sentido. En el nivel societal, lo que tendríamos es la constitución de los presupuestos económicos del desarrollo de las capacidades y necesidades en la dimensión del ser, y de los presupuestos de la satisfacción de necesidades y aplicación de las capacidades en la dimensión del estar. Esto tiene sentido. En el nivel individual tendríamos, en la dimensión del ser, la perspectiva económica del desarrollo de las fuerzas esenciales humanas, mientras en la dimensión del estar tendríamos la perspectiva económica de la satisfacción de las necesidades ya desarrolladas y la aplicación efectiva de las capacidades. Esto se expresa en la figura 4.

FIGURA 4
 Los cuatro subejjes del eje del nivel de vida



Para dejar claro lo anterior, re-expresemos lo dicho. Al hacer el recorte a partir de estos cuatro subejjes para quedarnos con la perspectiva económica solamente (pero en el sentido amplio de lo económico), se configura un eje del nivel de vida subdividido en cuatro subejjes, paralelos a los del eje de florecimiento humano: 1) societal del ser, que consiste en la constitución de los presupuestos económicos para el desarrollo de las fuerzas esenciales humanas (capacidades y necesidades); 2) societal del estar, que consiste en la constitución de los presupuestos económicos para la satisfacción de las necesidades y aplicación de las capacidades; 3) individual del ser, acceso a condiciones económicas y a recursos (o fuentes de bienestar) comparado con los requerimientos de condiciones y recursos para el desarrollo de las capacidades y necesidades correspondientes al

subeje 3 del eje de florecimiento humano; este subeje del eje del nivel de vida identifica la pobreza/riqueza económica en la dimensión del ser; 4) individual del estar, acceso a condiciones económicas y recursos (o fuentes de bienestar) comparado con las condiciones y requerimientos para la satisfacción de necesidades desarrolladas y la aplicación de capacidades efectivas correspondientes al subeje 4 del eje de florecimiento humano; este subeje del eje del nivel de vida identifica la pobreza/riqueza económica en la dimensión del estar. Cuando en el subeje 3 o 4 del eje del nivel de vida se identifican situaciones de pobreza económica, es probable que ésta sea la causa de la pobreza humana identificada en los respectivos subejes del eje de florecimiento humano.

Nótese que en los subejes 3 y 4 del eje del nivel de vida se lleva a cabo la evaluación desde la perspectiva económica para hacer posible lo establecido en los respectivos subejes del eje de florecimiento humano. Desde la perspectiva económica ahora tenemos que considerar, a este nivel individual, no sólo los recursos para satisfacer las necesidades efectivas, sino también las condiciones (u oportunidades) para aplicar las capacidades efectivas (por ejemplo, empleo, características del trabajo, capacidades que moviliza y desarrolla, nivel de alienación de las mismas).

Lo anterior en el subeje 4 del eje del nivel de vida. En cuanto al subeje 3 del mismo eje del nivel de vida, tenemos que considerar los recursos que los individuos requieren en diferentes etapas de la vida para desarrollar sus capacidades y, lo que es mucho más difícil, la perspectiva económica individual (y familiar) del desarrollo de las necesidades. En el correspondiente subeje del eje de florecimiento humano se incluye aquí, por ejemplo, el ambiente cultural general que, por ejemplo, puede influir en que los individuos tengan (más o menos) la necesidad de buscar nuevos marcos de orientación o devoción o se conformen con las visiones de la religión oficial. Por ejemplo, compárese el ambiente cultural del franquismo en España con el vigente ahora, y sin duda se concluirá que la nueva situación aumenta las probabilidades de una búsqueda de marcos de orientación y devoción que rebasan el marco de la religión católica. La riqueza o pobreza cultural de los medios de comunicación a los que efectivamente tiene acceso la mayor parte de la población, es un factor determinante del desarrollo de las necesidades. Un ejemplo más general, y más importante en países como México, es la satisfacción de las necesidades básicas (empezamos por las tres primeras de Maslow: fisiológicas, seguridad, y amor y pertenencia). Si éstas no están satisfechas para una parte importante de la población, las demás necesidades no se desarrollan o lo hacen muy escasamente. Por ello, en el subeje 3 vemos las condiciones de satisfacción de las necesidades básicas de los individuos como precondition del desarrollo de las necesidades. Una vez que la población supera este nivel, habría que analizar las condiciones económicas que estimulan o limitan el desarrollo

de las necesidades. Por ejemplo, si la alimentación se satisface con dietas tradicionales y el platillo exquisito se reserva para las grandes fiestas en los estratos populares, mientras el *fast-food* va ganando terreno en las dietas de la población, particularmente de la infantil, en amplios estratos de la población, las posibilidades de desarrollo de la necesidad alimentaria hacia el gourmet, se ven reducidas. Si la buena música, las artes plásticas y la literatura son ignoradas en los medios de comunicación, y el gusto por ellos no son promovidos, no podemos esperar que se desarrollen las necesidades estéticas.

Pero lo más importante de todo, si se promueve en todos los medios la función del trabajo humano como un medio para obtener ingresos, y lo valioso o exitoso de alguien se juzga por la cantidad de ingresos obtenidos y nunca por la autorrealización, la cultura nacional no promueve la necesidad de la autorrealización (el desarrollo de los rasgos de la productividad humana) que, además, como ha señalado Maccoby, no alcanzan siquiera los más altos funcionarios de las transnacionales en las ramas de alta tecnología. Lo que es muy difícil de alcanzar, lo que casi nadie alcanza, la autorrealización plena o casi plena, tiende a salir de las aspiraciones de la población. Casi nadie aspira a la autorrealización. Las oportunidades para el trabajo creativo son elemento fundamental a nivel societal en la determinación de las posibilidades reales de florecimiento humano.

Para tratar de aclarar un poco las cosas, tomemos como ejemplo a Juan, quien es un hombre de 35 años profundamente motivado por entender la evolución de las especies y, en particular la del *Homo sapiens* (lo que constituye sus necesidades de autorrealización y cognitiva fundamentales). Por eso estudió y obtuvo el doctorado en paleoantropología. Además, como todos, tiene las necesidades humanas universales: fisiológicas, de seguridad, de afecto, amor, autoestima, por usar el esquema de Maslow.

En los siguientes párrafos se describen las posibles ubicaciones de Juan en los cuatro subejos individuales, dos del eje de florecimiento humano y dos del eje del nivel de vida:

1) En términos del subeje 3 del eje de florecimiento humano, el subeje del ser de la pobreza/riqueza humana individual, Juan se ubica en un alto nivel, cerca del extremo superior de riqueza humana, ya que necesita mucho y tiene capacidades altamente desarrolladas. Es rico en términos humanos.

2) En términos del subeje 4 de FH, Juan puede estar en dos condiciones opuestas:

a) Logra trabajar como paleoantropólogo, haciendo trabajo de campo que significa un reto constante y que lo estimula a desarrollar más y más sus capacidades. Juan está aplicando y desarrollando sus mejores capacidades y se logra realizar como ser humano pleno. También en el estar, su situación es de riqueza humana. Dentro de esta opción, en términos de

recursos económicos a los que puede tener acceso, planteemos posibilidades dicotómicas: pobreza o no pobreza económica en términos de si tiene los recursos económicos para satisfacer sus necesidades, incluyendo la de autorrealización:

i) El sueldo que recibe es adecuado para los requerimientos económicos tanto del subeje del ser como del de estar del eje de florecimiento humano, que en este caso coinciden, en cuyo caso su situación en el eje del nivel de vida, tanto en el subeje 3 como en el 4, es de no pobreza económica, lo que le permite tener recursos suficientes para satisfacer adecuadamente sus necesidades deficitarias y realizar actividades (como viajes), adquirir bienes (libros, discos, computadora, servicio de internet en casa), que apoyan su desarrollo personal.

En esta situación, que conjuga 1, 2a e *i)*, Juan está en la óptima situación humana: es y está rico en términos humanos y no tiene restricciones económicas para su florecimiento (aunque puede tener muchas para satisfacer deseos, antojos, presiones de competencia con el vecino o la familia, etcétera). Según este esquema, se puede llegar al óptimo de florecimiento humano sin riqueza económica. Basta la no pobreza económica, concebida como aquella que significa recursos y condiciones para atender todas las necesidades de la persona en condiciones dignas.

ii) El sueldo es insuficiente. Se sitúa en pobreza económica en relación tanto al subeje 3 como al subeje 4 del eje de florecimiento humano, que en este caso coinciden. No tiene recursos económicos suficientes para satisfacer adecuadamente sus necesidades deficitarias y tampoco para complementar su desarrollo personal.

En esta situación Juan se encuentra en una contradicción que puede llegar a ser muy tensa, que puede limitar su desarrollo en otras áreas (tener familia, por ejemplo) y que lo puede llevar a salidas desastrosas, como aceptar otro trabajo mejor pagado pero sin oportunidades de autorrealización.

b) No logra trabajar como paleoantropólogo. No logra aplicar sus capacidades y no continúa desarrollándose como ser humano. En el estar del eje de florecimiento humano queda clasificado en situación de pobreza humana. Juan, a pesar de ser rico humanamente, está pobre humanamente. Como no se han cumplido, en las opciones que siguen, las condiciones para que el estar de Juan coincida con las de su ser, se podría suponer que las necesidades pertinentes son sólo las de su estar. Sin embargo, las aspiraciones profundas de Juan seguirán vivas, al menos por algún tiempo, y en las opciones iv_a y iv_b , que siguen, en las que sí tiene trabajo, tratará de cultivar de alguna u otra manera su vocación por la paleoantropología. Por esta razón, conviene en el eje del nivel de vida evaluar su situación tanto en relación con los requerimientos del subeje 3 del florecimiento humano, de lo que Juan es, como en términos del 4, que refleja su situación efectiva

actual. En esta situación, a diferencia de a), necesita primero conseguir “algún” trabajo. Por tanto, se generan tres opciones: no consigue trabajo, consigue trabajo con sueldo adecuado, y consigue trabajo con sueldo inadecuado:

iii) No consigue trabajo. Queda desempleado. En términos económicos queda en la pobreza económica extrema tanto en el subeje 3 como en el subeje 4 del eje del nivel de vida. No sólo la necesidad de autorrealización queda insatisfecha sino también la de estima, las fisiológicas y las de seguridad; es probable que sus relaciones amorosas y su necesidad de pertenencia se puedan ver afectadas también. Si no tiene apoyos familiares o no quiere depender de ellos, y vive en una sociedad donde no hay seguro de desempleo, ni ningún apoyo a personas sin ingresos, pasa a ser dominado por las necesidades fisiológicas y busca la sobrevivencia mediante la mendicidad o actividades ilegales. Sería un ser rico humanamente, pobre humanamente y que sería y estaría en pobreza económica extrema.

iv) Consigue trabajo (de burócrata) en el cual no se realiza ni moviliza sus capacidades fundamentales, aunque sí algunas secundarias. Con ello logra mantener la autoestima en un mínimo. Nótese que aquí, en comparación con *i)*, la diferencia está dada por una condición económica (conseguir o no trabajo, de casi cualquier cosa), y esa diferencia es la que determina la situación de las cuatro primeras necesidades básicas. Cabe aquí plantear, entonces, las dos opciones sobre los sueldos:

iv_a) El sueldo es inadecuado, tanto para los requerimientos económicos del subeje 3 como del 4 del eje de florecimiento humano. Se encuentra en pobreza económica, pero a diferencia de *iii)* no es pobreza extrema. Un ser rico humanamente, que está humanamente pobre, es y está en pobreza económica.

iv_b) El sueldo es adecuado para los requerimientos económicos de los subejes 3 y 4. Es no pobre en términos económicos, y puede, con mejores oportunidades que en *iv_a)*, tratar de cultivar su vocación como actividad de su tiempo libre. Un ser rico humanamente, que está pobre humanamente, y que no es ni está en pobreza económica.

En las dos dimensiones (ser y estar) del eje del nivel de vida, Juan será situado como resultado de la comparación entre los requerimientos económicos, en términos de recursos y condiciones (oportunidades), que se derivan de la dimensión correspondiente en el eje de florecimiento humano, y los recursos y condiciones efectivamente alcanzadas por él. En el ser del nivel de vida, Juan se sitúa como resultado de la comparación entre los requerimientos económicos (recursos y oportunidades) del ser Juan (ser que sólo se puede identificar en el eje de florecimiento humano) y las condiciones económicas que efectivamente ha alcanzado. Los requerimientos del ser Juan serían más altos que el del promedio de la población (al incluir viajes antropológicos, libros sobre el tema, necesidad de computadora e

internet). El Juan que no logra trabajar de paleoantropólogo, que termina trabajando de burócrata para subsistir (si es casado y tiene hijos los requerimientos de la subsistencia aumentarán mucho), en un trabajo donde no se autorrealiza, puede tratar de mantener como interés del tiempo libre la paleoantropología. Los requerimientos económicos de sus vocaciones seguirán presentes, pero ahora como actividad de su tiempo libre.⁸⁴ En el eje del estar, entonces, las necesidades profundas de Juan se diluyen y sólo quedan los requerimientos comunes de la vida familiar, donde Juan no se distinguirá, para el estudioso de la pobreza, de cualquier otra persona sin intereses de autorrealización definidos. La familia de Juan sería un número de personas o de adultos equivalentes, lo que determinará sus requerimientos de recursos para no caer en la pobreza económica.

Mientras en el eje del florecimiento humano se identifican las pobrezas humanas (ser y estar pobre), en el eje del nivel de vida se identifican las pobrezas económicas (ser y estar, en lo económico, pobre). Tendríamos, por tanto, cuatro conceptos de pobreza, como se muestra en el Cuadro 5.

Una conclusión que se desprende del ejemplo, es que al introducir capacidades (no en el sentido de Sen sino en el sentido usual del término) para constituir la dupla capacidades y necesidades, y además al hacer explícito que el eje del nivel de vida es sólo un eje derivado del eje de florecimiento humano, la lógica del estudio de estos temas (pobreza, nivel de vida, florecimiento humano) cambia enormemente, se vuelve mucho más compleja pero también mucho más interesante. En primer lugar, se cierra el círculo entre capacidades y necesidades. La persona bien alimentada, sana y educada, puede tener ciertas capacidades de trabajo. Aquí queda claro cómo la satisfacción de las necesidades hace posible el desarrollo de las capacidades de las personas. Pero en las sociedades capitalistas las capacidades individuales tienen que venderse en el mercado de trabajo para poderse aplicar. Si la venta se lleva a cabo para hacer el trabajo de sobrevivencia (Juan trabajando de burócrata) el individuo sólo aplicará algunas de sus capacidades menores; si se hace para hacer el trabajo de autorrealización (Juan trabajando de paleoantropólogo), el individuo aplicará sus capacidades fundamentales. Pero las capacidades tienen que venderse no sólo para aplicarse sino para hacer posible la satisfacción de las necesidades, que a su vez hacen posible la reproducción de la capacidad. Esta circularidad, esta integralidad entre capacidades y necesidades, se pierde en los enfoques que sólo miran un lado del asunto, como en algunos enfoques de necesidades.

⁸⁴ Escribir novelas, cuentos, poesía o teatro puede ser una actividad de tiempo libre que lleve a la autorrealización, como Kafka. Mucho más difícil, casi imposible, resulta lograr algo similar en la paleoantropología, cuya actividad fundamental supone el trabajo de campo y/o el acceso a restos fósiles.

CUADRO 5
Tipología de riquezas/pobrezas

<i>Tipo de riqueza/ pobreza</i>	<i>Ser</i>	<i>Estar</i>
Humana	Necesita mucho/poco y tiene muy/poco desarrolladas sus capacidades.	Grado de satisfacción de sus necesidades efectivas y de aplicación de sus capacidades efectivas.
Económica	Tiene/no tiene los recursos y condiciones para el desarrollo de las necesidades y capacidades de su ser.	Tiene/no tiene los recursos y condiciones para la satisfacción de las necesidades efectivas y la aplicación de las capacidades efectivas de su estar.

Vamos a explorar un poco, ahora, el papel de los niveles sociales de ambos ejes y en ambas dimensiones. En primer lugar, el alto nivel de riqueza humana del ser de Juan (a menos que fuese una excepción que se explicase por factores familiares excepcionales o facultades individuales excepcionales), debe tener alguna conexión con el subeje 1 del eje de florecimiento humano, referido a la creación, a nivel societal, de los presupuestos del desarrollo de capacidades y necesidades. Para poder hacer la liga más explícita, introduzcamos información adicional sobre Juan. Tanto el padre como la madre de Juan fueron profesores de educación básica. Su vocación surgió cuando, siendo niño, oyó una acalorada pero muy honda discusión entre su padre y un cura sobre el origen del hombre. El rasgo distintivo, aparte del talento innato de Juan, fue el clamor del su padre por la verdad, lo que impactó profundamente a Juan. Como pudo, cultivó esta vocación desde la secundaria. Dotado de gran talento intelectual, a Juan no le fue difícil, después de estudiar en la Escuela Nacional de Antropología e Historia la licenciatura, conseguir una beca para estudiar el doctorado en Estados Unidos. En esta historia destacan, desde el punto de vista societal, la existencia de un sistema de educación pública que hizo posible que Juan transitara por su educación en México con los escasos recursos económicos de los dos sueldos de su familia, y la existencia de un sistema de becas públicas para postgrado. Éstas son condiciones para que “algunos” puedan desarrollar ampliamente sus capacidades. Es muy importante la magnitud cuantitativa de esas oportunidades y su dinámica en el tiempo.

En la opción *a)* del punto 2, en la cual Juan logra un trabajo como paleoantropólogo, podemos identificar otro rasgo positivo a nivel societal: la división del trabajo, y por tanto el desarrollo de especialidades,

en este caso de investigación, está suficientemente desarrollado para que “algunas personas” puedan desempeñar esas actividades de alta especialización y de alto significado en términos de autorrealización. Otra vez, es muy importante qué tan amplias son las oportunidades de trabajos altamente creativos en dicha sociedad, no sólo en el campo de la investigación, sino de los servicios, la industria y todos los demás sectores, y qué tanto el acceso a ellos está basado en las capacidades auténticas y no en las relaciones personales. En seguida, opción *a) i)*, la existencia de remuneraciones adecuadas para estos trabajos altamente especializados en el sector público, reflejaría el reconocimiento social a estas actividades. Naturalmente las opciones negativas, tanto en el empleo como paleoantropólogo como en el nivel de sueldo, reflejarían los rasgos societales negativos correspondientes. En cuanto al empleo, situación *b)*, pudiera ocurrir que no hubiera ninguna plaza para paleoantropólogos en todo el país o que las pocas que existieran estuviesen ocupadas. La evaluación societal diferiría entre ambas situaciones.

Si impedido de trabajar en su especialidad, Juan no consiguiese trabajo alguno, opción *iii)*, ello podría estar reflejando problemas estructurales de la economía que no logra el pleno empleo, lo que deriva en graves daños a muchas personas. Incluso si una persona desempleada no pasa a la pobreza, por sus activos no básicos acumulados o por el apoyo familiar, los daños personales a la autoestima y a la autorrealización pueden ser muy altos. Otra vez, si consigue empleo como burócrata, que es la opción planteada y las opciones en cuanto al nivel de adecuación del sueldo, reflejarán características básicas de las condiciones que el desarrollo societal crean para el desarrollo de las capacidades y necesidades y para la aplicación de las capacidades y satisfacción de las necesidades.

Con lo expuesto, basta para mostrar que está aquí, en ciernes, un enfoque absolutamente nuevo para el estudio del florecimiento humano, y como parte de él, de los cuatro tipos de pobreza que he concebido a lo largo de este y que refleja lo desarrollado en los capítulos anteriores.